

DIARIO DE LA LOCURA



ARCHIVOS
personales

Carmen Tinajero

DIARIO DE LA LOCURA



EDICIONES MONTE CARMELO

Primera edición, 2011

© Carmen Tinajero
© Ediciones Monte Carmelo
Zaragoza 103, Sur, 86300
Comalcalco, Tabasco

ISBN:

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

Prólogo. <i>La razón de la locura</i>	11
En el patio	17
Pabellón de Mujeres	65
En la reja de hombres	93
Breves	111
<i>¿Por qué nos volvemos locos?</i>	141
<i>Reconocimientos</i>	149

*Ángel, mi marido, no lee lo que escribo,
cree en mí a ciegas y me conduce como
Tiresias por el mundo de los normales.
Estos escritos son para él.*

PRÓLOGO

La razón de la locura

Tengo un proyecto, volverme loco.

FIODOR DOSTOIEVSKI

Escuchar a un loco¹ es entrar a otro mundo, pero lo curioso es que ese otro mundo está dentro de nosotros, lo que escuchamos remite a la profundidad de nuestro ser. Cada palabra pronunciada por él incide en nosotros como una navaja, y tal vez por eso no se quiere saber nada del loco. Se trata de una voz interna que silenciamos antes de atrevernos a escucharla.

Dice Erasmo de Rotterdam que no hay loco, y habría que tomar esta afirmación-negación muy en serio porque el estar loco o no, no es una cuestión de grado sino de existencia. La locura es histórica y está totalmente contextualizada. El modo de vivirla es cosa de cada quien. Por ejemplo, el personal de trabajo que rodea al tratamiento de la locura, frecuentemente tiene la idea de que a través de su puesto se protege de ella.

Sin embargo, el acercarse a aquellos casos en que la diferencia con la llamada “normalidad” es observable, frecuentemente obedece a la necesidad de corroborar una y otra vez que no son locos.

Hay muchos escritos, historias, ensayos, tratados de psiquiatría, manuales que nos acercan a la problemática de la locura, no es mi intención abordarlos, sino dar cuenta de mi experiencia personal en la aventura que he llevado a cabo

¹ Utilizo la palabra “loco”, para referirme en especial a los habitantes del hospital psiquiátrico, a sabiendas de que esa palabra está en desuso desde la psiquiatría, que tiende a llamarlos psicóticos y enfermos mentales y últimamente “usuarios”.

Quiero evitar esta nominación y cualquier diagnóstico y conservar el significativo “loco” que lo ata a la historia, aunque sí advierto la presencia del delirio como elemento común de la locura a la que me dirijo.

durante más de quince años hablando con locos. Un año en el Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez de la Ciudad de México y catorce en el Hospital Psiquiátrico de Villahermosa, en la capital del estado de Tabasco.

Escribir sobre mi escucha y mis reflexiones en el hospital es para mí una necesidad imperativa. A veces pienso que si no escribo de los locos, no escribo; cualquier escena del hospital es demasiado grande para la vida, para la pluma, para un mundo que comprende poco de su verdad.

A veces la locura se reduce a un grito, a una mirada, a una mano; a veces sólo a un olor, a un ademán, a un roce, a una terrible presencia de la ausencia.

Repito a mis alumnos que es imposible transmitir sin hablar de los casos clínicos, y es imposible hablar de los casos clínicos sin hablar de uno mismo, así que es inevitable que en este paso de lo privado a lo público, esté implicada mi propia locura y es ésta precisamente la que me permite hacerlo.

En el hospital a veces mi cuerpo me pesa mucho y paradójicamente se vuelve ligero; pierde peso pero también palabras, y no sé qué decir, es como si de pronto me pesara la historia que no alcanzo a decifrar.

Un día, al llegar al estacionamiento del hospital un paciente que lavaba carros y a quien yo conocía bien me increpó duramente. Me dijo: usted no tiene derecho a utilizar la información que le damos. Yo ya sé lo que usted viene a hacer, viene a robarnos nuestras vidas, nuestros secretos. Él no decía más que la verdad. Hablamos después largamente del demonio que lo tenía esclavizado y de cómo él podía detectar su presencia. Su angustia de estar completamente solo en este saber, disminuyó cuando pudo compartirlo conmigo y después de platicar dejó de temer lo que yo pudiera hacer con mis escritos, porque finalmente, aunque las palabras habían sido de ellos, eran mis escritos. Este pasaje es el que me autoriza a publicar, porque el tránsito por la locura incluye una apropiación. Sé que no es casual que haya querido introducirme a este trabajo. Creo que estoy tan interesada en saber sobre la locura a causa de mi padre, a quien yo escuchaba desde niña. El camino ha sido largo, pues primero estudié

psicología clínica y trabajé muchos años en el campo de la neurosis y de la educación, para encontrar por fin mi camino en el psicoanálisis. Al hospital psiquiátrico me llevó el inconsciente al final de mi análisis un día que quise descubrir por qué un joven había matado a su madre.

En la locura hay una subversión del orden sexual, familiar, protagonizado por la trasgresión, donde el asesinato (homicidio o suicidio), y el incesto ocupan, yo diría, el lugar principal.

Quise empezar a escribir sobre la locura. ¿La mía?, ¿de qué otra se puede escribir? Esta pretende ser la historia de mi relación con la locura. Y confieso que he tenido una gran inhibición, una notoria inhibición a la escritura. Por esto es necesario que escriba y que para hacerlo parta del hospital psiquiátrico.

En noviembre de 1994, en el Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez, de la Ciudad de México, anoté en mi libreta lo que Jean Allouch, se pregunta en su artículo: “Perturbación en pernepsi, ¿se puede abordar clínicamente la locura?, ¿es posible reconocer al loco como ser hablante?” (traducido al español en la Revista Litoral N.15 Edelp, octubre 1993). Y comprendí que, si es así, la dirección de la cura estaría fincada en la transferencia, es decir, en que el psicótico quiera hablarnos de lo que sabe.

Volví a leer estas notas el viernes 25 de agosto de 1995, en el Hospital Psiquiátrico de Villahermosa, esperando a un paciente que vendría a hablar conmigo a las nueve de la mañana, y pensé en la cara de sorpresa del director y del subdirector cuando les hablé de mi pretensión de abordar clínicamente, a partir del psicoanálisis, la locura. Pensé en sus palabras de incrédula aceptación, que lejos de desanimarme, me reconfortaron, le dieron una dirección a mi presencia en el hospital.

El paciente no había llegado. Tal vez no vendrá, pensé, pero sin embargo estoy advertida: la dirección de la cura está fincada en la transferencia. Me doy cuenta que en el hospital la demanda es mía, la que quiero que hablen soy yo, no sólo en el ámbito de los pacientes sino también en el de los

psicólogos, psiquiatras, enfermeros, trabajadores sociales y gente que se mueve alrededor de la locura.

He tenido momentos de desfallecimiento, como el del 26 de octubre del año 2000, en el que fui prácticamente al hospital para despedirme, pero no he podido hacerlo aún en este 2011.

En 2003 hice otro intento de irme. Esa vez mi salida del hospital psiquiátrico lo precipitó una imagen un viernes que fui a la Sala de Mujeres, como obligada a saludar a Meche, la primera paciente con la que hablé en 1995. Vi en la reja a Yoli Dabey, y la reconocí enseguida pero tenía un dejo de vejez, de decrepitud, a pesar de que no es grande. Cuando la conocí, hace unos seis años, tenía alrededor de veinticinco. La locura ahora se había encarnado, encarnizado en ella, pero lo peor fue su sonrisa. Esa mañana de pronto se me apareció su imagen terrorífica como imagen de lo incurable. De lo siniestro. De lo insoportable. Su sonrisa era una mueca de dolor, de imposibilidad, de renuncia, que se imponía en mí como una posesión. Una mueca que me acusaba de vivir, que me silenciaba, que me excluía. Sentí que había olvidado todo lo que me había dicho cuando hablé con ella hace años: que tenía un hijo, que Pedro Infante quería con ella; que en realidad eran muchos hijos y que era la virgen. En aquel entonces lucía un brazo quemado por la plancha como un acto efectuado por ella misma, aunque sabía que su mano había sido conducida por la palabra de Dios y su rostro se iluminaba con esa creencia celestial.

Yoli Dabey había perdido su belleza. Su sonrisa me asustó, me excluyó y decidí no ir más a hablar con las locas, no hasta que escriba, no hasta que produzca un texto que me calme, me dije. Sentí la imperiosa necesidad de devolverle a Meche los objetos que me había dado a guardar y lo hice. Sentí el imperativo de irme y lo hice. Viví verdaderamente la impotencia ante la ira de Dios.

Y así fue como en 2003 dejé de ir al hospital. Me puse como condición escribir. Pero regresé al poco tiempo.

Tengo que hablar un poco más de mi trayectoria, subjetiva desde luego, de lo que ha sido para mí estar en el hospital.

En la familia de mi madre se hablaba de un pariente que salió un día de la casa y desapareció sin decir nada. A los diez años volvió como si hubiera salido sólo a la tienda de la esquina. Se cuenta que estuvo en Estados Unidos, donde no aprendió inglés y dormía en un ataúd.

Quiero decir con esto que la locura es familiar. Pero después hubo un tiempo en que me pareció extraña e inentendible, y esa operación tuvo que ver con estudiar psicología.

Hice mi servicio social en el Bernardino Álvarez, en 1967. Vi a los hombres y a las mujeres que salían de los camiones que los traían de La Castañeda y entraban con cara de suspenso a su nueva casa. Ellas tenían unos vestidos de flores. Ellos, un uniforme gris.

Yo no entendía absolutamente nada, pero sabía que entre nosotros había un lazo rodeado por una ola de misterio. Después pasaron muchos años para mí en el exilio, viviendo no obstante la locura familiar ¡porque la locura es familiar! Hasta que ya como psicoanalista mis pacientes me llevaron a interrogarme nuevamente.

De 1968 a 1995, salvo encuentros esporádicos en el San Rafael y algunas presentaciones de enfermo, mi relación con la locura fue distante. Hace dieciséis años que no lo es, que convivo con ella en el psiquiátrico. Voy al hospital a encontrar el hilo de mi historia, que está entretejida en la locura. Voy a enlazarme con las vidas de los pacientes para poder tejer una trama que nos sostenga.

Allí siempre encuentro historias rotas, o más bien interrumpidas en el punto preciso donde la locura hizo irrupción. Defino así a la locura como un impasse, como un detenimiento del tiempo, como una cadena rota. Es por esto que insisto en hacer acto de presencia y poner palabras ahí donde el silencio es aplastante y la vida parece diluirse en la inexistencia.

En el hospital siempre encuentro sorpresas: algo que aparece como un acto, una palabra, una mirada; algo que me contradice, que me muestra una verdad que se crea y que empieza a existir en ese momento.

Puedo decir que a lo largo de los años, he tenido hallazgos “teóricos”, pero que éstos ocupan siempre un segundo

plano, en relación a la novedad que representa cada día el encuentro de un personaje, de un texto, de un gesto, de una línea de pensamiento, de una luz.

Don Leandro, un habitante antiguo del hospital psiquiátrico, dice que *todos estamos muertos*. Y creo que tiene razón, en el hospital psiquiátrico me encuentro con la muerte, pero no la muerte de otros, sino la mía.

Doctora ¿usted no sabe si mi madre vive?, me pregunta una paciente, y yo sólo sabía que la mía se está muriendo... eso estaba sucediendo en mi vida, ¿cómo responder a un saber inédito?, ¿cómo voy a saber si su madre vive?, ¿cuándo mueren las madres?

En el hospital psiquiátrico la tristeza se cristaliza, se torna real. Las historias flotan esperando ser contadas y los muertos circulan en esa especie de cadáveres vivientes que hablan del horror. Los pacientes desfallecen. Y yo, ¿qué hago aquí?, me preguntaba constantemente. Fue entonces que advertí la importancia de que esas voces encerradas fueran audibles. El incesto, Dios, lo sagrado, el sacrificio, la muerte y el sexo están implicados en la locura. ¿Cómo entenderlo sin las historias que la sustentan?

Carmen Tinajero

EN EL PATIO

En el hospital psiquiátrico hay un patio lindísimo con grandes árboles que hablan de su historia. Ahí colocan mesas y sillas para que se realice la visita todos los días, cuando llueve es una lástima porque los encuentros se desplazan a los pasillos techados pero siempre a la vista de ese espacio verde que invita a pensar. En ese patio, y muchas veces al mismo tiempo que la visita se llevan a cabo entrevistas psicológicas, psiquiátricas y de trabajo social y tienen lugar conversaciones de alumnos y compañeros de trabajo. Pero lo más importante, lo que caracteriza al lugar, es la posibilidad de hablar libremente y esto lo hace muy valioso ya que se encuentra inmerso en un lugar de encierro.

Los días que voy encuentro muchas sonrisas en caras conocidas y en caras nuevas. Siento el gesto del reencuentro, rostros de pacientes, de familiares, de empleados; de sonrisas confundidas con muecas de dolor, de angustia, de miedo. Es como si las ideas locas salieran a bailar en ese patio, que no es un parque ni una huerta, sino un campo de concentración de ideas, de pensamientos de sentimientos y de vidas, un concentrado en el que nos reímos, nos acompañamos y nos sabemos falibles.

A veces salen gritos aterradores, es la música de fondo que acompaña la cotidianidad del hospital. Recuerdo la película de Polanski, *La muerte y la doncella*, ¡qué música la de Schubert! ¿El arte alcanzará a cubrir los gritos de dolor?

La gente deambula en los pasillos, baila a ese ritmo. Los doctores me saludan, ríen y se dan palmadas; es viernes, ha bajado un poco la temperatura, el día está nublado.

Por un momento la casa de locos me parece vacía, limpia de lo que se esconde tras las rejas.

Los gritos desgarradores provienen del pabellón de crónicos, imagino que es Wister, o Diego, el niño que está amarrado y tiene un daño neurológico severo.

Son voces que nos recuerdan nuestra miseria y nuestra impotencia, no obstante estoy a gusto, el clima es perfecto, hace sol y aire, el tiempo del reloj se detuvo, pienso en el título del libro que no he encontrado y cuando lo tuve en mis manos no lo compré: *Cristo se detuvo en Eboli*, de Carlo Levi, y me dieron más ganas de tenerlo, tal vez de detenerme también como Él. Realmente desde que llegué de México, me entró una ola de tranquilidad, de poder estar donde estoy. Estoy en el sol, frente a un inmenso árbol de mango, que filtra la luz y da muchos tonos de verde.

Vino a decirme un doctor que se quiere analizar conmigo, y le digo que lo recibiré la semana próxima.

6 de julio de 1998

Tengo la sensación de que he dejado mucho tiempo de venir. Y de que incluso los pacientes me saludan como después de unas vacaciones. Encuentro mi cuaderno, que había dejado olvidado en el hospital y advierto que es curiosa mi relación con este sitio. Cuando pensé este fin de semana en la posibilidad de regresar a México, sentí que lo único que realmente me dolería sería dejarlo. Dejar este lugar donde la locura se acumula, se sedimenta, se oculta y reaparece.

De pronto me acordé de un libro que decido que voy a comprar: *Historia de monstruos* y supe que estoy aquí esperando esas historias, esperando que se construyan esas historias.

Pienso en Marguerite Duras, en la espera, en detener el tiempo. “Yo espero a que alguien me escoja” dice una mujer en la estación de tren del libro *Le Square*.

El lugar de la espera es el de la muchacha en el baile, el de la prostitución y ahora ciertamente pienso en los hombres. En los hombres de azul que circulan desde que estoy en el jardín, son ellos los que me han acercado a la dimensión de la espera.

Es aquí en el hospital donde el tiempo encalla como un barco varado. Donde la nave de los locos se detiene en forma imprevista, para nada.

26 de octubre de 2000

El domingo fui al hospital psiquiátrico por una respuesta sin pregunta. Como siempre, llego a ese lugar desprovista de razones. Ese día los locos me desconocieron, me dijeron con su mudez que yo ya no pertenecía a ese lugar.

Recordé entonces que cuando era joven, quería una cárcel para poder escribir, y sentí que he vivido tratando de evitarla, tratando de escapar de esa cárcel. La idea de estar en el hospital psiquiátrico está ligada a ese deseo, es la idea de estar ahí, de ser ahí, de encerrar conmigo la locura cotidiana que es mi condición de escritora, pero ese domingo la locura me desconoció, me dijo que yo no le hacía falta. Cuando estuve ahí, ya dentro del hospital, supuse que tenía que preguntar por una paciente con la que he estado hablando, supe que tenía que hacerme presente y finiquitar ese asunto pendiente, ese fracaso que se empezó a escribir tal vez desde que me enteré que existía. Pienso que he querido tener mi tiempo ocupado para nunca escribir de esto, pero mis pacientes me han abandonado, hoy no se han prestado a mi juego, hoy no han venido y me he encaminado al hospital. Me han dejado sola en esta ciudad, en este consultorio que con su ausencia se llena de fantasmas, con recuerdos que taladran mi cabeza, que gritan, que destruyen mi cuerpo y se lo comen como gusanos del tiempo ávidos de no desear, ávidos de entrañas. ¿Serán los mismos que se fueron comiendo poco a poco la mente de mis padres destruyéndoles neurona por neurona, hasta dejar sólo los huecos de recuerdos y olvidos?

Odio a las víctimas y odio a los verdugos. Cuando un paciente se pone en el lugar de la víctima, tengo ganas de echarlo, de sacarlo fuera de esa conmiseración mezquina, de esa inexistencia.

14 de noviembre de 2003

Quisiera no acordarme de que mis padres murieron, quisiera solamente saberlo, que están muertos, muertos, muertos.

Quisiera sobre todo no acordarme de que murieron tan lentamente. Ni de que pretendían vivir cuando ya no podían encontrar en ellos mismos ni una gota de vida y yacían mu- dos en sus sillas de ruedas.

Mi cuerpo ahora se rebela a recordar (tengo náuseas) pero recuerdo. Estoy en el hospital, la conferencia de Alzheimer que escucho me pide que me calle. Antes de entrar al auditorio un anciano en la reja de crónicos veía al vacío, se agarraba de la reja como un moribundo a su cama, como un naufrago a un pedazo del barco que se ha destruido.

Esa mirada atravesó mi corazón, hizo vanas todas las palabras del doctor Sánchez Zapata, no pude escucharlas, reco- mienda hacer esto y lo otro con los ancianos.

Allí afuera a unos pasos hay uno con la mirada perdida sin nadie a quien ver, hace mucho que perdió la dirección, vive en el mar de palabras que no entiende, vive en la reja. “Ya sabemos”, dice el doctor.

¡Sabemos tan poco! Habitamos un mundo de desconoci- dos, de locos que quieren hablar, vivimos en la torre de Babel, en el limbo, en caminos gastados de no caminar.

Ayer escuché que las ideas no tienen tiempo ni espacio, por eso hoy se me escapan como si nada. El anciano mira nada, nada pasa, el anciano está encerrado para que no se muera, para que no se vaya, para que no diga eso que no en- tendemos, que no sabemos...

¿Quién es? Hace mucho que ha dejado de ser alguien, es un viejo mirando al vacío, diciéndonos que hay un vacío donde los físicos dicen que no lo hay. El viejo nos advierte que no hay nadie allí donde las multitudes hablan otros idiomas, donde la vida ha pasado sin dejar rastros, donde no queda nada.

Imagino que el médico lo receta (porque estoy en un hospital), le prohíbe aquellas cosas que algún día le gustaron pero a él no le importa, hace mucho que ha dejado de vivir, lo sostiene ese punto fijo, ese vacío, esa sabiduría que ahora ocupa la cuenca de sus ojos, ese vacío que lo mira constante- mente para decirle que es nada, que ha vuelto allí donde todo se aclara, donde todo se ha perdido.

Es viernes, no quiero que la mirada del viejo loco me persiga. Pero lejos de eso se ha metido en mí, tengo náuseas, tengo una infección en el cuerpo, no se me antoja el café que he traído y que antes de ver al viejo me encantaba. No quiero que esta sensación se apodere de mí, no quiero que se vayan las cosas que me gustan, pienso en el mar, en Grecia, en el baile, en la comida, pienso en la música, en la pintura, en los libros, en París. Pienso en mis hijos, en la belleza de mis hijos y en que ellos están teniendo hijos. Pienso en el cine, en el placer del cine, en la dulzura del turrón de yema, en el café de la mañana, en eso que es mío y que vuelve, en eso que aún no quiero perder.

27 de febrero de 2004

Me siento en la banca que está enfrente de Rehabilitación, junto a la tiendita y viene a mí una historia.

Pedro se acerca. Yo, aunque sé que lo conozco, había olvidado hasta su nombre.

Se lo pregunto con cierta vergüenza de la distancia que he establecido con su locura. En poco más de una hora me revela su identidad: es “El santo”, el luchador. Empieza por su imagen, quiere que yo le diga si sus ojos son bonitos, son claros como los de su madre que era como usted —me dice— güera y de ojos verdes (lo que yo no soy). Así salí yo y tengo buen cuerpo ¿verdad?, estoy gordo, me tienen envidia porque soy gordo. Ellos me tienen envidia porque tengo magia, no me pueden hacer nada, tengo la magia, encontré en el río un pescadito y me dijo ¿qué quieres?, me dio un pantalón, unos calcetines y una bolsa de dinero, quince mil ochocientos, no cuarenta y ocho millones de pesos; lo tengo en mi casa y sólo gasto lo necesario, yo tengo dinero.

Mi madre ya murió, ellos la mataron, le dieron cólicos y yo no la pude salvar.

Mi padre murió aquí, llegué tarde, ya no se podía hacer nada, le dio una embolia, ellos son malos, le dieron medicinas y las medicinas lo mataron.

Mi padre tenía magia y ellos no le creían. Él ganaba mucho dinero, jalaba un carretón, hacía mudanzas, llevaba un refrigerador y cosas muy pesadas.

Lo mató una mujer mala, de la calle, una prostituta porque no la quería, él quería a otra. Le tiró una flecha que lo atravesó, no lo pude salvar.

Mi hermano Chucho está muerto también, lo atacaron, peleé por él, los golpeé, les gané pero él murió.

Mi hijo también está muerto. Era “El santo”, tenía cincuenta y tres años pero ahora yo soy “El santo”, salgo en la televisión. Hay tres “Santos” pero dos son impostores, yo me reconozco por la panza, porque soy gordo y porque mis pantalones son más limpios. Mi papá era más gordo.

Yo tengo a mi novia en Huimanguillo pero en Huimanguillo, Sonora, y yo no soy de aquí, soy de México, soy de Coatzacoalcos, México. A mí no me pueden hacer nada, traigo máscara y pulso.

Maté a un hombre (y ríe intensamente). Él quiso abusar de mi madre, pero yo llegué y ella me dijo: hijo Santo mátalos, porque si no él te va a matar a ti, y tomé un lazo y se lo amarré al cuello hasta que quedó como un muñequito y no dijo nada, parecía de trapo.

A mi hermano Chucho también lo maté porque él quería a mi novia. También le apreté el cuello. Yo soy “El santo”, tengo mi casa y me tengo que agachar para entrar a ella porque soy alto, tengo la magia, aquí me reconocen, me tienen miedo.

Un día me agarraron entre cinco enfermeros porque me acusaron de violar a una mujer pero no fui yo, fue otro. Recuerdo que usted me sacó de la sala, usted trabajó aquí hace unos diez años, ¿verdad? a mí no me pueden hacer nada porque tengo la magia. Y entonces recordé ese día: Pedro lloraba en la sala porque el doctor Mendoza le había dicho que nunca saldría de allí. Y yo le demostré en acto que eso no era cierto, salimos al patio y nos reímos, ese día nos reímos en serio.

25 de junio de 2004

¿Qué será la melancolía? Me parece que podría ser una barca y pienso en una joven tomada por esa fuerza que la aleja de

los hombres. La nave de los locos. Imposibilitada para llegar a ninguna parte, vive, es la melancolía.

Acabo de escuchar un desastre, un discurso pregonero y sin fundamento que pretendía decir lo que era la emoción; siento que es un movimiento, y pienso en el ballet, en esa mujer joven y hermosa que vi en la televisión en la mañana que con su danza hablaba ¡realmente hablaba del amor! Y pienso en el baile flamenco y la envidia que suscita en mí. Porque el no-baile representa el tiempo detenido.

Llegó el doctor que puso nombre al auditorio. Es el decano del hospital, los médicos jóvenes, sus alumnos lo miran y se mueven, lo siguen dispuestos a aprender aquello que él no les puede enseñar.

Estoy en un impasse, clavada en esta banca del hospital recién pintada, mi cuerpo mortificado se resiste a estar. Estoy esperando algo que no sé qué es. De pronto miro el framboyán que florea con una belleza inusitada, siento que me recibe. Es mejor que un cuadro, que una foto y el sol vuelve a salir y lo ilumina todo. Hoy debo de haber venido sólo a verlo. No puedo adivinar su edad.

24 de junio de 2005

Estoy en la banca esperando a un paciente. Me había dicho que tal vez no vendría porque estaría viviendo en una rancharía cercana a Paraíso. Yo le dije que de cualquier manera lo esperaba.

El hospital está semi-vacío, los pacientes se fueron a Centla. Hoy pretendía hablar con Lucio y con el señor que está en pre-alta que siempre se dirige a mí con una amabilidad extrema. No sé nada de él, ni siquiera su nombre.

Este día tenía mucho interés de hablar con Iliana, de retomar el hilo roto del saber de su vida y parcialmente construido con el baile y la sonrisa que implicaba en días pasados una cierta complicidad. Su mirada vivaracha, su arreglo de niña adolescente, su movilidad en el hospital de día, su temor a llegar tarde a la cita con quien la venía a recoger a la una, al enviado de su madre o con la madre misma; que la conminaba

al secreto; su fidelidad a ella apenas le permitía ese discreto coqueteo conmigo que la llevó a decirme algunas cosas de las que luego se arrepintió. Hoy Iliana no está.

Hace como un mes la vi de nuevo en la sala con su uniforme de loca. Estoy mal otra vez doctora, me dijo, sonrió y se abrazó a mí como cuando uno encuentra un conocido en la tierra de nadie. Ella se encontraba de nuevo en la nave de los locos con dosis altas de neurolépticos y TEC¹, la mirada perdida la hacía ajena a su propia vida pero se fijó en mí y me saludó con un aliento débil, tenue, como asumiendo la confusión color de rosa en forma de bata que deambula en la sala redonda del hospital.

Me voy con esa marca, con esa imagen. ¡Iliana, no me gusta verla aquí!, reconozco en público que es su lugar pero mi impotencia no alcanza para más.

El viernes la vi en Rehabilitación ya con una sonrisa automática. Buscamos un lugar para hablar y permanecemos mucho tiempo en silencio, luego se fue, alguien la llamó. Sólo pudimos reír al recordar el baile, ese baile que hoy permanecía en silencio.

Hoy es viernes y la busco en la sala. Pasa junto a mí un hombre muy guapo con su niño de tres a cuatro años. Su mujer está loca, la acaba de dejar en la sala de pre-alta, no sé nada de ellos pero los ilumina una estela de verdad.

El paciente que espero no viene. Hace años que él necesita no-poder, que él necesita faltar.

12 de agosto de 2005

Son las diez de la mañana. Estoy en la banca esperando a Martha. Traerá a su hijo de secundaria, me ha dicho “que tiene algo”. Martha es una trabajadora del hospital que el martes que salía de aquí me alcanzó y se le llenaron los ojos de lágrimas. Me dio pena dejarla así, pero era cumpleaños de Ángel (mi esposo) y tenía un paciente en el consultorio, así que quedamos de vernos hoy y no ha llegado. Me dijo que estaba de

¹ Terapia Electro Convulsiva.

vacaciones pero que iría a la cita, creo que es enfermera, no sé, ella tampoco sabía lo que yo era.

Llega Saúl y me da mucho gusto verlo. Me invita de su refresco y como le digo que no (le platico de mi adicción al café), me dice que fracasó en su intento pero finalmente estará de acuerdo en que lo que importa es la conversación.

Tuvo una reunión con sus compañeros de hospital de día, y los invitó a su casa, dice que pensó invitarme pero yo le recuerdo que es mejor platicar en privado.

Mis encuentros con Saúl últimamente son efímeros, breves como si le diera miedo decir algo que no quiere decir, sin embargo lo noto menos poseído por ese mundo fantasmático que lo habita.

¿Quién seré yo para él? trata de arrastrarme al lugar de una amiga más, y al no lograrlo, parece no saber qué hacer conmigo.

Un señor, que al parecer viene de lejos, se dirige a mí: ¿está usted escribiendo? Vine a ver a un muchacho, Mario, ¿es tarde, verdad? Tarde, pienso en el tiempo detenido y en la tristeza que atraviesa su seriedad de viejo.

Vengo a ver a mi hijo, me dice, un muchacho, y lo imagino suelto, sin filiación, un Mario agarrado de ese artículo indefinido. Tal vez esté poseído por su delirio, a falta de esa posesión del padre de la familia, del hogar que parece portar la madre con su bastón, con sus años, que llama al padre para esperar a Mario al que no conozco pero que ahora yo también espero y quiero saber quién es, como si el padre lo hubiera acercado a mí, no por sus palabras sino por su gesto, por la expresión de frases que no puede articular, que no ha podido por el llanto ausente de sus arrugas. Se nota que ha sido un trabajador, se advierte su cansancio, su no pedir ayuda y el peso de la locura de su hijo al que no ha traído comida ni nada, sólo su vejez como una interrogación, como un asegurar que no tiene más que eso.

“¿Es viernes, verdad?” Me dice el viejo y yo le digo que sí, el comienzo del fin... del fin de semana.

Siento que estoy en un lugar terminal, no hay regreso, de la locura no se regresa, se entra para no salir, es algo que

envuelve, que cobija, que nos lleva como el diablo, que nos ocupa de verdad.

Así llena de verdad me encuentro en este lugar donde las hormigas viven a sus anchas, donde las plantas crecen felices en este jardín lleno de árboles, por donde transitan los uniformes de locos que han dado en llamar usuarios y que han dado en encerrar en el castillo de Rehabilitación que está siempre oscuro.

Los médicos y los trabajadores son quienes transitan los espacios soleados de los locos.

Martha no vino. Tal vez tuvo miedo a lo que ella misma me pedía el martes. Yo escuché en eso que no me dijo, la angustia que revoloteaba alrededor de su hijo que no era normal. ¿Quién será esa Martha que hizo una cita para no acudir?

El miedo a veces paraliza, a veces hace hacer locuras, pero los locos no tienen miedo, ellos quieren salir a su patio, a su tienda, a su cancha que ahora ya es estacionamiento. Ellos quieren hablar de lo que nadie quiere hablar, tal vez por eso están metidos en la Clorpromazina y el Haldol.

Hace un rato vi a un joven arrastrado por un paciente y un enfermero. Es el casi niño que un día paseaba con Valentina y el doctor Lizárraga por el jardín, ellos le cantaban y los tres parecían bailar, montando una especie de tragicomedia que agarraba el corazón. Pero hoy ese muchacho desfallecía, el canto se había ido de su vida. Parecía que no podía sostenerse.

Veo con los viejos a un hombre que no se les parece, debe ser Mario. Trae el pelo rapado, es gordo, se mueve con soltura en su uniforme de loco, ríe, seguramente se alegra por ver a sus padres, porque ya decidí que son sus padres.

Japa barre las hojas, como trabaja siempre en silencio, su silencio sostiene una actividad que no para. Lleva la comida, saca la ropa sucia, carga los muebles. A veces sonrío un poco como si entendiera lo que no se entiende, como si disfrutara la soltura con que se mueve en este lugar estático donde el tiempo se detiene, donde nada es de nadie, donde las hormigas viven a sus anchas.

Llegó una abuelita con sus nietos que juegan y se sientan en mi banca. Cuando le pregunto si vienen a ver a alguien me

dice que sí, y su cara se ensombrece a punto de llorar: mi hijo, dice.

Imagino que los niños son de él. Vine por mi paciente, le dice a la trabajadora social y se levanta, los niños le siguen como patitos alegres...

14 de septiembre de 2005

Ayer conocí a un muchacho que desprendía una especie de energía, transmitía algo, no sé cómo decirlo; era algo que emanaba de su belleza y él lo sabía.

El joven con su uniforme de loco circulaba por el hospital como un estudiante por los pasillos de la universidad. Su mirada me siguió un rato hasta que me dijo: yo entraba a sus clases de Psicología. Después me dice que su mamá es maestra pero no la conozco, de él si recuerdo su cara, no sé en qué año, no sé en qué grupo. Pienso en Jorge Antonio, un paciente de México que es loco y alto como él, que me siguió desde la universidad al consultorio. Pienso en él y su madre muerta e imagino esa escena en que vino a verme por primera vez hace más de veinte años.

El joven me dice que es esquizofrénico.

—No lo creo.

—Oigo voces.

—Aún así no lo creo.

Voy caminando con Iliana, la saqué casi a la fuerza de la sala, no quiero perder la oportunidad de estar con ella un rato en el patio. Está confundida, le han dado muchos electroshocks. Los días anteriores a venir me perseguía la escena de Iliana en la cama dormida después del TEC, sin conocerme. Ella soy yo, me decía yo en una especie de alucinación que acudía para hacer hablar mi deseo de estar con ella.

Iliana y yo pudimos reírnos juntas y el joven guapo se unió a nosotras. Pusimos una mesa en medio del pasto en la sombra. Iliana vio una ardilla, era una ardilla negra que parecía querer estar con nosotros. Serví el café, traje unas tazas de vidrio, unas servilletas rojas, galletas.

Recordé la película *Providence*, en la que había un banquete en el campo, era el refinamiento traído a ese lugar de

encierro lo que nos hacía sentir muy libres entre los árboles. Iliana no podía hablar, las palabras se le habían ido del cuerpo. Iliana era un cuerpo sin palabras y me di a la tarea imposible de hablar por ella.

Le dije al joven que Iliana era de Veracruz, que bailaba muy bien, recordé la ocasión en que ella me enseñaba a bailar.

Pasaron los pacientes que iban al comedor y al ver a Iliana se atravesaban a saludarla, ¡sí que era popular! A algunos les daba gusto verla de nuevo en el hospital, a otros les daba pena. Iliana, que acudía nada más ya al hospital de día, había sido internada de nuevo en la Sala de Agudos hace quince días. Sus amigos no lo sabían, porque había permanecido encerrada en la sala donde sólo la Terapia Electro Convulsiva ocupaba sus días.

Nos daba gusto el aire que a veces soplabá, bromeábamos, huíamos del sol y decidimos poner nuestros pies (yo uno) y ellos dos cada uno en una misma silla. Nos reíamos de nada, de existir en ese lugar donde el odio de Dios es tan claro.

El joven me habló de Alemania, un psiquiatra lo fue a traer de allá pero antes disfrutó de esos rostros blancos en los que se buscaba, me confundían con alemán, me dijo, mi piel allá sin sol se hizo más clara. Creían que era alemán.

¿Quién será este muchacho tan transparente, tan vivo? Como el personaje de *Teorema* de Pasolini. Un ser extraordinario que circulaba entre los locos.

Él también quería que Iliana hablara. Yo tomo Risperdal ¿y tú qué tomas?, le dijo. Yo oigo voces, ¿y tú seguramente oyes voces?, ¿qué te dicen? a mí que se va acabar el mundo y que soy malo.

¡El joven me pareció un mensajero! Nos dijo que era un niño que escribía al revés, que nació con el cerebro volteado y empezó a hablar en plural, se incluía entre los anormales, entre los que habían nacido genéticamente afectados.

Esto parecía poseerlo pero cuando mencionó a su bisabuela se olvidó del cerebro y una luz pareció entrar en su cara alemana. Su bisabuela paterna viajó de Alemania a Texas a fines del siglo XIX.

Él se sitúa tres generaciones atrás. ¡Si la bisabuela se hubiera quedado allí!, exclama, su familia era de aristócratas, pertenecía a *los intocables*... y repite su apellido (que ya olvidé), quisiera resucitar ese nombre, ese linaje, adueñarse de la historia del padre que lo abandonó y despertar a su mamá de su insistencia por curarlo, de su furia, de su sacrificio y abandonar como las serpientes su piel que se hizo morena a causa de no saber.

Me pide que le consiga unas galletas y le digo que no soy tan poderosa, nos reímos. La luz atraviesa su uniforme de loco que se vuelve invisible y nos deja ver que es un muchacho hermoso y brillante que quiere existir.

20 de septiembre de 2005

Días después estuve buscando al joven alemán pero no lo encontré. Me senté entonces en la banquita a esperarlo. Me quedé consternada con lo que me dijo ayer el doctor que lo atendía, no lo ha podido pasar a pre-alta porque sus maestros y la madre insisten en un encierro más drástico. La madre quiere deshacerse del hijo, quiere que le den electroshocks, quiere que lo encierren en un albergue en Comalcalco, no quiere conciliarse, no quiere hablar.

Qué impotencia la mía. Quiero salvarlo, quiero que viva.

Dios mío, qué hospital tan vacío. Don Jorge me dijo que salió, que está en el patio pero no lo veo, sólo el calor me acompaña y el dolor del pie.

Saludé de lejos a Saúl cuando llegué con Raquel Capurro, mi amiga psicoanalista uruguaya que viene a dar un seminario.

30 de noviembre de 2005

Estoy frente a Rehabilitación. Parece que hay una fiesta, se oye música guapachosa, pasa Lenin y me dice que se trata de la semana cultural.

Hay algo ajeno en el hospital, un mal-estar que comienza con mi gripa, no traje bata, ni mi bolsita, ni mi identificación,

estoy vestida de calle de México con medias, saco y bolso. Ajena a todo y sin embargo en mi banca tan lejos y tan cerca.

Pedro habla con Lenin y no me saluda, como si me desconociera.

Desde que pensé en el hospital hace días, imaginé a Candelario y me dieron ganas de correr. Temo sus palabras, su insistencia en que le dé dinero para cigarros o algo que pueda meterse al cuerpo: a ese cuerpo destrozado en sus entrañas, pienso en su gesto de piel enjuta y se me viene a la mente la palabra escoria que Rafael Palomo repetía con tanto encono en la reja del Pabellón de Agudos hace meses.

El hospital tiene hoy poca gente, pocos carros. Sopla el aire, las hormigas y los bichos parecen haber desaparecido con el calor. Cerraron la tienda, el recinto se abre hoy con su silencio, con su estar gris, con la ausencia de locos, que se han ido con su música a otra parte.

De pronto una trabajadora social, un doctor, y dos pacientes desconocidos van al comedor y luego vienen más; las mujeres y los hombres locos desvalidos desfilan como ganado. Son pocos, portan sus uniformes como su único bien, como su única posesión, la identificación que los diluye y los envuelve.

El boleador de zapatos camina en sentido contrario de los pies descalzos buscando zapatos que bolear.

Chepina va al final arrastrando su cuerpo junto con un hombre de shorts que desconozco, un hombre de medio uniforme, un pobre hombre. Los pantalones y la vida cortada coinciden en este lugar que se parece al limbo, del que se duda su existencia.

28 de diciembre de 2005

Ayer estaba en el patio indecisa de entrar a Rehabilitación y casi con la certeza de no ir a la Sala de Mujeres. Quería escribir allí en la banqueta, en el preámbulo de que algo pasara, cuando oí la voz de una paciente que me gritaba: “¡psicóloga!” Fui rápidamente a la reja del gran salón. Era Luz que quería salir a platicar conmigo.

En realidad Luz quería salir y aparecí yo como un transporte, como un vehículo de su inquietud. Miguelina, una psicóloga que estaba a cargo de la sala, nos abrió la puerta.

Cuando nos sentamos en la banquita vimos a un niño jugar en el edificio de enfrente y Luz se angustió mucho ante la posibilidad de que el niño se cayera por la ventana. Cuando él se asomó con descuido, ella advirtió el peligro y sintió que tenía qué hacer algo. Esa vivencia que introducía la posibilidad de morir pareciera haberla devuelto al mundo, cuando subimos al edificio y encontramos al niño bajando, Luz sintió que había cumplido su misión. Pero después Luz se muestra inquieta, se mueve de un lado a otro, no quiere decirme más que se quiere ir, que le compre una Coca-Cola, que quiere buscar a la trabajadora social para hablarle a su hermano. Hay algo que me disgusta de Luz, esa mecánica de utilizar a todos, esa inquietud, esa ajenidad. No puedo escuchar la angustia que subyace a todo eso, no puedo encontrar un hilo que nos una.

Nos encontramos a Amanda que se dispone a dejar el hospital con sus padres. Están felices y ella se ve muy bien sin su uniforme de loca. Amanda es de un pueblo cercano a Acayucan, Veracruz; son Testigos de Jehová (ella a mí me identifica como uno de ellos aunque reiteradamente le he dicho que no, ella no lo cree, me incluye en su comunidad), y se van como iluminados y agradecidos.

Es hora de la comida, Luz me abandona y me dirijo a la Sala de Mujeres a buscar a Josefa, cuyo nombre había olvidado hace unos minutos. Al entrar recibo una amable acogida y de pronto me siento como en mi casa, me inunda una gran tranquilidad.

Días después estoy platicando con un paciente y veo a un joven fotógrafo que nos enfoca. El paciente se enoja, no quiere ser fotografiado y le digo que vamos a preguntarle qué hace.

Pienso en Gabriel, mi hijo detrás de la cámara y que el paciente y yo estamos del otro lado. El joven se identifica como camarógrafo de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco y nos explica que se trata de un documento que el director del hospital pidió que se hiciera, se trata de un testimonio del lugar, de lo que realmente se hace.

Pienso en Gabriel y su deseo de hacer el documental. Pienso en los premios de calidad que le importan tanto al director. Pienso en los pacientes encerrados en el área de recreo. Pienso en Dios que no saldrá en la fotografía.

Le digo al camarógrafo que no me gusta la puerta cerrada de Rehabilitación y me doy cuenta de que me quejo con quien no debo. Vuelvo entonces a la banca con mi paciente y mi ser ahí. En realidad dejamos de preocuparnos, nos conformamos con las razones que nos dio.

9 de junio de 2006

De pronto sentí una ola muy fuerte de pacientes. Un hedor interno. Siento su abrumadora presencia, entrando al comedor.

Hace un rato vi el framboyán con una alfombra roja a sus pies. Había flores en las hojas y en el suelo como si no se hubieran caído sino que se hubieran duplicado.

Cecilia está aquí. Le da gusto verme, me pide perdón por haberme confundido con alguien que le cae mal. Sabe que la conozco y que me conoce afirmando que le caigo bien y me dice que no me confundirá más, irá al consultorio y me pagará los cien pesos que ella misma fijó como honorarios.

Tú sabes que estoy fuera de la realidad, Carmen, sabes que veo cosas, ¿tú me crees que veo cosas, y que no puedo dormir?, ¿o crees que las invento? Cecilia me pide una vez más que muestre mi fidelidad.

13 de junio de 2006

El jardín del hospital está muy animado. Es martes, son casi las doce. Nadia del Carmen y yo tenemos una cita aquí.

Creo que María se va. Está con una señora joven y una niña, no trae el uniforme del hospital. Este día hay muchos familiares. El muchacho y su madre sonríen y comen, tienen ahora mucho más gente con ellos, parecerían todos amigos o tal vez tíos, primos.

No creo que Nadia venga por sí sola. Cuando crucé palabras con ella la sentí confundida. Su voz ronca grita pero aún

no sé quién es, sólo que quiere hablar conmigo. Y eso es suficiente.

Una señora jalonea a su esposo, lo arrastra y él se resiste, como si detuviera su partida o quisiera presentarle a alguien. De pronto ya no los veo.

28 de julio de 2006

Hoy es un día fresco. Llego temprano. Traigo una especie de melancolía en el cuerpo. Me pasa, a veces me pasa. No es la locura habitual que invade el aire del hospital siempre, soy yo, es algo antiguo que se adhiere a mi piel y a mi historia.

Algunos pacientes se han ido como los alumnos, los amigos, la juventud, los hijos. No puedo conectarme con los nietos. La soledad se interpone no como algo trágico sino como mi forma de vivir, como mi encuentro con la verdad.

Llego temprano a las ocho y diez de la mañana, y el doctor Trasviña me dice que no hay sesión, sin embargo, un rato después entro al auditorio como si negara sus palabras y espero encontrar eso que sé que no hay.

Me encuentro con una venta de libros infantiles, observo, veo a algunos doctores comprar entusiasmados enciclopedias por cien pesos quincenales durante dos años.

Me salgo con ese desasosiego que no me deja y tengo una plática interesante con Eucario. “Estoy respirando ya”, me dice, “era como un ahogado que no podía sacar la cabeza”.

Manuel, el jefe de psicólogos, se acerca (me habla de tú y de usted). Recuerdo aquella entrevista que tuvimos hace seis años cuando supe que tuvo un hermano gemelo. Siento que me respeta y me teme. A veces habla en contra de mis ideas, a veces a favor, nunca le soy indiferente. Esta vez me pregunta por una mujer con nombre francés: Eloine de Beauport, que escribe sobre inteligencia emocional, como si quisiera que eso que me liga con Francia, aclare su saber en el curso que está impartiendo. No me interesa para nada pero lo oigo con respeto.

Me voy de ahí hacia la Sala de Mujeres a buscar a Dayra. Eucario me ha dicho que está ahí.

25 de agosto de 2006

Me llama la atención la limpieza del patio, de las mesas, de todo.

Acabo de estar en la sesión clínica y tuve luego una clase con mis alumnos de la UJAT.

Casi junto a mí caminan los xanates, pájaros andariegos, negros, austeros.

Saludé a Carmita Vidal, en la reja de la Sala de Mujeres.

—¿Cómo está?

—No tan bién como usted, porque usted anda paseando y yo estoy aquí encerrada.

—Tiene razón ¡tiene mucha razón! Y nos reímos, qué buen apretón de manos nos dimos.

En la reja de rehabilitación saludé a un paciente que reconozco pero no recuerdo su nombre (estuvo aquí hace algunos años).

—¿Y ahora por qué está usted aquí?

—Es que me gusta la seguridad.

—Tiene razón, tiene mucha razón.

Nicanor canta con unos bríos que me hacen sentir que está vivo, incluido en ese texto de música ranchera que habla de dolor y de amor.

Olvidé mi bolsa, no traigo dinero, ni tarjetas, ni licencia.

Me parece un hecho muy relevante. Estoy aquí en el hospital sin que nada de eso me haga falta. Tengo hambre y en la bata descubro unas galletas.

Decido entonces sentarme en ese patio tan limpio, lleno de mesitas blancas para la visita y empiezo a escribir mis notas.

Estoy desanimada pero llega Eucario a platicar, me invita un café y me siento muy bien, como si se hubiera abierto una puerta allí donde parecía estar todo cerrado.

Eucario me habla de Juana, más adelante escribiré la historia de Juana pero ahora quiero hablar de Hugo, a quien fui a buscar a Rehabilitación.

Está de pie, platicando con Adriana. Puedo elegir hablar con cualquiera de ellos pero decido sostener mi intención de hacerlo con Hugo.

Allí está Flor. Me lo había dicho Paty pero no tenía ganas de hablar con Flor.

Creo que estoy enojada porque le pegó a Meche.

Salí hacia las mesitas para hablar con Hugo en ese lugar tan agradable.

—¿Si uno tiene ganas de llorar puede hacerlo aquí o es mejor aguantarse?

Le digo precipitadamente que ¡claro que puede llorar si quiere! Y luego me detengo. Si en el hospital notan que está deprimido lo retienen y él lo sabe. No sé qué decir entonces.

Él vuelve a decirme que no estaba preparado para la muerte de su hermano.

Está somnoliento, no tiene ganas de “platicar”. Hace un esfuerzo.

29 de septiembre de 2006

Llego al hospital y me encuentro con una mujer que canta, “hoy hay en mí una canción muy alegre” me dice y me entristece ver a esa mujer tan joven de no más de cuarenta años que lleva en su rostro de vejez prematura la marca de las drogas. Se pasea por el patio con soltura, su arreglo es estrafalario con múltiples colores y la ropa hecha jirones como constituida de muchos pedazos inconexos y extraños que hacen de ella un performance.

Me llama la atención su manera de estar en el patio del hospital y su forma de dirigirse a los pacientes por sus nombres como una antigua conocida que retorna, que tiene con ellos un acuerdo, un negocio, algo pendiente. Tú, llama a Pedro, dile que ya estoy aquí, que si tiene mi encargo; acuérdate que te pedí de las pastillas azules y de las cuadradas, apúrate porque tengo a gente esperándolas.

Luego voltea y me explica un poco, los trailers se ponen “pericos” para no dormir y eso es lo que quiero que me den aquí.

Valentina es todo un personaje que se mueve como pez en el agua. ¿Cómo le va?, saluda a los que pasan. Es indudable que es de la casa, que ha estado internada aquí, pero yo nunca la había visto.

¿Quiere platicar conmigo?, me dice, bueno, le voy a contar mi vida, porque hoy ando de buenas. Soy de Benito Juárez, Macuspana, Tabasco, y me quebré pero no boté a la marihuana ni a la Lupe y a la virgen de Guadalupe tampoco la boté. E inicia así un largo relato que tiene que ver con la magia blanca y con la negra, pero sobre todo con su papá, a quien su locura responde en acto.

3 de octubre de 2006

Hoy Candelario se enojó conmigo; ciertamente estaba allí y no lo había visto, se molestó mucho cuando salude a Dorilian que estaba junto a él y se fue furioso. Dorilian me dijo: a la mujer y al caballo les hace daño el olvido. Estuvimos de acuerdo, pero creo que a los hombres también.

Encuentro a Lenin platicando con Rosita que fue paciente del hospital y lo viene a visitar. Está irreconocible pero bien, es una mujer guapa, perdió la mirada de loca, e instalada en la vida, algo le reclama.

Oigo la frase: “me vaya a pasar algo en el camino”.

Y sí que ha recorrido camino. Rosa se para y recoge un bonche de periódico que está en otra banca, deduzco que los vende.

La saludo y le digo que se ve muy bien, sonrío. El “Tabasco Hoy” trae en la portada un rostro ensangrentado. El horror ha quedado fuera de la vida de Rosa, se inscribe ahora en un papel que ella ofrece y son otros los actores.

Pienso en la Verónica, a la que le quedó el rostro de Cristo impreso. Ese lienzo es como la portada del “Tabasco Hoy”: el horror se difunde y se parcializa, a cada quien un pedazo, circula, se vuelve imagen.

Rosa sonrío, platica con Lenin, a quien ha dado un ejemplar del periódico. Lenin me ha dicho que está leyendo *Sidonie* (el caso de la joven homosexual de Freud); se levanta y se va como si no tuviera mucho que hablar con Rosa, que se lame los dedos en la banca, come papitas, se da ese lujo frente a la reja de Rehabilitación donde estuvo presa.

Saúl me ha dejado esperándolo. Dejó su morral en la banca y me dijo: ahorita vengo. Lo vi de lejos, todo de blanco incluso los zapatos, como si se hubiera convertido en doctor. Le queda bien su disfraz. En el camino venía pensando que quería hablar con él, olvidé prácticamente todo lo que hablamos el viernes y es una lástima, ahora se acerca... Me hace señas de que siga esperando. Lo hago.

La paz entra en mí al llegar al hospital. Hay algo que me da la bienvenida, esas ideas locas que siempre me acompañan encuentran asiento. Saludo aquí y allá, puedo elegir a donde ir.

Hoy hablé un rato con Saúl. Me platicó de una herida en el coxis, que se hizo ayer al recular (me explicó que recular es chocar con la silla una y otra vez al enderezarse), haciendo ejercicio advirtió que tenía sangre en la herida. Fue a la enfermería y lo curaron pero no quedó satisfecho, pues era frágil el remedio y se fue a su casa a las once, hoy se irá por esto en combi, no a pie como acostumbra.

Me habla de un cuadro que está haciendo: es un volcán que se refleja en el agua pero está a disgusto con la maestra porque el verde que el usó fue aplastado por el color negro que ella le aplicó. Ahora mi cuadro parece acrílico, dice Saúl. Quedó chillón, nadie chilló, me refiero a que el color es fuerte.

Me dice que aunque esté de blanco no pretende ser médico y yo le digo que no, pero viene a curar. Se ríe, los dos entendemos que hablar es la curación de la vida, la curación del alma, lo sabemos.

Saludo a Esperanza que sale del comedor y sonrío, sensiblemente mejor al viernes pasado, no obstante tiembla, son los neurolépticos.

El viernes me conmovió muchísimo, parecía un despojo humano desmemoriado. No pudimos sostener una conversación, no sabía por qué estaba aquí, no sabía qué iba a hacer ni sabía dónde quería vivir ni si quería vivir.

Se me atraviesa la idea de Saúl y mi olvido de su conversación. Ahora me habló de los cinco minutos de oración, del día de su santo. La otra vez, de El jaguar despertado, de aquellos tiempos.

Al despertar -viernes 26 de enero de 2007

Hoy hace frío en Villahermosa y lo que apareció este día en mi mente muy temprano fue la imagen de los locos en el patio, de sus cuerpos macilentos con suéteres rojos que no son de nadie y ahora son de ellos, los locos del hospital, los locos de la ciudad. Algunos no alcanzan abrigo alguno y se conforman con su piel de siempre, no se quejan, porque saben que tampoco su vida es de ellos.

Pídale a la enfermera, le digo a un hombre, que junta los brazos para calentarse y me dice que no, me tira a loca, como si eso no fuese su prioridad sino su sueño.

Pienso en Evelio, que trae un suéter que le queda chico. Dejé de verlo hace dos meses, tal vez. Está flaco y por supuesto más viejo, ha envejecido pasando años en esa reclusión obligatoria del dormitorio de Crónicos, donde se escondió de mi mirada y de la pequeña sociedad del hospital, que acude puntualmente a la Sala de Estar. Evelio se transformó pero su locura permanece igual. ¿A dónde están? me dice, y vuelve a mencionar los nombres que ocupan su cabeza ¿A dónde se han ido? Su soledad me aterra, está colgada de una historia inentendible; de su perenne deambular, de su insistente voz. Evelio vino del norte, Evelio se echó andar. Me aterra que me nombre mamá, que esté y que no haya estado; me aterra su ausencia y su presencia, me aterra el no entender lo que me dice. ¿Quién soy yo para ese hombre que una vez fue en otra tierra?, ¿y yo qué soy aquí, quién soy en esta tierra para él?

Hoy Evelio se acerca a mí y me pide dinero, le doy pero no lo suficiente; replica y me dice: estoy podrido, y me desarma. Que-do hecha añicos. Estoy con un paciente, no atino a decir nada.

14 de septiembre de 2007

¿Vendría Saúl? Es la pregunta que se me viene a la cabeza. Son las diez de la mañana.

Estoy esperando a Eva, pero tal vez esté con Adán o con los espíritus que la persiguen en Jalpa de Méndez. Eva-Ariana-bella-Juana la loca no ha llegado. La cité a las diez y espero.

Seguramente habrá fiesta, es el último día de la semana cultural, pensé: no estoy para fiestas, la mañana es tan bella.

El doctor Medrano presentó un trabajo sobre la depresión, habló de la vejez pero para mí la vejez es una imagen. La imagen de un hombre con la piel curtida, un hombre con sombrero, un campesino. Y eso hubiera querido ver en la pantalla que el doctor llenó de letras para hacernos recordar nuestro deber.

Se me viene a la cabeza también la imagen de esa mujer que recogía basura en Cancún a la que yo fotografié sin que me viera. Y las fotografías de viejos que Gabriel (mi hijo) tomó en Budapest.

Y también veo a mi padre tan viejo, tan lejos y tan cerca, agarrado de los recuerdos, de la vida que aparecía en sus sueños donde mi mamá existía, lo recuerdo hablando de las sopas de Lucía y de *Las veinticuatro horas*² ajeno al presente de “La mano amiga” (el asilo donde murió), que le negaba a cada instante el derecho de ser.

28 de marzo de 2008

Viene un paciente y me saluda, me conoce. No sé su nombre. Me pide dinero y le digo que no, y al poco rato viene otro que desde ayer se acercó a mí, congratulándose de que yo fuera amiga de Carmita Vidal. Le pregunto su nombre: Melchor Alejandro. Me pide una moneda y le digo que no. Me dice que soy carismática. No confunda la amistad con el dinero, me dice cuando lo invito a platicar. Vino a traer el agua y me ofrece un vaso, se lo acepto, está rica, es de limón.

Los pacientes me dan mucho más de lo que yo les doy. Me dice que está aquí por algo que tiene en la cabeza, ya ve, las cosas pasan así (habla de él como de un aparato descompuesto). Me repite que soy carismática. Está cansado del encierro, pudo salir por el agua pero volverá al encierro, se va y escucho que le pide dinero a todo el que encuentra en el pasillo. No me tenga miedo, les dice, pero tenga precaución, ya ve que aquí los de adentro estamos jodidos, todos estamos jodidos.

² Folleto en que mi padre explicitaba su teoría sobre la salvación económica del mundo.

22 de abril de 2008

No tengo estómago (como dice Gabriel, mi hijo) para ir a las salas. Había hecho una cita con Saúl a la una, no vino. Martín Gassos me dice que no puede hablar conmigo porque está haciendo trámites de los doctores y de él mismo que perdió la credencial de elector. Flor me pide una Coca-Cola, Mary Carmen también; encuentro a varios doctores y psicólogos, converso. Creo que hoy ha sido un día de relaciones públicas. Sin embargo extraño la placidez de mis conversaciones con la locura.

En la mañana, desde las seis, hice una lectura fecunda de Kant con Sade. ¡Eso estuvo muy bien!

29 de abril de 2008

Llego al hospital y decido no ir a Rehabilitación. Me doy cuenta de que no quiero ir a encontrar a nadie sino que alguien me encuentre a mí. El mejor lugar es entonces la banquita bajo el techo que están a punto de quitar por la remodelación del hospital. Lo que no se renueva es el mundo de las ideas que están estacionadas en la psicología americana y el DSM 4*.

Hoy la locura no circula por aquí. Llueve. Está encerrada en las oficinas, en las salas, en los laboratorios, en los consultorios. La locura tiene frío. Sin embargo espero...

Pienso ingenuamente que el hospital tiene algo que decirme en relación al próximo seminario de Sade, algo que ignoro. Pienso que creen que la locura no tiene nada que ver con Sade, que eso de la carne y el deseo no les concierne, por eso no se han inscrito.

Ángel, mi marido, ayer en la cena me platicó de una noticia escalofriante. Un hombre en Polonia mantuvo encerrada a su hija durante veinticuatro años y tuvo con ella cinco hijos. Me pregunto si aquí sabrán de eso, si se sienten concernidos por esa noticia. Y sigo aquí, esperando a que algo del orden de la conversación, de la interlocución, pase.

¿Estará viniendo Saúl? La tiendita estaba cerrada, ese es nuestro lugar de encuentro. Recordé ahora el que tuvo con

* Manual de diagnóstico psiquiátrico.

Gabriel, mi hijo³, el día que yo no vine. Saúl le vendió un cuadro en setenta pesos y fluyó entre ellos una conversación a pesar de la renuencia de Saúl a la fotografía.

Pienso que el encuentro con Gabriel tuvo un efecto fuerte en él porque meses después Saúl, que nunca menciona a mis hijos ni se había interesado por mi estatus de madre, me dijo algo así como: usted que tiene hijos lo sabe, y apareció una demanda más clara de tratamiento. Ya no era esa especie de seducción-amistad que me procuraba y que incluía la vigilancia constante de las miradas ajenas. Saúl empezó a platicar tranquilamente conmigo de su vida, de su cotidianidad, de sus recuerdos y anécdotas. Saúl empezó a confiarme su historia cuando me pudo instaurar como analista-madre. No me había dado cuenta de esto hasta hoy.

Pasó Pedro y me presentó a su hermana, que me dio un ejemplo de transitividad. Vine, me dijo, porque me citó el psicólogo Lenin pero no está.

¿La citó y no está? le digo yo, eso está muy mal, tendría que pedirle una explicación a Lenin, eso no se hace. Te citó ayer, dice Pedro (el supuesto loco), ah, sí, dice la hermana, pero no pude venir y vine hoy. Ah, entonces usted fue la que faltó a la cita y la perdió. No, es que siempre le he hecho así, replica ella. Sí, pero así no es la vida, insisto yo, así no es.

Pedro me pide dinero para un refresco y se lo doy, ella se va, no quiso esperarlo a que comiera pero tampoco lo invitó a comer. Pedro me pregunta si quiero Coca y le digo que no, entonces me regala un chicle de los que vende y titubea un poco para agregar otro, tenga, me dice, le regalo dos.

¡Qué increíble belleza encierra la verdad! Es como un tesoro que se mantiene en secreto y sale en palabras alusivas, en estuches, entre telas que son telones del escenario de luz.

Pedro es muy feo, su dicción es apresurada, repetitiva, sin embargo el martes me dijo que la vida es otra cosa, cuando me regaló dos chicles que vendía, cuando su tragedia asomó en su figura grotesca. No sé cómo fue, sucedió después que yo le di seis pesos para un refresco, sucedió cuando él supo

³ Gabriel es fotógrafo y estuvo tomando fotos del hospital para luego montar una exposición.

que no me era indiferente, fue como poner en acto la palabra “compartir”.

2 de mayo de 2008

Son cinco para las diez. Hice una cita con Rocío, que por el momento está fuera del hospital. Casi estoy segura que no vendrá, pero es importante mantenerse en lo dicho. Pienso en ir a la puerta a decir que la dejen entrar. Espero y recuerdo a Orhan Pamuk en *Nieve*, siempre con su cuaderno por si le viene un poema. Quisiera que me viniera uno. Para mí los poemas flotan en las palabras de los locos, es cosa de atraparlos pero a veces como las pompas de jabón se deshacen al tocarlos.

Pasó un doctor que no es mi interlocutor pero trató de serlo y me habló de que en 2020 habrá más enfermos mentales y más viejos. ¿Por qué?, le pregunté.

—Así lo informan porque se ve que al haber más gente de la tercera edad, hay más depresión, imagínese usted si se muere el esposo o la esposa.

—¿Y la demencia precoz?

—Ah, también va a haber más— y repite lo que ya ha dicho.

Le digo que si la clínica existe es porque es impredecible, por esto es necesario hablar con cada quien y abrir un lugar para la sorpresa. Si los pronósticos fueran confiables sería fácil sacarse la lotería ¿no cree usted, doctor?

—Sí, ya me voy— fue su respuesta.

Son las diez y media. Rocío no ha venido. La gente se sorprende de verme sola en la banquita, pero no estoy sola, estoy en el lugar que convoca a los fantasmas. Alcanzo a oír trozos de la conversación de un muchacho con su tía.

Sus palabras son dolorosas, habla de arrepentimiento. Tiene unos veinte años, sus palabras destilan angustia, su rostro se contrae, y yo me digo basta, pareciera que estoy robando las palabras que no están dirigidas a mí. Basta.

LA VERDAD

La fila de los pacientes iba al comedor. Era la una de la tarde, me había cuidado de no ir a las salas y permanecí en el patio desde las nueve de la mañana. Había hablado con Agripina y con María Reyes. El doctor Luis Medrano me contó de su clínica y de su deseo de curar. La realidad, me dijo, está en casa de los pacientes. La fila de hombres y mujeres se dirigía al comedor y yo iba en sentido contrario. Hilda me vio de lejos y corrió hacia mí: ¿qué me trajiste, psicóloga? me preguntó.

—Nada.

Sin embargo sonrió, saludarnos es importante.

Flor me dijo con tristeza que había perdido sus lentes.

—No, le contesté —supe que los recogieron las enfermeras, me lo dijo Vale.

Y su rostro se iluminó.

Le aconsejé que los usara en ratos y se los diera a guardar para cuidarlos y le pareció buena idea.

Martín se detuvo a hablarme, en su media lengua, de lo que había pasado.

¿Qué tal estuvo el sándwich? le pregunté a María Reyes, y pensé que a veces es más importante un sándwich que hablar, sobre todo cuando las palabras se agotan, cuando el dolor hizo añicos los verbos y las neuronas se emborrachan con suficiente Haldol.

Una ola de bienestar me acompaña, acabo de ser reconocida por los dueños de la verdad.

6 de agosto de 2008

A veces siento que la locura me ha abandonado y se instala en mí un silencio gris. Hoy, a pesar de que los árboles tienen tantos verdes, su belleza no me dice nada. Necesito un antifaz, analgésicos, un análisis, un tequila, añoro el frío de París, el café, las fotos, las partitas de Bach. Estoy en el patio del hospital completamente sola después de haber pasado la mañana en la Sala de Mujeres donde he hablado apenas con Esperanza, con Magdalena, pero la circulación de mujeres

me ha maltratado. He tenido miedo de perder sus palabras y no poder escribir.

Siento que necesito dormir tres días enteros. Veo los rostros de las enfermeras y me siento débil, ajena. Tengo ganas de vomitar. Desfallezco.

Candelario se sienta junto a mí y le doy la espalda. Huele a cigarro e imagino a mi madre ¡que fumaba tanto! Candelario es mucho para mí hoy. Su presencia me rebasa. Siento que mi alma es frágil, tan frágil que ninguna palabra la sostiene.

¡Imposible vivir dentro del hospital psiquiátrico! Pienso.

Creo que Ángel, mi marido, teme por mi soledad. Candelario y yo, sentados juntos, parecemos dos bultos, dos seres mudos. Él fuma, yo escribo. ¿Dónde está la salud mental? Aquí el mundo se detiene, el aire se vuelve denso, asfixia.

Hoy hasta la mudita Adela, quiso salir...

La raíz del árbol me parece obscena, es una orgía de man-gueras, de gusanos enredados. Las hojas se alejan porque no quieren saber nada de la trama grisácea que se revuelca en la tierra.

Pienso en mis intestinos vacíos, llenos de divertículos y en mi cabeza caliente, doliente, cierro los ojos para irme pero el mal estar se hace más fuerte, las náuseas me piden sacar algo monstruoso como el relato que me acaba de hacer María Magdalena.

Otro día de agosto de 2008

Me dirijo con paso decidido a la Sala de Mujeres. Siento que aquí mi lugar es incierto, no formo parte de nada, pero después de la no asistencia de la gente del hospital al seminario de Sade paradójicamente me siento más libre. No asistí a la sesión académica de la mañana. Llegué tarde y me senté en una mesa a esperar a Rocío que tenía cita conmigo. Hablé con Misael sobre su no-pertenencia al seminario, después con Carlos Mario y luego con Carlos Galicia. Fui a Rehabilitación donde conocí a Humberto, que con veintidós años y un brazo faltante podía sostener su deseo de salir para seguir siendo igual.

Crucé una palabra con un hombre que me dijo llamarse Alejandro (y pienso en mi hijo que se llama igual, tan dueño de su vida, tan libre); el hombre declara su identidad: soy gobernador pero no quieren lanzarme... en mi pueblo realmente soy el gobernador.

De ahí pasé por el pabellón de hombres que me entristece tanto como los presos de Lecumberri que sacaban la mano de la reja para saludar y pedir una moneda.

Se me viene a la cabeza la palabra “escoria”, que un día en ese mismo lugar pronunció Rafael, un joven con el que hablé sólo unas cuantas veces, hace unos tres o cuatro años.

Les reparto el café que traigo y me voy a la Sala de Mujeres.

Allí a la primera que veo es a Rocío que exclama: ¡sí existen los milagros! Esta es mi psicóloga, ¡salgamos! pero la enfermera Meri no nos permite salir, Rocío acaba de llegar. Por eso no acudió a la cita que tenía conmigo en el patio.

Las pacientes me hablan, me miran y me besan. Meche me da una pera y conversa conmigo en la continuidad que nos da la relación que tenemos.

He estado preocupada por Liliana, que convive con todos. Está invadida de tuberculosis. Y me da miedo, siento que no quiero contagiarme. Una mujer me aborda, recuerdo levemente su cara, ella se acuerda de mí y quiere continuar hablando conmigo. Rápidamente aparece una agenda. Hablaría primero con Rocío, luego con ella y después con Mariana, que también accede a esperarme.

Las pacientes deambulan alrededor de mí, no puedo encontrar un rincón privado y Rocío se desespera, decido irme pensando en la frase de la protagonista Scarlet en *Lo que el viento se llevó*: “mañana será otro día”.

UBICACIÓN DEL SABER

Durante la visita Trinidad informa a su padre que habla con Dios, y el papá no le cree. Trinidad se indigna y le argumenta:

—No me crees, pero yo soy el que hablo con Él. ¿Cómo no lo voy a saber?

Indira, una paciente que siente que la vigilan a través de un chip, se pone a escucharlo y sonríe atenta y respetuosa al testimonio de Trinidad.

CONMOCIÓN

Me conmueve el beso de un paciente a su madre. Él es casi un niño, tiene dieciséis años y se tambalea, el neuroléptico lo aprisiona, lo hace arrastrar los pies y el alma. Su padre lo conduce de nuevo al encierro. Pienso en la frase de Eurípides: “cuando Dios quiere destruir a alguien primero lo vuelve loco”. Y reniego de su Dios.

Hablo un momento con la señora del beso que hace un momento me partió el corazón y resulta que es su abuela. Su madre murió el sábado pasado y no lo sabe. La abuela me pregunta si debe decírselo y yo le respondo que no lo sé, inmersa en el recuerdo de los días que viví con mi madre muerta sin saberlo. En ese tiempo estuve loca.

14 de noviembre de 2008

Es viernes. Ahora sí siento que estoy de vuelta en el hospital, el martes no. El martes mi corazón estaba aterido con un miedo que me coagulaba las venas, a pesar del calor, a pesar del sol.

Me refugié en una plática con Saúl que no pude retener. Sentí una especie de impropiedad, de ajenidad, de extrañeza, de vacío, de falta en ser.

Hoy llegué a tiempo a la sesión clínica. Se trató de un casi niño que vive atado a una cama y a una silla de ruedas; me reconocí ajena, incapaz de buscarte en él, incapaz de mirarlo. Lejana.

El doctor Millet, jefe de la sala, nunca llegó, presentó el caso otra doctora que prácticamente desconozco pero que me impresiona como alguien que ejecuta las órdenes del manual de procedimientos. Cuando terminó de exponer el daño neurológico y las convulsiones que soportaba el cuerpo del niño, que protestaba con gritos y golpes a la vida, se hizo un silencio en la sala.

Yo pregunté si había alguien en especial en la Sala de Crónicos que se hubiera acercado a él y la doctora respondió: todos. Yo insistí y apareció la voz de un joven enfermero que habló de los paseos y la sonrisa de Daniel, se atrevió a nombrarlo, a hablar de que era otro cuando se le mostraba afecto. Se desataron voces pidiendo una atención personalizada. Y el doctor Sánchez Zapata hizo un recuento de los tratamientos que le complicaron la vida pues los efectos secundarios fueron muchos. Daniel fue abandonado por las Madres de Calcuta, donde había culminado el abandono de sus padres y llegó aquí, donde el doctor advierte que le gusta el verde de las plantas vivas.

Daniel descubre dentro del hospital ese lazo con la vida. Es tiempo ya, dice Sánchez Zapata, de dejar a un lado la ciencia y de atender el hilo que lo liga a los otros. Bueno, no lo dijo así pero así lo escuché yo.

Afuera don Leandro grita: está loco, está loco, está muerto. Hace un rato le di un café, el último. Había distribuido los otros en Rehabilitación, y éste era para Meche pero don Leandro me esperaba con la frase: es viernes. Sabe que vengo martes y viernes y recibe el café con verdadero entusiasmo. Sabe como yo que el café revive.

Luego hablé un poco con mis alumnos y noté que a veces me exasperan, pero también que el árbol que estaba frente a mí era lindo. Ese que un día calificué de obsceno en sus raíces torcidas, hoy luce majestuoso, no sé de qué es. El chicozapote me cobija. La luz se filtra por las hojas del árbol y el cielo se recorta: verde, azul, verde azul, café; el tronco y la tierra también reclaman su lugar.

Los pájaros cruzan esos destellos de luces como ráfagas y uno canta, grita, es un animalito travieso que se esconde de la mirada pero que no puede callar porque está vivo.

Pasa la fila al comedor. Entre ellos Mundo, quien me había dicho Saúl que estaba muerto, está gordo y cojea, acarrea todavía su cuerpo pesado, mudo, torpe. Tal vez sueña con correr, no sé.

Avanza un doctor en sentido contrario, se cruza con un paciente, es como una sombra con bata blanca, eso sí, siempre blanca.

Martín por fin me ha vendido un pan, ya no pude negarme, es la galleta de avena que vi desde la mañana, ahí estaba en su caja de pan como si me hubiera esperado. Se la llevaré a Meche junto con un café.

Ahí vienen varias mujeres, como gatos, como zombis, las viejas van en bloque y luego va Rocío con toda la fuerza de su cabellera china alborotada. He hablado con ella en el salón cerrado de Rehabilitación.

Veo pasar al hombre del muñón, él no me mira porque su mirada está perdida, no ve a nadie, se encamina al comedor. Su padre asesino le ha robado el alma. Su odio asesino se vuelca una vez más al padre, ambos se reconocen en el odio, son en el odio.

¿Quién de los dos? parece decirse con su mano ausente y muda, con su cuerpo mortificado, en su inercia de vivir.

Un hombre mayor visita a su esposa que lleva el uniforme de loca. ¿Zacatito quieres? le dice arrastrándola de la mano hacia una mesa que está en el pasto.

El hombre trae una bolsa de Sanborns, con tesoros que va sacando poco a poco, elige, duda, no sabe qué darle primero. Tendrán cerca de ochenta años cada uno. Sus recuerdos están sentados con ellos. Ella empieza a comer, él también. El hombre ha venido a construir la escena que dejó en su casa, ha venido realmente a estar con ella.

Se miran uno al otro, hablan, no ven a la gente que pasa de blanco, han instaurado su lugar, han cerrado la puerta. Este no es más el hospital psiquiátrico, es quizá el restaurante que visitaron en la luna de miel. Hablaban, tal vez recostados en el jardín, de los hijos, de los nietos, del trabajo, de los vecinos, de la vida que como este pedacito de tiempo habitan, la vida que han construido.

Pasa Migdael, ha acabado de vender sus naranjas con Chile y sale del comedor. Sonríe, está vestido de civil.

LA FIESTA DECEMBRINA

Una música espantosa y estridente llena el espacio de Rehabilitación, muchas sillas miran a un foro que espera a un escaso público. Me resisto a asistir pero finalmente entro, me arrepiento de no haber traído la cámara, de no poder atrapar los rostros, los cuerpos.

Es el colmo del absurdo: han contratado a un sonido en lugar de convocar a la hermosa marimba del hospital.

El sonido trae incluso grabado al animador que grita: “alcen los celulares, préndalos, miren cómo se ve eso”, e insiste esa voz grabada e impersonal, ciega del lugar donde está, sin saber que aquí los celulares no existen.

Mi mirada se fija en la paciente casi niña que baila desaforadamente con Rosario. Todo el foro está poblado de parejas sui géneris. Ángeles baila con un paciente, Lenin y la enfermera también bailan y concursan por un lugar en la eliminatoria que dirige la doctora Tomy. La música inunda el recinto y el espectáculo me inunda a mí que me siento a punto de llorar. Me recibió Patricia, una paciente, lindísima, que me indica emocionada que se trata de un concurso donde quedarán dos parejas.

Han venido muchos estudiantes, algunos se despiden afectuosamente de Nicanor, que atiende la tienda.

Mitzi ganó el concurso junto con Rosario, a quien nadie nombró pero que sonreía aceptando su lugar de acompañante.

Mitzi lucía sus muñecas con vendas, el uniforme de loca y la sudadera amarrada en la cintura, parecía feliz de poseer un cuerpo que se movía con soltura. Mitzi es pequeña de edad y de talla. ¿Por qué se querría matar?, ¿por qué querría abrirse las venas, confundirse con la tierra?

Me entristece la mudez de su cuerpo que se agita ensordecido por esa música tan fea.

Hay una fila de doctores y trabajadores a donde yo también me siento sin hablar. Soy parte de los de bata blanca y

me avergüenzo en silencio de mi condición de ser normal, de mi condición de privilegio.

Me algo para escribir cuando acaba el concurso. Escucho mi silencio. Quisiera fabricar una poesía de Mitzi y Rosario y me siento incapaz, me duele la cabeza, la gripa se obstina conmigo.

Cada vez me gusta menos Rehabilitación, me cuesta entrar.

Hace mucho que no veo a Jorge de la Fuente, no vino a la fiesta. Tampoco a la maestra de pintura. Veo pasar al comedor la fila de mujeres, no está ya Lucila. Me hubiera gustado hablar más con ella. El martes la saludé, conversaba con el psicólogo Balcázar y sentí que no tendría que haberlo hecho; la conversación tendría que haber seguido siendo conmigo, ¿qué clase de trozos de palabras se engarzaba en el collar de su vida? Sentí que algo absurdo e inadecuado estaba pasando.

Quería avisarle a Salvador que no vendría el martes a la cita que tengo con Laura, su novia. Ella dijo que vendría a verlo a él y a mí. Tal vez pase a Crónicos a ver si lo encuentro y luego me vaya.

Saúl no ha querido hablar conmigo, se esconde. Ha venido pero no lo encuentro.

12 de diciembre de 2008

Me he comprado una pluma con tinta verde, quisiera escribir sobre los pacientes con el verde de la esperanza. El hospital me sonrío, hace sol y ese friito invernal de Villahermosa me acaricia.

Se acerca la doctora Tomy y platicamos, miramos el hermoso patio sin sillas, con mesas abandonadas, rotas y butacas de desecho llenas de agua; aun así sigue siendo el patio de los pacientes. El patio de la casa.

Los pacientes van en fila al comedor y a Rehabilitación, donde los resguardan con llave y hoy no me dan ganas de estar ahí, en ese gran salón donde circulan como en el zócalo de una ciudad sin zócalo, o en el parque de una ciudad sin parque; en busca de una mirada, de un encuentro, de una oportunidad de tocarse.

NAVIDAD

La fiesta de todos, la fiesta de Navidad, marca más la exclusión de los locos que lucen desorientados sin saber por qué los demás se felicitan y se sienten llenos de una extraña alegría.

Las autoridades del hospital invitan a los locos a participar del nacimiento de un Dios ajeno a ellos. El suyo es un Dios reivindicador y delirante, un Dios sin historia que ha venido a salvarlos al precio de su vida. Un Dios que exige el sacrificio de la locura.

El café y el cigarro podrían ser una fiesta para ellos. Tal vez una copa de sidra (recordé aquella Navidad en que Eucarí me la pidió para hacer un brindis y la traje). Un día de campo en el patio. El poder estar y salir en su casa, el poder comprar en la tienda, el poder jugar. El poder vivir cosas “normales” son las utopías de los locos que miran intrigados la fiesta de los otros.

30 de diciembre de 2008

Hace aire. Hace un rato llovió y las sillas de la visita están en el pasillo techado.

Me da gusto encontrar las mesas sucias e incómodas; me da gusto que haya sillas, que el chicozapote siga aquí dando frutos; que pase la gente y me salude.

Marbella está con su mamá pero parecen extrañas, desconfían una de la otra ;desconozco tanto a Marbella!

Me apena. Ella me sonrío, siento que tiene muchas cosas que decir. Marbella y su madre sentadas en la mesa permanecen mudas, cada una ve hacia otro lado, no tienen nada que decirse. Son cinco para las doce, hora en que termina la visita y esperan impacientes a la trabajadora social a diferencia de otros pacientes que quisieran alargar el tiempo. Finalmente, como no viene, Marbella se levanta y le dice a la madre que se va, pero antes le pide dinero y la mamá titubea hablándome en plural, ¿será que ellos lo necesitan? yo no la veo bien... es agresiva. La hija mira a la madre en silencio como si no pudiera

comprender que es su madre la que busca la palabra de otro frente a ella. Le digo que sí, que le dé dinero, aquí hay una tienda, ¿verdad Marbella?

—¿Será que lo pierda?

—No, señora, no lo pierde.

Le da diez pesos, lo que le parece poco a Marbella y se los regresa, la madre a regañadientes le da otros diez y Marbella guarda los veinte en su bolsa de tristeza.

2 de enero de 2009

Empiezo el año bien, el día es lindo. Hay mesas y sillas de visita bien limpias aquí, abajo del chicozapote.

Encuentro en el jardín a Telma, la hermana de una paciente que me abordó el martes para que la ayudara a hacer una llamada. Me dijo que su hermana es una jovencita de dieciséis años que había intentado matarse y ahora quería vivir, salir, hablar.

Hoy Telma trajo su ropa para llevarla a Paraíso y me dice que su hermana tomó muchas pastillas y alcohol para sacarse al niño que le hizo el chamaco que vivía con ella, y la dejó, pero Telma, que tiene veinte años, ya le dijo que se puede vivir. Ella tiene dos niños que ha criado sola. Uno de tres años y otro de siete meses. Dejó al hombre porque se fue con otra que tiene tres niños y está embarazada de él. Telma ahora tiene a otro señor que la aconseja y la ve de vez en cuando.

Le pregunto por sus padres y me dice: mi madre tiene la enfermedad bipolar, así que se pone triste y no puede venir aquí porque le afecta. Mi padre es pescador y nunca está. Un día sale a pescar y al otro sale a vender el pescado, no se puede contar con él para nada.

Me da pena haber platicado con la hermana y no con la paciente. Me da pena hacer tan poco, me da pena estar tan lejos y tan cerca.

13 de enero de 2009

El día está nublado y hace un vientecito frío. No llueve. Estoy una vez más en la Sala de Visitas abajo del chicozapote. El patio ha sido desmantelado otra vez ¿por qué?

Una señora me pregunta por su amiga que no logro identificar.

La enfermera Candelaria me pide que hable con Fabiola, una paciente que tiene tres niños y tomó Diazepam para morir. Se perdió por un instante, y enloqueció cuando ya no supo si era de día o de noche...

23 de enero de 2009

Estoy en el patio de visitas. ¡Cómo hay familiares esperando hoy! Me sorprende que Rosario (al que yo percibía totalmente abandonado) tenga visitas, son un hombre y una mujer, a la mujer él casi ni la voltea a ver pero habla acaloradamente con el hombre, le cuenta al parecer una anécdota y sueños, le habla de una laguna y un arroyo, se ríe, vive.

Tengo frío, hace un viento helado. En realidad el calor de Villahermosa es de abril a noviembre, lo he comprobado en mis diarios.

Llegó a hablar conmigo Carlos Mario, lo veo super bien y es el amor. Viene a jugar dominó con Lila, con la que ha hecho una relación.

Le preocupa el problema de África, de Colombia, la droga; pertenece a una iglesia que se llama Nueva generación, tiene planes, cuenta con Dios. Toma mucho menos medicamentos. ¡Vive!

3 abril de 2009

Estoy en el patio del hospital. Víctor me compró una Coca-Cola, sonrío y me habla de Dios, trae su Biblia, quiere citas exactas. Pedro me pide Coca, ¿traigo un vaso? me dice. Y saca uno de la basura, le doy un poco, me apena.

La doctora de los electroshocks ha pasado varias veces inclinada sin mirar más que al suelo. Los brazos le cuelgan, pareciera encerrar el terror de sus pacientes y callar para que ellos callen, pareciera haber dejado de sentir. De pronto se oye una risa loca, se trata de alguien vivo.

El ruido del taladro ha parado, es la hora del lunch, el patio luce como después de un bombardeo, están demoliendo el techo, las piedras se agolpan detrás del letrero “no fumar” que hace tiempo perdió la F así que prohíbe algo que no se sabe qué es, que está como las almas aquí, en una posición loca y enigmática. El sol no es muy fuerte y tenemos un buen lugar sombreado.

Cuando Víctor se va porque tenía una cita con su psiquiatra, un paciente del hospital de día se acerca y me dice: ¿usted es religiosa?, es que Víctor tenía razón, oí lo que le dijo, la esperanza no es lo que se ve, yo lo primero que le pedí a Dios fue sabiduría pero no la mundana, sino la de Él y luego que me quitara mi pecado y fuerza para no cometerlo más, porque ¿usted sabe que el pecado de los hombres es la masturbación?, algunos dicen que es normal pero yo le pedí a Dios que me hiciera más normal, y bueno, como ese dicho de que una vez al año no hace daño, lo seguí haciendo pero no tanto. Bueno ya viene la fila de la comida pero acuérdesese bien que la esperanza es lo que no se ve.

30 de junio de 2009

Empiezo este lindo cuaderno hoy último día de junio, sentada en la palapa nueva. Escribo en la mesita de cemento que han construido en el jardín que está en el centro del comedor, la residencia y las oficinas administrativas...

Al llegar saludé al jefe de Psicología que me dice maestra; encontré a la doctora Tomy y fuimos juntas a ver las mejoras del Pabellón de Crónicos que luce recién pintado y con escritorios nuevos, pero lo que más me sorprendió es que tenía la puerta abierta, estaban sirviendo la comida a los que no salieron a Rehabilitación. Ignacio se quedó embelesado mirando mis lentes, a veces, como ahora, se conforma con mirar.

Dos días después

Fui a Rehabilitación y encontré en la puerta a un psiquiatra amigo con el rostro un tanto ¿desencajado?, me preguntó por

Andrés ¿lo conoce usted?, me dijeron que en la sesión del viernes mencionaron cosas que nada que ver... y empieza a quejarse del paciente, de su agresividad, de su sin razón, de su locura, de su violencia.

Al parecer le comentaron que en la sesión se habló bien del paciente y él no estaba de acuerdo, lo conozco desde que ingresó la primera vez y le hacen caso a un médico que lo trata por unas horas, dijo irritado.

Recordé las palabras de Silvia refiriéndose al doctor Miranda. Hubo un psiquiatra que lo oyó, que le creyó y no lo internó...

Engaña, manipula, insistía el doctor. Los dientes se los rompió un compañero, no un enfermero, y me describió el pleito, fue cuando él lo quiso morder y mordió de hecho a otros, tenía bracquets, fue un castigo ejemplar, parecía decir, e imaginé al paciente maniatado queriendo defenderse envuelto en su paranoia, en la guerra constante que mantiene con un mundo inexplicable desde otro lugar. Lo vi solo, identificando a los enfermeros, a los pacientes y al doctor como enemigos y sentí su desesperación, su necesidad de defenderse, su impotencia.

Lo trae conmigo su papá, pero él no me habla, seguía diciéndome el doctor, no se puede hablar con él.

Me aterra escuchar su versión y le digo que lo que me entristece es que el paciente vino hace catorce años, cuando tenía diecisiete y su mal era incipiente ¿y qué hicimos nosotros?, ¿qué respuesta es esa de atiborrarlo con medicamentos que no han dado resultado?, después de catorce años está mucho peor.

—Sé que usted no cree que hablar es importante, doctor —le digo—, pero creo que si lo hubiésemos escuchado desde el inicio, su historia sería otra.

El doctor no me contesta, me dice que vino a buscar una pacientita que al parecer no encuentra y se va. La traje, agrega, para que se distrajera, para que no se aburriera en la sala.

Me doy cuenta de que no me interesa escuchar al doctor que no ha podido oír ni al paciente ni a mí.

Entro yo también a la sala de Rehabilitación y Martín, el paciente crónico, me dice que estoy bonita, se lo agradezco

de verdad e intento hablar con Irma que se ha cortado el pelo, se ve muy bien. Me dice que se lo cortó para ahuyentar los malos humores. Irma es una joven de unos veinticinco años, extremadamente delgada, que siempre me ha mirado con recelo. Así que voy con tiento, cuando me acerco me dice que piensa en sus hijos, son tres varones, igual que yo, le digo, yo también tuve tres hombres.

Irma sonrío y me dice ¡qué casualidad! Por eso nos caemos bien.

Vine al hospital por un ultraje, me violaron, eran dos, con uno yo había vivido un año, es el padre de mi hijo mayor. Antes de la violación yo era normal, me vestía normal, tenía mi pelo normal pero ahora... no puedo olvidarlo, me siento tan triste, por eso Dios se lo va a cobrar, se lo tiene que pagar a Dios porque yo antes, era normal.

—Pero ahora es normal, Irma, usted va a salir, se va a quitar ese vestido y va a usar su vestido normal y va a seguir viéndose muy bonita.

—El papá de mis otros dos niños, que es un muchacho estudiado, dice que soy bonita y mi papá ya dejó que él fuera a vivir conmigo y con los niños a su casa.

—La felicito, Irma, porque usted es madre de tres niños, ser madre es una gran cosa.

—¿Verdad? —dice ella—, a los tres los quiero igual y mi mamá dice que por eso está orgullosa de mí. Creo que me voy hoy en la tarde.

Laura se acerca y me dice que me pinte los labios de rosa. Flor también me saluda, y Paty.

Salvador se encuentra taciturno y se lo digo.

—Son las voces pero no les hago caso —me dice—, ahora lo que me preocupa es mi hermana, parece que está mal de la cabeza y la van a operar. No pude apuntar el número de celular porque no encontré un lápiz ni un papel, mi hermano me lo iba a decir.

—¿Y la pluma y el cuaderno que le di?

—Cuando arreglaron la sala de Crónicos nos sacaron, quise regresarme a guardar mis cosas y la enfermera no me dejó hacerlo, me dijo que estaban seguras, pero cuando regresé,

mi libreta, mi libro, mi pluma y mis camisetas habían desaparecido, pero eso ya no me importa, ni las voces, ahora me importa mi hermana.

3 de julio de 2009

No sé porque veo tan vacío el hospital. Hace rato que estoy en las mesitas nuevas completamente sola. La gente ni siquiera circula por los pasillos. Se me viene la frase: “los cuervos están de luto” y pienso en el hermano de Nacho, de veinte años, muerto en Estados Unidos hace dos días. A él nadie lo quería más que muerto y él cumplió con su destino escrito por el deseo de otros, era un bueno para nada, decían, y volvió a la nada.

Nadie creía en él, era un gran tipo, tenía el valor de alcoholizarse hasta caer, tenía el valor de querer olvidar, de anticipar su muerte “dando a su cuerpo un fuerte”, como decía Maximino, mi paciente, “dándose una ayudadita”.

14 de julio de 2009

¿Qué distancia habrá entre lo administrativo y lo humano?, debe de ser mucha porque a veces es insalvable.

Pasó la mujer que vendía empanadas. Está sumamente delgada, el pelo ya le creció un poco desde la vez que se tusó. Trae un sombrero de paja, usa pantalones y pueden verse en ella destellos de belleza como rastros cada vez más lejanos, más tenues. Le grito ¿cómo está? Porque no me acuerdo de su nombre y voltea con desdén, me mira sin mirarme y sigue su camino en silencio.

Hace algunos años era bonita y vendía unas empanadas riquísimas, tenía el pelo muy largo y sonreía. Un día quise hablar con ella sobre su presencia en el hospital y con trabajo me dijo dos o tres cosas, me entrometía en algo de lo que ella no quería hablar. No insistí y siempre nos hemos saludado con gusto. Pero ahora siento que se ha ido. “Desolación”, es tal vez la palabra.

Este patio no tiene visitas aún. Poca gente transita por aquí. Ya no pregunto por las sillas que traje, desaparecieron

con estas bancas de cemento donde es difícil sentarse a escribir porque la mesa queda muy lejos.

Hoy los árboles están tristes. El chicozapote debe estar enojado porque esta construcción le quitó la oportunidad de convivir con la gente, de tocarla con su sombra directamente. Ahora lo hace en forma marginal. Quedó a la orilla de un cuadro de concreto en contacto con un techo que es mudo y sordo al crecimiento de sus ramas. Los pájaros también se fueron, tal vez los asustó la modernidad, no veo tampoco a los gatos ni a las ardillas y tengo la impresión de que a mí tampoco nadie me ve.

Estuve mucho rato esperando a una alumna que no vino. Más tarde encontré a Saúl sonriente, perdió el lapicero que le di y regaló el libro de García Márquez que estaba leyendo, adentro tenía el separador de Botero que yo le había dado, eso me hizo pensar en las cosas, en los objetos, en las pertenencias que nos atan, en los regalos y en la libertad de no tener nada.

18 de diciembre de 2009

Hoy habrá fiesta. No traje la cámara. Estoy enfrente de la tienda.

Un paciente llamado Alejandro habla con dos compañeros del alcoholismo.

Esa madre va por pasos, dice, y si te das cuenta que la estás regando puedes dar marcha atrás pero llega un momento en que se acostumbra el cuerpo y ya.

Ahí va Lenin con su séquito de ex pacientes, son del hospital de día. Hoy ensayaron a vivir.

8 de enero de 2010

Hoy vine en la tarde y encontré que todo era extraño y todo era familiar. Los pacientes son los mismos. Flor, con sus ojos desorbitados de tantos electroshocks, me mira.

Hilda, Carlos Mario, don Manuel Sobrino, don Martín, todos enfermos de no curarse; empastillados, delirantes, robotizados. A Jorge de la Fuente le ha crecido el pelo, tiene rizos, sigue sin dientes con su sonrisa hueca ¡Con sus treinta y

tantos años! Con su juventud hecha añicos. Jorge debe de haber sido un niño muy bello, Jorge debe haber sido alguien; ahora con sus dedos amarillos camina enjuto en la fila de los locos, envuelto en su uniforme de cuadritos y la mirada perdida, insolente, vacía, ajena.

Me encuentro a Laura que evita besarme señalándome su mejilla izquierda llena de granos. Me marcaron, me dice, fue mi prima Isabel por un día en que apedreé su ventana porque ella se había llevado el sweater que tejí, lo único que quiero ahora es que haya quedado en manos de mi sobrina. Fue muy duro, psicóloga, el que ella, mi prima, me haya marcado, no entiendo... el sweater ya ni me quedaba.

—Yo tampoco Laura, tampoco entiendo.

—Pero me siento bien porque se lo dije, porque la vi, porque pude hablar hoy con usted, eso es todo.

6 de abril de 2010

Hoy llegué al hospital con cinco minutos de retraso para la cita con Mirna que era a las once cuarenta y cinco de la mañana, pero no llegó. Me encontré en cambio con Ana, que lucía el pelo pintado de amarillo, como si se hubiera echado directamente agua oxigenada.

Nos dio gusto vernos, me preguntó por Cecilia y le dije que había salido ya pero que no era más mi paciente, en eso habíamos quedado, hablamos y respetamos nuestro acuerdo, estuvo bien.

Su madre, muy arreglada y con cierta reticencia, también se acercó a mí y me preguntó ¿por qué será que a Anita le ha dado por arrancarse el pelo?, como buscando una consulta de pasillo que no estaba dispuesta a darle. No sé, le contesté inmediatamente con la verdad.

Ana me dijo que había venido a internarse sola porque quiso darle una lección a los personajes que la habitan, me dijo sus nombres pero no los recuerdo, parecían corresponder a pequeños protagonistas de las caricaturas, los veo y los oigo todo el tiempo, así que tenía que darles una lección, me dice, tenía que pararlos.

Fue una tontería, ¿verdad?, luego me arrepentí porque ya quería salir, es duro estar detrás del candado, es horrible estar encerrado, sobre todo porque en la sala no hay ventanas, si hubieran eso sería otra cosa, hay puro vitrobloc y el mundo está afuera ¿verdad?

—Pero no hay mal que por bien no venga, —le digo—, tal vez la trajo el destino porque aquí conoció a Gonzalo.

—Eso sí.

Ana me presentó a Gonzalo, hoy vino sólo a visitarlo. Ella salió ayer, y hoy le trajo cigarros y le prestó su celular para que éste hablara con su mamá que no viene por él a pesar de que ya está dado de alta. Gonzalo es un muchacho de unos veinte años y no sé por qué está aquí.

Platicamos un ratito los tres, Ana, Gonzalo y yo con Areli, una terapeuta de Rehabilitación que llega al hospital y se acerca a la mesa; platicamos sobre los cigarros.

Es curioso porque ella admite que hay que dejar fumar a los pacientes pero sin que ella se dé cuenta, porque si es así tiene que reportarlos. Hablamos también sobre lo bonito que sería que los pacientes pudieran circular libremente por el patio de su propia casa.

9 de abril de 2010

Llueve. Estoy en un kiosco. No hace frío. Hay un poco de viento, el día es gris y hay poca gente en el hospital.

Hace un rato repartí las bolsitas de café y algo de dinero. Es horrible pero no puedo dejar de hacerlo, no he podido. Don Trino, don Leandro y Jorge, lucen cada día más flacos, como si se fueran extinguiendo como una pintura de Cross y sacan sus manos de la reja esperando el café. Don Arturo Guichard quiere dinero, Carlos Mario también, viven aquí así, esperando esa pequeña cosa que los hará sonreír aunque sea un minuto. A veces un minuto vale toda la vida.

Hoy la junta clínica duró dos horas. La doctora Angélica Gómez presentó el caso de un hombre con nombre de mujer que circula con su pierna coja por la secuela de osteomielitis. Arrastra un cuerpo mortificado doliente, roto. La primera

respuesta de la doctora fue como siempre farmacológica, pero al mismo tiempo pudo escucharlo y tender un lazo entre los dos.

Ahora perdió el trabajo e ingresó al psiquiátrico ¡sólo le faltaba perder la cabeza!

Los médicos hablan, discuten entre ellos. Se trata de un TOC (Trastorno Obsesivo Compulsivo) de ideas delirantes ¿estará bien esta medicina o la otra?, ¿le han hecho estudios de gabinete?, ¿es tonto?, ¿es orgánico?

Y poco a poco se pierde el nombre y la historia de este hombre que circula con la pata coja y el corazón herido. Hace un tiempo, con el grupo de jóvenes de la iglesia, conoció una chica y se ha hecho su novio. Ella lo acompaña a la consulta con la doctora Gómez, lo acompaña en su miedo; hay alguien detrás de la existencia muda de este joven. La novia lo sostiene, le habla, no se tocan, son frágiles aún. Esperan.

Abril de 2010

FELICITACIÓN

Se acerca a mí una paciente de unos cuarenta años que no conozco y con expresión alegre me dice: me da mucho gusto saludarla, supe que usted hizo un doctorado en Alemania y eso es muy importante, la felicito, es un honor poder saludarla.

—Yo creo que usted me confunde —le digo.

—No, no, no, no sea modesta, yo también soy de la UJAT, soy de Leyes. Por favor saludémoslos ahora que vaya a la universidad, dígalos que los aprecio, cómo no.

—Bueno, yo creo que usted me confunde pero podemos hablar, podemos aclararlo, yo soy Carmen Tinajero.

—Y yo Gisela, mucho gusto y la felicito por sus éxitos en sus estudios porque ir a Alemania no es poca cosa.

—Yo no he ido a Alemania sólo a Francia.

—¿Ya ve? Si yo no me equivoco.

Su sonrisa encierra la posesión de la verdad.

18 de abril de 2010

Rocío está devastada, su vida es como una pelea de box que se encuentra en los últimos rounds, ha perdido y no se resigna a ello, sale al cuadrilátero, desgarrar el corazón. En una salida quiso estudiar la secundaria pero las autoridades de la SEP le preguntaron por qué a esa edad y cuando ella argumentó que había estado muchos días internada pidieron una carta al hospital psiquiátrico con la que naturalmente no la admitieron. Rocío ha perdido su palabra, a Rocío sólo le queda el uniforme de loca.

Quiso ser psicóloga, quiso ser madre, quiso ser mujer, se caía y se levantaba, tuvo hijos, tuvo amantes, tuvo días de sol pero ha caído una y otra vez.

Cambió la cerveza por los neurolépticos, el baile por los electroshocks, el amor por el engaño y sus palabras se volvieron huecas, terribles, acusadoras, su piel se convirtió en un escudo y luego se hizo frágil y torpe. Daba tumbos y reía. Rocío grita en el hospital y ordena a las locas callar.

Nadie puede conmigo, dice como el ex-campeón abandonado, retirado, acabado.

El mundo se ha ensañado conmigo, parece decir. ¡Hace tanto tiempo que salí del rancho con mis hijos, que anduve en la calle, que les hice una casa! ¿por qué me odian? ¿por qué me la quieren quitar?

11 de mayo de 2010

Hace calor y ahora mi alma está inundada de violencia. Es la violencia inherente a la locura, el ansia de romper, de fragmentar el cuerpo, de dejar una huella, una escritura, una marca.

El viernes vi a Salvador con un ojo herido, tapado, lacerado por Luis que lo atacó como un perro salvaje en la noche mientras dormía ¿Qué historia habrá detrás? Conozco a Salvador y a Luis desde hace muchos años. La soledad de Salvador con el miedo a los homosexuales, y la soledad de Luis con su miedo a no existir desde su infancia destruida por los golpes del padre que lo deja en el hospital como un desecho.

Estos dos pacientes cruzaron sus vidas y estallaron en su afán de ser incluidos en la comunidad de la Sala de Crónicos.

¿Estarían los dos en las orgías sexuales que conforman la culpa de Salvador?

Supe que Luis mordió en el ojo a Salvador mientras dormía, le arranqué un pedazo de cuero, dijo, con la carne de párpado entre los dientes.

Pienso en el caníbal que buscó en Internet a quien comerse y en el que quiso ser comido. Pienso en la carne y en la comunión. ¿Quién habrá sido Salvador para Luis al incorporarlo así a su carne?

Ese viernes la cara de Salvador era de una tristeza indescriptible.

2 de julio de 2010

Es viernes, supe que Holanda le ganó a Brasil; supe que murió la mamá de la doctora Vera, supe que Miguel Ascencio salió del hospital; supe que el doctor Herman me quiere mandar un paciente que tiene “ansiedad” desde hace ocho años, supe que a los pacientes no les importa que yo ya no les traiga café ni dinero, supe que me aprecian y quieren hablar conmigo; supe que a Iliana le han dado electroshocks, supe que sufre aunque diga que no.

El día nos acogió en el patio como lo hace con los pájaros y con las ardillas. Iliana y yo estuvimos mudas mucho rato. Le dije que si quería escribir y me dijo que no, lo único que me había dicho antes a manera de saludo fue: me dieron TEC, después de eso parecía quedar sólo el silencio. Pero lo interrumpió su pregunta :

—¿Cómo se llama usted?

—Carmen, Carmen Tinajero ¿y usted?

—Iliana.

—¿Y sus hermanas? —le pregunté, explorando sus restos de memoria.

—Karen y Liliana.

—Y su mamá Leticia —le digo— y sonrío.

Luego veo que tiene un granito de diamantina en el párpado, otro en el brazo.

—Usted brilla —le digo—, sobre todo cuando se ríe. Entonces ríe.

—¿Todavía vive don Carmen en su casa?, —le pregunto.

—Sí.

—¿Y qué hace?

Ella guarda silencio.

—¿Y quién más vive en su casa?

—En mi casa vivimos mi mamá, Karen, Liliana y el niño de Liliana.

—¿Cómo se llama?

—Esteban Alí.

—¿Y qué con él?

—Él es chiquito, tiene tres años.

—¿Y el esposo de Iliana?

—¿Quién?

—El papá de Esteban Alí, ¿también está ahí?

—No, no está, él no está.

Después de un gran silencio le pregunto:

—¿Y Karen qué hace?

—Trabaja.

—¿Y usted Iliana, Ili, qué hace?

—¿Yo?, juego —me dice con mucha dificultad.

—¿Juega?

—Me juego la vida con ellas.

—¿Y cómo es ese juego?

Y me contesta de manera tajante:

—Estoy aquí.

Los pacientes han ido a comer pero en menos de quince minutos veo salir a Daniela muy enojada, no voltea, al parecer no me quiere saludar. Noto que se ha hecho grande. Daniela ha dejado de ser niña.

Un paciente muy joven sale corriendo con toda libertad, al parecer se ha rezagado de la fila de los habitantes de la Sala de Agudos, va descalzo hacia allá donde servirán el postre reglamentario, le esperan las pastillas de colores.

PABELLÓN DE MUJERES

22 de agosto de 2005

Estoy en la cama de Iliana, que es casi una niña y me sonríe con dulzura. Las locas se mueven alrededor nuestro como algo natural. Hoy una mujer muy joven que está inquieta, mueve el colchón de Chepina, lo voltea y deja ver una bolsa de plástico con las pertenencias de ésta. Iliana y yo la miramos.

Iliana me dice que se porta mal, Dios le ordena que golpee su cabeza contra la pared, que se tire al suelo sin meter las manos, que se rompa la nariz. Me sigo aventando, doctora. Advierto que Iliana vive para la muerte, trabaja en la aniquilación de sí misma.

Cuando la encontré traía la bata mojada, se había metido vestida a la regadera. Le sugiero que pida otra y me hace caso. Seguimos hablando a pesar de las interrupciones, Carmita Vidal me pide dinero para una Coca, Meche un perfume, un perfume que diga Italia.

Poco tiempo después llega la comida. Me da gusto ver comer a Meche, le sugerí que lo hiciera cuando me había anunciado que sólo comía por la mañana y por la noche, que había suprimido la comida del medio día. Está muy delgada, como apagada —odio los neurolépticos. Meche ya no es Meche, es una loca más, se confunde con las pastillas que toma, ahora no es más la mujer que hablaba de su historia con los químicos. Ahora Meche es las pastillas.

¿Por qué estoy así? —dice Iliana —¿qué tengo? una mujer joven me dice que vea al techo, que ahí está Cristo y el Padre. ¡Al rato se va a dejar matar por pendejo!, exclama y se va.

Cuando estaba en la prepa pasaba por aquí por el hospital, me dice Iliana, veía las rejas; cuando estaba en la prepa era feliz, tenía cinco amigas, yo creía que yo era la más fea, no supe aprovechar ese tiempo, luego me fui a Alvarado con

mamita, primero trabajé en una maquiladora y me salí por floja. Luego vendía chicharrones, conocí a Alfonso y me enfermé en el momento preciso en que tuvimos relaciones. Él nunca me habló, yo no sabía nada de él hasta que empecé a oír su voz.

La voz de Alfonso la acompaña desde ese acto sexual sin palabras que cambió su vida. Desde entonces las palabras la inundan, no cesan.

Escucha en ese momento la voz de Dios y la voz de Alfonso que le dicen: ella no sabe, ella no va a entender.

—¿Ella soy yo?, —le pregunto a Iliana. Y no me contesta...

Cuando trato de hablar de su hermana gemela Iliana me pide que cambiemos de tema. Pienso en la imagen, en el hecho de que alguien sea igual a uno mismo, pienso en su hermana, que al parecer sí está hecha para la vida, que tuvo un esposo, que tiene un hijo..., ¿por qué ella no? La idea de ser mala envuelve a Iliana, ¿por qué me pasa esto?, ¿qué tengo?, el Dr. Lizarraga me dice que deje a Alfonso, que no me conviene, pero me porto mal, no le hago caso, no le echo ganas a lo que me dicen.

Empiezan a repartir la comida y le digo que vayamos hacia allá. Varias pacientes me abordan. Hay pollo e Iliana se alegra, es un guiso que conoce, que ella preparaba, yo hacía comida, doctora, esto yo lo sabía hacer.

Mi mamá está cansada, está harta porque yo sigo igual, soy una niña. Mi prima va a cumplir quince años en Alvarado y yo quiero ir pero no sé si me dé tiempo porque yo estoy aquí y mi mamá está harta.

Las mujeres deambulan. La sala está atiborrada de mujeres que flotan en sus batas. Van de aquí para allá, es una agitación imparable. Siento que están en movimiento aun las que están dormidas, recostadas, quietas. Siento la mirada de ellas y quiero saber por qué han llegado aquí.

Cuando me dirijo hacia la reja para salir una señora me pregunta:

—¿Cuándo sale?

—Hoy —le contesté.

—Que le vaya bien—, me dice. Y su cara se ilumina como si mi salida le diera esperanzas. Sabe que soy una de ellas, aunque traiga bata blanca y pluma y cuaderno.

Yo siempre digo que la locura es a dosis y hoy sé que no puedo estar más tiempo allí en la sala, que mi alma está exhausta, llena de esa locura que es la mía y que mi pregunta es igual a la de Iliana: ¿por qué?

26 de agosto de 2005

Fui directamente a la Sala de Mujeres. Iliana deambulaba como loca. Desde la reja me hizo un ademán de que no quería hablar conmigo. Yo pensaba salir con ella al patio y decidí entrar sin mucha convicción; sabía que le había dicho a dos pacientes que hablaría con ellas pero no recordaba quiénes eran. Así que mostré mi falta y le dije a la enfermera, que no sabía con quién iba a hablar, me declaré culpable de no saber los nombres, pero al entrar reconocí a Magdalena del Carmen, que estaba desnuda a la vista de todos.

Primero saludé a Meche, que cada vez pierde más su elegancia, su diferencia y se vuelve parte del rebaño. Magdalena del Carmen me dijo que se iba a bañar y yo le propuse que pospusiera el baño y hablara conmigo, le dije: la vine a ver a usted. Y como sabía que era verdad, fue por una bata y nos sentamos en su cama.

Magdalena me dijo que era abuela y cuando hablaba de su nieto, el hijo de su hijo, su cara se volvía dulce, en esos instantes la felicidad la habitaba. Magdalena hablaba rápidamente diciendo que somos maestras, que fue una niña muy querida y que no tiene nada más que decirme, así que se va a bañar. Y yo olvido como si no hallara qué hacer con esos pedazos de vida que me entrega. Como si a mí me afectara esa carga eléctrica que Magdalena está recibiendo para olvidar.

Guadalupe deambula por ahí. Recuerdo que también le dije que hablaría con ella. Y me cuenta que se alegra de verme, pero noto también en su rostro las huellas del electroshock. No han venido a verme, mis hermanos son casados, todos han hecho su vida, quiero mucho a mis sobrinos que son

grandes ya. Ella tiene cuarenta y dos años y no se ha casado, aunque recuerda que a los veinticinco tuvo un novio.

Me dice que fue en la secundaria cuando se enfermó, tenía quince años y no la dejaron casarse con el novio que se la quería llevar, pero ella sabe que el novio aún la espera, es maestro, me dice. Sólo a veces le entra la inquietud de que pudo haberse casado ya con otra.

No lo creo, le contesto, ante su desasosiego de perderlo y pienso en Madame Butterfly, en la dimensión de la espera que la hace vivir y la mantiene loca de amar ese amor fallido. Guadalupe deambula suspendida en ese tiempo que no fue. Retomo su frase:

—A los quince años que se puso enferma ¿qué pasó?, ¿en que consistió su enfermedad?

—No sé, dejé de ir a la escuela, me puse así, enferma de los nervios.

8 de marzo de 2006

JOSEFA Y EL MUNDO

Ayer Josefa se instaló en mi mente como una imagen fija, lo que ella me transmitía era una especie de poesía que hablaba de lo posible en lo imposible. La belleza que se desprende de su rostro indígena y de su cuerpo deforme es inaudita. Josefa es un monumento de Botero que se erige como un desafío. Como una luz en la estética del horror.

Cuando entré a la sala "A" del hospital y me encontré con Josefa desnuda en medio de las demás pacientes que se disponían a comer, la sala estaba en ebullición, algunas pacientes comían ya, otras se habían ido a dormir, otras estaban en los excusados situados a un extremo de la sala. Las enfermeras repartían platos, algunas pacientes tomaban sillas para sentarse en la mesa, otras deambulaban alrededor del control y cantaban.

Josefa grita y luego calla por largos tramos de tiempo. Tiene la mirada fija y la mente absorta en escenarios privados; yo me quedo mirándola sin saber qué hacer. Josefa sigue ahí inmóvil, con una tristeza y una angustia estática que ocupa

todo su voluminoso cuerpo. Su figura es tal vez la más grotesca del hospital pero se mantiene erguida exhibiendo su cuerpo desnudo y vivo. Las enfermeras esperan que haga algo, que suplique tal vez, pero ella hace caso omiso del escenario circense que se abre para un público blanco. ¿Hacia dónde va el corazón de Josefa?

Dentro de la sala todo está previsto, las enfermeras controlan, vigilan, poseen todos los bienes posibles: son extremadamente limpias, tienen la comida, el papel de baño, el jabón, la pasta de dientes, el agua ... poseen también cuerdas para sujetar, pastillas de todos colores y pases para el TEC, escriben sus notas, reportan ... ordenan. ¡Come!, le han dicho. Josefa que se sabe libre, permanece desnuda y obedece, come su sopa fría, se acompaña del kotex que le dieron sin nada para detenerlo; se evidencia la pobreza y la debilidad de los guardianes que no pueden ser dueños de sí mismos, que dependen de la víctima en todo momento y la acechan. Ella lo sabe y muestra su desnudez sin palabras. Sin nada más que ella misma plantada en sus recuerdos, en su decisión de ser.

Las enfermeras, esclavas del checador, de la bata, de los reportes, miran con bondad a la loca que controlan; y ella, Josefa, no puede sonreír, no quiere, no con ellas. Me mira y me explica que está desnuda porque no le quisieron dar dos kotex, uno para adelante y otro para la cola (su volumen lo amerita) y trató de colocarlo pero no tiene nada que lo atore entre las piernas, me apena, y me quedo pasmada. Siento que su vida se ha quedado atorada allí donde ella parece comprenderlo, porque para ella la comida es lo primero. Una enfermera le señala su plato a distancia diciéndole: tu comida está ahí. Ella camina desnuda con el kotex entre las piernas para tomar el plato ya frío, va por él, no se resiste, su dignidad me asombra y sólo atino a decirle, lo bueno es que hace calor, sí, hace calor, me contesta en su mal español y se ríe conmigo. Soy feliz cuando lo hace. Soy su cómplice en no sé qué verdad que nos habita. Allí está y aquí estoy, nos sabemos vivas, algo mágico nos une y nos posee.

Meche se acerca a mí y me dice algo. Ya está completamente loca. Me apena no entenderle casi nada y me regala

dinero otra vez, envuelto en la basura que recoge. Sé que se siente bien al hacerlo, y yo lo guardo para cuando salga (que será nunca). Es su tesoro, quiero juntar mucho dinero para comprar Villahermosa, me dice... de pronto recuerdo que hoy es Día de la Mujer. No sé por qué.

1 de diciembre de 2006

La sala luce viva.

Luz del Alba se pasea desnuda en su piel morena y sus más de 100 kilos. Se muestra como un ser omnipotente e inmenso, no obstante, su presencia pasa desapercibida ante la variedad de mujeres que muestran su locura, tan distinta, tan original, tan propia. Todo sucede como en un aparador móvil que dificulta elegir dónde poner la mirada.

¿Va a entrar?, me dice una paciente llamada Marquesa y se aproxima a la reja, también Meche me saluda efusivamente. La enfermera me abre la puerta y le pido que me presente a Elidé, pues quiero conocerla. Sé que llegó antier y decido hablar primero con ella; la enfermera me la muestra, se limita a eso y yo, aunque intento hablar con ella, no lo logro. Le soy extraña. Se reserva, no le interesa mi presencia.

Marquesa y María Dolores prácticamente me acosan. Marquesa habla rápidamente, dice tantas cosas que de una que pesco se me escapan mil. Quiero apuntar para atrapar las palabras pero es peor, decido sólo escuchar y retener lo que pueda. Marquesa me dice que tiene veintitrés años, pero me parece mucho mayor, sin embargo, siento que se quedó detenida en algo que sucedió a los veintitrés en su locura de casarse, de estar embarazada en su desesperación de no haber ocupado una vida que a lo mejor ya perdió. Marquesa me dice que la violó un chamaco de diecisiete años, ahora es mío, no sé si está casado pero es mío, exclama; toma y fuma marihuana, es mío. Estoy embarazada, siento que el niño se mueve. Y Marquesa sonrío ante tal acontecimiento.

Quise matar a mi padre y matarme (vive con él) porque dijo que no le gusta mi comida ¿usted cree? y quiso traer a su querida jeso yo no lo iba a permitir! Me tomé dos litros de cloro.

Mi hermana Petrona se enojó porque su marido quiso hacer el amor conmigo a pesar de que yo le dije que no y le avisé a mi papá que no me creyó porque dice que estoy loca.

Petrona me insultó y yo a ella. Josefina mi otra hermana sí me quiere y como su marido nunca dijo que quería conmigo yo viví en su casa. Tengo tres sobrinos que quiero mucho. Asunción su marido me respeta.

No tengo hambre porque estoy embarazada, ¿quiere un vaso de agua?, le digo que sí. Meche interrumpe a cada momento y dejo que lo haga, la locura de Meche me concierne, me es familiar, me pregunta por su dinero, por el café, por sus chanclas; me da siempre una noticia, algo que le dijeron los químicos que va a pasar. Sus palabras son la continuidad de lo que ya sabemos, pues nuestra plática se inició hace doce años. Ahora ha perdido la cabeza a causa de los medicamentos pero conserva el hilo, sabe quién es y se adhiere a su historia a partir de las pequeñas frases que me repite una y otra vez: ya me voy a ir, el doctor Palomera (uno de los químicos) me dijo esto o lo otro, no le haga caso a Liliana porque habla mal de usted... y yo le digo que sí, quiero sostener ese hilo de vida que se teje entre las dos.

Contrariamente a otros días me siento a gusto en la sala. La mesa de plástico que está extendida a un lado del cuarto redondo la hace perder su simetría, introduce el contexto de irregularidad que la convierte en una casa.

Siento que podemos convivir en nuestra sala consultorio, percibo amables y sonrientes a las tres enfermeras jóvenes que están en el centro, el control deja de ser control; ellas conversan, no observan. Un aire de hermandad nos protege de los fantasmas que siempre allí son convocados. Los fantasmas de la salud tal vez hoy se han dormido porque es día festivo y las pacientes se abren a la novedad de estar vivas, de ser mujeres, de estar locas.

Se acerca Marcela, a quien había olvidado por completo. El doctor García Avitia me la presentó, advierto lo joven y lo bella que es, hace unos minutos se exhibía desnuda frente a las regaderas contrastando su cuerpo esbelto con el espectáculo grotesco de Luz del Alba, que recorría la sala una y otra vez.

Marcela me habla de su vida triste y cuando la escucho empiezo a recordar lo que el doctor me contó de ella. Él me dijo que la violaron por años pero Marisela me habla de un hermano que le faltó el respeto y una madre que no le creyó, lo que la llevó a irse de su casa y a pasar de un hombre a otro. Se enamoró de uno y tuvo con él una niña que ahora tiene dos años. Marcela tiene dieciocho. Él la dejó cuando supo que estaba embarazada. A pesar de la tragedia podemos sonreír ella y yo, somos cómplices del nacimiento, somos cómplices del amor que surge en ella por un hombre que no es su hermano, ni su padre ni su tío, somos cómplices de querer vivir. Ella se toma mi agua y yo la de ella, me cambia el vaso porque el que le tocó no tiene azúcar, es para diabéticos, y yo dejo que lo haga tal vez porque estoy dispuesta a tragar sus trozos de amargura. Reímos y me confiesa que está enamorada del psicólogo, no se lo he dicho a nadie, agrega. Aquí en el hospital se ha permitido enamorarse como se permitió quedarse con la hija que le pedían en adopción. Su vida florece dentro de esta jaula inundada de neurolépticos.

Vuelvo a la sala consultorio y hablo con Teresa, un verdadero personaje; luego con Ludovina y al último con Flor. Teresa me recuerda a Schreber, que monta su locura en su médico. Teresa se agarró del doctor Medrano desde hace catorce años y lo llama Medrano a secas, con la familiaridad de su larga relación. El y yo nos entendemos, me dice, yo quiero mucho a ese doctor Medrano, me dijo que era el 666, ¡no me lo hubiera dicho! Ahora me persigue, es el diablo pero qué le vamos a hacer, estoy enamorada de él.

21 de septiembre de 2007

Salí de la sala inmersa en la locura, impregnada de ese sonambulismo que arrastra los pies y las palabras como si los neurolépticos y los electroshocks me hubieran incluido en sus efectos.

Estuve en la comida con las pacientes. A Bianca le llevé su plato porque ella no atinaba a hacerlo y le dejé mi silla a otra mujer. Caminé en la sala y vi que Carmita Vidal, desde

su cama, disfrutaba del trozo del hospital que el vitrobloc le permitía ver: la entrada por consulta externa a neurología y al archivo. Carmita estaba embelesada, pendiente de ese paisaje, pero voltea a decirme que no puede comer mostrándome sus cuatro dientes inferiores que apenas se sostienen.

Cuando termina la comida se reparten las pastillas seme- jando un postre de colores. La enfermera Candelaria sonrío y yo con ella, realmente nos encontramos en este acompa- ñamiento de las pacientes hoy, en su apuro de comer, en su estar ahí.

Marbella parece golpeada, come de pie, parece drogada también. Sé que es lesbiana porque me lo han dicho otros y no sé por qué lo recuerdo en ese momento. Me avergüenza el hecho de que en realidad nunca hemos tenido una con- versación, no sé nada de ella, no sé ni siquiera por qué está internada. Tiene fama de ruda y golpeadora, pero la percibo tan frágil y tan sola en su imagen tambaleante que sólo atino a pedirle que hablemos.

La mudita María X emitía gritos de desesperación, había tirado su comida que yacía en el piso junto a ella. Estaba sola con eso que había desechado mientras la sala se movía a su alrededor. Las pacientes caminaban, hablaban, gritaban, dor- mían, y las enfermeras en el control hacían sus notas.

Rocío daba instrucciones a las demás y cantaba, Meche acusaba a varias pacientes de haberla robado, Josefa vigilaba la puerta y Rosario daba vueltas diciendo que quería ver a su familia, pendiente siempre de quien la seguía. María se pei- naba con los moños que le traje, se veía linda y se lo dije, pa- recía soñar que estaba en el pueblo y coqueteaba, parecía que podía vivir en este paseo de la sala acompañada por la felici- dad de haber sido.

Las pacientes se fueron sentando en la gran mesa. La afa- nadora ya había recogido la comida del suelo y María X per- manecía sentada como si se dispusiera a comer. La mujer que estaba a su lado había comido ya la mitad de su ración, y mi- raba repetidas veces a la muda que permanecía estática ante su lugar sin plato, y como si no pudiera resistir más le pasa su comida.

María come dos cucharadas y poco después la vuelve a tirar al suelo, hace uso de su libertad. Nadie dice nada. La enfermera está alterada y se aproxima a la enferma dando de gritos, la toma del brazo y la arrastra a la cama. María X se tira al suelo, la otra, furiosa, le da una patada, no puede contenerse. La muda no grita.

Un rato después sólo se ve un bulto amarrado a la cama. Su silencio se ha hecho más profundo, más suyo.

Una paciente muy joven mira, no está de acuerdo y me lo dice pero habla en plural como si su vida se escapara por ese mar de cosas que no entiende, por el silencio de María X, por la belleza de su existencia que no reconoce como propia aunque la lleva a cuestras como el codicilio de los condenados a muerte.

8 de febrero de 2008

Entro a la Sala de Mujeres y las pacientes deambulan como sonámbulas o duermen en sus camas. Las enfermeras devoran unos tacos, el olor a fritangas no altera los cuerpos de las mujeres zombies, demasiadas inmersas en su locura y en la manera de curarla.

Juana desde la puerta me dice algo inentendible, todo el rato que estoy ahí me sigue diciendo esas palabras que suenan como en el desierto envueltas en un sonsonete trágico. Son voces del más allá, voces que han perdido al interlocutor; sonidos que de vez en cuando dejan escuchar una media palabra como la de Meche, que casi intenta vivir.

Hoy mi cabeza se llenó de palabras como una infección. Algo entró en mí como los virus de las computadoras que trastocan todo. De pronto no me siento capaz de distinguir una historia de la otra. Veo a Iliana que regresa, y a Cecilia y a una señora que se parece a la mamá de unos amigos de mis hijos; veo a los doctores y a las enfermeras cuyos nombres olvido, excepto el de Susana. Veo deambular a Rocío en calzones y hablo con Chepina, dice que me quiere y eso realmente me conmueve. Siento que me ahogo en ese aire denso de locura, mientras las pacientes esperan impacientes su

turno para comer. Esperanza está sumamente tranquila, lo que me entristece porque esa pasividad proviene de los electroshocks.

—¿Por qué no le gustan?, —me dice.

—No sé, ¿a usted?

—A mí me dan miedo pero los doctores dicen que son buenos.

24 de junio de 2008

Ahí estaba Rocío, le acababan de dar TEC. Había pocas pacientes, las que nunca salen y las nuevas. Siempre miro las caras conocidas y las recientes como si esa ojeada me diera una señal de dónde estoy. A veces no voy a la sala, es duro estar ahí, la locura circula en variadas formas, la locura está en el aire, flota y te hace flotar. Meche me abrumba, me abraza y me llena de cosas que saca de la basura pero ahora como ya no la dejan salir son restos de comida o dulces, cucharas, vasos de lo que han repartido aquí y logra atesorar. Hoy sólo me habló enojada de algo inentendible. Le dije que iba a trabajar, que iba a hablar con Rocío y me dejó ir. A Rocío le enseñé sus fotos, eran dos las que nos tomamos en el patio hace unas dos semanas cuando estaba en pre-alta y parecía que ya iba a salir. Fue antes del pleito con Paty, la paciente que llevó un cuchillo a la sala y Rocío identificó como enemiga. Rocío grita, está desquiciada, le dieron electroshocks, ha olvidado muchas cosas, es como si hubiera ido para atrás ¿qué pasó? Trato de conversar con ella y llega la hora de la comida. Nos sentamos en la mesa donde otras pacientes llegan a comer y se hace una plática colectiva. Le pregunto a una señora que se sienta junto a mí cómo se llama y me dice Yaira, como no le entiendo me lo grita y las demás también, como un coro. Me appena haberle preguntado tantas veces. Al extremo se sienta una mujer con la que he hablado y me sonrío. Hay una señora enfrente que se llama Dora, me ha saludado dos veces de beso, le agradezco que le dé gusto verme. Tiene muchos ingresos pero en realidad no he hablado en privado con ella. Rocío le dice que se quite de ahí porque junto a ella está su marido. ¿Va a ve-

nir?, le dice Dora sorprendida, y se quita prudentemente, corriendo su silla, luego Rocío sigue la bronca, la increpa y le dice puta. Dora le advierte que se calle, le dice que está loca y me hace señas de que lo está, Rocío no se da cuenta, yo le contesto con la mirada a Dora. Entra la calma.

La comida es rica, pollo en escabeche y arroz; de postre duraznos en almíbar, agua de melón y de tamarindo. Las pacientes comen concentradas en su plato, de pronto una señora que está en la esquina me dice que es difícil estar enferma de los nervios, que hay obstáculos que uno quiere pasar y no puede. Es la vida, le digo, la vida tiene momentos muy difíciles. No, son los nervios, insiste ella, bueno, agrega, es la vida pero cuando se enferma uno de los nervios. De pronto se levanta. La persona que está entre nosotros, la señora gorda Yaira, se ha orinado en la silla. Alguien dice que huele feo y me sugiere que me pare pero yo sigo ahí. Yaira no dice nada.

Me levanto más tarde, después de intentar hablar con Rocío otro rato y me dirijo a Iliana que come en la barra que rodea a Enfermería, para decirle que hablemos, que salgamos al jardín. A dos lugares están María X y María Cordero. María X ha tirado la comida y la enfermera Candi le da de comer a María Cordero que está ciega. María X es sordomuda, su comida está en el piso, nadie se inmuta.

9 de septiembre de 2008

Encontré a Rosario en la Sala de Mujeres, o más bien ella me encontró a mí. Daba vueltas en redondo gritando: no me dan de comer, aquí nadie me da de comer, no puedo comer. Le dije que tal vez por algo no le habían dado de comer pero que seguramente al rato le darían, supuse que le estarían haciendo un estudio, porque la comida de las demás pacientes acababa de pasar.

—No, no, lo que pasa es que no me quieren dar de comer porque no puedo comer.

Yo era la que no entendía, nos presentamos, nos dimos la mano, me costó trabajo entender su nombre: Rosario.

Hablé un rato con Viviana (la paciente que había ido a buscar), en su cama, y cuando nos poníamos de acuerdo para la siguiente cita apareció Rosario pidiéndome hablar.

Nos sentamos en la mesa de usos múltiples que hay en la sala. Rosario parecía arrepentirse de querer hablar, y daba otra vuelta al control de enfermería con su grito angustioso, que se iba espaciando.

Me abordaron otras pacientes que me regalaban cosas y me decían alguna frase alusiva a su estancia en el hospital. Un momento después llegó Rosario y me increpó:

—¿Por qué me dan medicinas si lo que necesito es un curandero?

—¿Por qué?, pasó algo antes de venir aquí ¿verdad?

—Sí, pero no se lo voy a decir, y quiero ir a la iglesia porque Dios sí me oye. Yo soy de la iglesia, siempre voy con mi mamá. Allá le pido a Dios que nos dé comida y sí nos da. A veces se enojan en mi casa porque dicen que como mucho pero no como tanto. Mi mamá está enferma y tengo miedo de que le pase algo cuando yo no esté. Mi hermano Tilo sabe curar, la vez que me puse mala me curó, porque ésta no es la primera vez, él me hizo la limpia y me advirtió que me iba a volver a pasar, es que a mí me hicieron daño pero no se lo voy a decir. Tilo me dijo que yo iba a regresar con él, por eso me quiero ir. Mi hermana también sabe, ella tiene a mi hija.

—Ah, tiene usted una hija.

—Bueno, ya es de ella, me la quitó.

—Pero usted es la madre, nadie le puede quitar a su hija, usted la va a recuperar.

Rosario tiene miedo de seguir hablando, siente que habló de más y le digo que lo que tiene atorado en la garganta son las palabras, que por eso no puede comer. Le agradezco que me haya tenido confianza y haya sacado algunas palabras.

Rosario se ve sensiblemente más tranquila, perpleja, triste. Se trata de su hija, y del despojo de eso que fue parte de su cuerpo. ¿Qué significará para ella comer?

—Dicen que estoy loca, que no la puedo cuidar, me la quitaron...

¿Cómo saber qué le corresponde si la alejan de lo que es verdaderamente suyo?, ¿en quién confiar?

Nos despedimos pero quedamos de seguir hablando, de sacar más palabras.

Días después Rosario me habló de su necesidad de vol-
tear hacia atrás, del miedo que tiene a que alguien la siga y le digo que no es para menos ¡con lo que le ha pasado! Que me hable de su niña, pero me dice que no, que no tiene hijos. Le recuerdo que me platicó que la tenía su hermana que se la había quitado, y se queda muy seria pensando que es Tilo quien la tiene que curar. Se siente atribulada porque no tiene nada para darle a los demás.

Un rato después me busca, me lleva un vaso de agua que por supuesto acepto y me dice que no puede comer, que siempre tiene que dejar algo en el plato aunque tenga hambre para que otros se lo coman.

—¡Qué bueno, así puede usted compartir!, —le digo. Y ella al advertirlo sonrío.

3 de octubre de 2008

Las enfermeras están alegres, el día está nublado. Veo a lo lejos a Carmita Vidal, le había guardado un café porque creía que estaba en Rehabilitación pero yace en su cama. Habla con ella el psicólogo. Me doy cuenta de que estoy alejada de la psicometría, de los datos que interesan tanto a los psicólogos. Espero que se vaya para darle su café a Carmita Vidal que me besa, que se conmueve ante mí.

Saludo a Flor que se alegra de verme y me dice algo que me gusta mucho: usted viene y nos alegra, sólo su presencia, lo que usted dice hace que nosotros estemos mejor. Sabía que le iba a gustar esto que le digo porque es la verdad.

Saludo a Josefa, que encuentro estrafalaria, muy adornada con broches, aretes, prendedores, moños. No la vi en la puerta, le digo, ah, es que hoy no abro yo, la llave me tocó ayer.

Al llegar le di a Susana unos chocolates, me dice que los va a repartir, me quedo con dos y le doy uno a Maricruz que me los pidió al llegar.

Maricruz se sienta en la mesa cuando se levanta Socorro quien casi me dictó unas palabras que quiere que yo escriba. Quiere dejar constancia y le digo que lo haré (días antes yo le había sugerido buscar a sus hijos). Le hice caso, me dijo, hablé con Juliana y le pregunté ¿tú me quieres, hija?, me contestó, yo no te quiero a ti, quiero a mi papá. A Dimitri también lo fui a ver, le dejé \$300.00 pesos y le dije que fui al centro psiquiátrico, me abrazó, me besó y me dijo, cuídate mamá. Yo quiero que todo esto me lo pase al expediente, quiero que se sepa.

3 de enero de 2009

¿QUIÉN ERES?

Conocí a una niña que llega alegremente a sentarse a la mesa común. Se llama Lili, dice que quiere contarme su historia y le pregunto si va a Rehabilitación.

—Sí, claro, desde el primer día que llegué, si yo no tengo nada, me trajeron aquí para descansar porque a veces me enfermo de los nervios.

Es muy delgadita, tendrá apenas trece o catorce años, viene del DIF. Saborea su gelatina, da vueltas y se mueve entre las locas como pez en el agua. De pronto se oye un ruido estridente, es una camilla con una mujer sedada, reconozco en ella a una paciente que la semana pasada estuvo aquí, una mujer de unos cincuenta años y rasgos indígenas que siempre me decía que si yo era fulanita de tal o fulanita de cual, como perdida entre las caras que algún día le fueron conocidas, como perdida en ese mundo en que tal vez existió. No recuerdo su nombre, deambulaba como un fantasma, como un muerto ligado a la frase: ¿quién eres?

Un momento antes la enfermera repartía la comida, muchas habían tomado sus lugares, en una esquina de la mesa dos pacientes que se veían contentas y posesionadas de su casa ofrecían a otras compañeras parte de su ración. Hoy sirvieron café, es una mañana fría, nublada para Villahermosa, una mañana que incita a pensar y ellas parecen haberlo

comprendido. Me dirigen una media sonrisa, son dueñas de su tiempo.

¡Falta una de desayunar!, le dice una enfermera a la otra, es la nueva, llámala. ¡Gabriela! La nueva, esa frase retumba en mi cabeza ¿qué será estrenarse como loco? Despertar de pronto en una comunidad que me acoge como la nueva. Rocío, en todo caso, es la vieja, la que vuelve. ¿Qué transición se opera en el pasaje de la nueva a la vieja?

Gabriela se levanta como zombi y va a la barra de enfermería. Pienso en otra Gabriela con la que hablaba hace unos meses, esa mujer delgadita que repetía: ¿a quién le dan pan que lllore, señorita?, ¿a quién le dan pan que lllore?

13 de enero de 2009

El día está nublado y hace un vientecito frío. Llego temprano al hospital y decido ir a la sala donde la enfermera Candelaria me habla de Estela, que se internó el fin de semana con ideas suicidas. En la sala hay pocas mujeres. Algunas fueron a Rehabilitación, otras tienen visita, dudo si quedarme pero una paciente llamada Elia me dice que ella quiere contarle a alguien lo que le pasa para ver si así puede entenderlo. Nos sentamos en la mesa donde la enfermera Candelaria escribe sus notas, y se hace una plática común con otras pacientes que se acercan a saludarme. María me pide unos moños y me platica de su hijo que vende dulces del que está orgullosa; Josefa se queja de dolor de espalda y Meche insiste en pedirme dinero y en estar parada junto a mí, trato de explicarle que necesito hablar en privado con Elia pero parece no oírme. Varias pacientes, Meche entre ellas, tienen la cabeza con el líquido de matar piojos envuelta en una gorra verde. Meche me besa y me abraza constantemente, yo sé que es muy importante nuestra relación y dejo que lo haga.

Elia no se molesta con las interrupciones y se queja insistentemente de su madre. Somos ocho hermanos, el mayor me correteaba para pegarme, yo soy la última de las mujeres pero hay otros menores que son niños. Yo soy de Sayula, que está cerca de Acayucan, Veracruz, y un día pedí una estufa a

Coppel para no tener que pedirle nada a mi mamá... pero ella fue a decir que yo no era sujeto de crédito, que no me la dieran. Y por eso me trajeron...

A veces regaño a mi hermana por como trata a su niña, ella dice que yo estoy loca y que me van a meter al manicomio, y pues ya lo hicieron. La vez pasada sí quise suicidarme porque mi mamá no quiso que me casara, yo no lo iba a hacer, sólo era para asustarla (¿casarse o matarse?). Dice mi mamá que soy muy mala, pero no sé de qué manera porque la quiero mucho a pesar de que se ha portado muy mal conmigo. Hace siete años estuve enferma, me dio veneno un novio que tuve para que yo me trastornara, estaba furioso porque no me quise casar con él. Él era muy presumido, tenía una lancha y andaba en su carro con el radio a todo volumen.

La cosa fue así, la mamá de ese muchacho se casó y una de sus amigas que vive cerquita de mi casa me invitó a la boda, allí comí pancita de res y eso fue para mí mortal. Así me di cuenta de que quería matarme o trastornarme de la cabeza, pero no lo logró porque no me morí. Él, mi novio de la escuela, vivía con una señora en Sayula y tenía con ella hijos pero no se había divorciado de la otra con la que estaba casado todavía.

Después de eso, del día del envenenamiento en que lo volví a ver yo sentía que me caía, estaba inmovilizada del cuerpo por abajo como una sirena, ya no pude caminar, no se me movía nada, mi mamá me llevó con mi hermano Perico a Sayula, le dije a mi mamá que no lo hiciera pero lo hizo. Ahí mi hermano no me daba de comer, ni agua, me tenía en un cuarto aparte y yo sólo veía cómo comían los demás, todo estaba prohibido para mí (especialmente el antiguo novio pienso yo, al que dejó de ver cuando tuvo que abandonar la escuela). Con trabajos me recuperé cuando le pedí a mi hermano un poquito de pescado porque lo único que me daban eran tortillas con tomate y queso y la sopa sin sabor y ¡yo quería comer sabroso!

Me echaba bálsamo en los pies que un señor me dio y con eso me empecé a mover, me llevaban con brujos porque decían que yo estaba enferma de locura y me ponían sangre

de perro; una señora de Xáltipa me cambió la sangre por una espesa y no me di cuenta de qué era.

A él, lo conocí en la escuela, a mí me faltaba economía para seguir estudiando y en mi casa nadie quería que yo estudiara, así que me tuve que salir y dejé de verlo.

En el tiempo de la parálisis, bueno, un poco antes, se murió mi abuelita que tenía cáncer en el ovario y anduve dando vueltas con la caja de defunción, después vino mi hermano, el de Estados Unidos, pero yo ya lo había *resolvido* todo.

Mi novio se llama Víctor y tiene una camioneta en Sayula adonde yo ya me fui a vivir, también tuve otro que se llamaba Francisco, pero mi mamá no quiere que tenga novio, ya se lo dije. A mi mamá le molesta todo lo que yo hago, en cambio apoya a mi hermana y a su esposo, ellos viven en la casa y yo quiero que se vayan porque se meten en todo pero tienen una niña que yo quiero mucho, por eso les dije váyanse pero a la niña la tienen que dejar aquí, ellos nada más quieren las propiedades de mi papá.

Yo simplemente tengo una depresión muy aguda porque mi familia me acusa de interesada y no me ayuda, mi papá ni siquiera me da un pedazo de madera para hacer mi casa y a mi cuñado y a mi hermana sí. La verdad para mí yo ya no quiero nada, ahora ando trabajando para los demás, en cambio de esas injusticias hago gestiones para la gente de Veracruz que necesita apoyo, entrego despensas y trabajo para la FAOP, para que las mujeres se junten, por eso me trajeron aquí cuando iba a ir el licenciado a verme. Yo quiero ser licenciada en Derecho y olvidarme de mi papá y de mi mamá, eso es todo lo que quería decirle.

EL ENCIERRO

Entré a la sala y encontré el rostro angelical de una paciente casi niña, con una voz tan débil que escuchaba con dificultad sus medias palabras. Estoy aquí por problemas, me dijo, estoy confusa. Quiso ir al hospital para protegerse, y sí, se siente protegida; no está angustiada entre las locas aunque siente que es un lugar difícil. Porque en realidad, me dice,

como mi madre ha estado internada aquí, para mí la sala es un lugar familiar, pero, agrega, fue mi papá el que me trajo engañada junto con esa mujer, Azalea. ¿Y quién es Azalea?, le pregunto, ¡pues mi hermana!, la que no quería que me casara.

Todo empezó cuando ella se casó. Alguien le había pronosticado que le iba a ir muy mal en su matrimonio y así sintió que fue, el mal empezó el día de su boda, hubo señales. Era feliz y todo estaba bien, hasta que al firmar la mano le tembló, se sintió enferma y tuvo la sensación de que ya no se quería casar, sin embargo lo hizo.

Ya en su casa todo estaba bien, su marido era amable pero se sintió encerrada y celosa de su hermana y empezó a atar cabos: ¿por qué no quería que yo me casara?, quizá él ya le llamaba la atención, se contestó.

Y así fue como descubrió el engaño ¡ellos se entendían! Sintió que no tenía caso hablar con su marido ¿para qué? Sí, todo se volvió irreal, él es descarado y mentiroso.

Cuando los padres de Viviana se separaron su madre fue declarada loca y por esto ella y su hermana se quedaron con el padre, luego él se volvió a casar y tuvo dos medios hermanos a los que quiere mucho. Con su madre sólo recuerda una escena de hace muchos años cuando era niña, en la que estaba encerrada con ella en un cuarto del que no podía salir.

Ahora está encerrada en la Sala de Mujeres. Se fue a encerrar para protegerse de los otros encierros con toda la belleza y perplejidad de sus veintitrés años. Esta joven se vive derrotada y circula por la sala pensando en el hombre con quien vive como en un extraño que la ha embarazado. La posibilidad de ser madre la inscribe en su historia de forma insoponible. Su madre dejó de ser su madre cuando fue encerrada en el mismo lugar donde ella ahora busca protegerse del mundo. Viviana también ha abandonado la universidad donde estudiaba Biología, tal vez en un intento de atrapar el misterio de la vida que parece haber quedado atrás. Viviana ha abandonado al parecer toda esperanza.

Me siento como en una caja donde abro una puerta y otra puerta y paso a otra caja y a otra caja. ¿Habrà una salida?, se pregunta.

¿Quién es usted y qué hace aquí?

¿Es usted hippie?, me dice Alma cuando entro a la Sala de Mujeres buscando a Mirna y me entero por la enfermera Candelaria que se fue. Vino su hija y se la llevó, me dice. Entonces me puse a platicar con Alma en medio de la sala, las dos de pie, rodeadas de pacientes que se acercaron como moscas. Eso me molesta porque la escena es absurda, en mi cabeza se revuelven las ideas como si poco a poco nuestros cuerpos se fueran desdibujando y cada vez supiéramos menos quiénes somos. Alma me rescató de ese letargo cuando me preguntó quién era yo y qué hacía allí. Nos fuimos a sentar a la mesa y al voltear, vi a Laura que desde el viernes me partió el alma. Estaba tirada con su cabeza rapada y su preocupación por la menstruación que no paraba, ¡no quiero morir desangrada!, me dijo, yo tampoco quiero que muera, fue lo único que atiné a decirle, y ella sonrió como si eso la hubiera vuelto a la vida.

Jacqueline yacía en el suelo casi inmóvil, me dijo algo que no entendí. Meche insistía en pedirme café y algo de dinero. A Meche me la robaron los fármacos hace mucho y de ella sólo quedan rastros que hacen lazo conmigo en esas preguntas simples y en lo que siempre me regala: un poco de agua, una manzana, un plátano, un pedazo de papel, alguna cuchara sucia que guardo y luego tiro; dinero que le doy y más tarde me devuelve porque tenemos un tesoro, estamos juntando, como dije antes, para comprar Villahermosa.

Alma es muy joven, tiene treinta y tres años, nació el mismo año que mi hijo Gabriel, lo pienso, pero no se lo digo. Me dice que tiene un novio siete años más chico que ella, del que está enamorada, después empieza a hablarme de su padre muerto hace diez años, por el que estudió Ecología.

Cuando le pregunto de qué murió su padre me dice que dos años antes de que falleciera lo apuñalaron, fue un escándalo terrible, andaba con una piruja y el amante de ella lo apuñaló, hubo balazos y lo machetearon, eso me traumó, si eso no hubiera pasado las cosas serían normales, a partir de

entonces todo cambió; yo nunca supe que mi papá anduviera con nadie antes de eso, nunca antes supe que era infiel.

Yo era la consentida de mi papá, me parezco mucho a él. Tengo dos hermanos que son como romanos, Julio César y Marco Antonio. Yo soy la de en medio. Mi mamá nunca me perdonó que lo quisiera tanto y que fuera como él, pero yo tampoco puedo perdonarle a ella que inconscientemente no quiera que me case, que no quiera que la deje nunca.

Mi madre cierra la casa para que yo no me salga, ella siempre ha trabajado, cuando yo era niña nos dejaba con un niño más grande como de doce años, yo tenía siete y él me tocaba, eso me trajo muchos problemas porque yo cuando fui grande no quería tener relaciones sexuales; tuve tres novios y no estaba muy apegada a ellos, yo creo que porque evitaba el sexo. Mi papá también era muy estricto, cuando me dejó tener novio sólo podíamos salir con la muchacha que trabajaba en la casa y los novios se aburrían.

Mi papá decía que si algún hombre me hacía algo él lo iba a matar y que las fiestas eran reuniones de putas, así que yo sólo tuve relaciones sexuales hasta los treinta años, con mi novio que es de Sonora, y aunque él no está de acuerdo con la forma de ser de las mujeres chocas, yo lo quiero mucho porque es muy formal.

Yo tuve un trabajo pero un día hubo allí un problema y mi mamá me dijo que para qué trabajaba, si con ella no me faltaba nada y ya ve cómo es uno, por ella me salí yo de trabajar. Ahora, hago todos los pagos de la casa, ando de aquí para allá todo el día, pero me chanta que ella es la que pone el dinero, que no la ayudo, que quiero echarme a la calle, por eso me trajeron aquí, quise abrir la puerta de mi casa, ¡no entiendo por qué la cierran!

Hace tiempo que mis hermanos decidieron traerme porque ya ve que los psiquiatras particulares y los psicoterapeutas son muy caros. La primera vez, hace como unos cinco años, me dijo un doctor que era bipolar y me empezaron a dar litio, entonces engordé y eso no me gusta, no quiero depender de la medicina.

Ahora soy cristiana y por eso decidí ya no tener sexo con mi novio, nada más me abraza y está de acuerdo porque me

quiere bien, yo siempre busqué a Dios con los Testigos de Jehová, con los mormones y ahora con los cristianos, pero la verdad es que yo no creo en esas cosas. Hace unos días empecé a sentir en mí la presencia de mi padre, no como un fantasma, ni como una aparición sino que me siento como él, siento que soy él, hago el mismo gesto, digo la misma cosa, ¿me entiende? Es que yo a mi papá lo quería mucho. ¿A poco eso es locura? Oiga, usted me cayó muy bien ¿es usted hippie?, tiene tipo. Así era yo en la universidad, mi faldita, huaraches, mi camiseta, mi bolsita. Usted me cayó muy bien.

3 de julio de 2009

¿CUÁNDO VA USTED A VOLVER?

Fui temprano a la sala. El doctor García Avitia me había anunciado que Meche me esperaba con un tamal, había guardado un tamal para su abuelita. Es curioso que Meche me diga “abuelita” cuando su locura está colgada de la filiación. Ella es Mercedes Jerónimo. Su apellido la conecta con el padre que la regala a esa familia de químicos que la abandona en el hospital (ella se siente no obstante parte de los químicos. Se siente hija del doctor Palomera aunque ellos la trataron siempre como sirvienta). Cuando Meche tiene un niño enloquece, justo cuando ella pretende continuar con la transmisión. ¿Dónde inscribir a ese hijo que nace de su vientre?, sin padre, sin abuelos.

¿Cuándo me va a llevar?, clama Meche y yo coloco a los químicos en el lugar que ella les otorga en el delirio. Ellos son los que la van a llevar, Meche, ellos tienen la palabra, es su destino, Meche, lo acepta pero clama por su abuelita, el lugar que me ha dado.

¿Cuándo va a usted a volver?, me pregunta. No le importa que me vaya, lo que le interesa es que le asegure que voy a volver. No hay que olvidar que Meche lleva treinta años esperando a que los químicos vuelvan.

7 de julio de 2009

BREVE VISITA DESOLADA

Fui a la sala pensando que Cecilia podría estar internada pero no lo está. La sala luce casi vacía. Encuentro a una señora que se va, creo que se llama Manuela, me dice que vino porque su esposo estaba desesperado, es él el que necesita atención, él mismo me lo dijo, afirma en forma contundente... y de pronto oigo una voz que dice: eres muy mala, mamita, eres muy mala, mamita.

Una mujer llora amarrada en cruz a la cama y repite: mamita, mamita ¿por qué no me quieres?, mamita, mamita ¿por qué no me quieres?, ¿para qué me golpeas, mamita?, yo sé que eres bruja y yo quiero del aceite porque no me caso. Yo soy el diablo.

Sus palabras me consternan y de pronto oigo la voz de Rocío: ¿y bueno, usted viene hoy porque le dijo Dios o lo soñó?, ¿no se lo dijo Él?, ¿el de arriba? (insiste) ¡qué raro!

Hablé un rato con Rocío. Parece zombi pero recuerda mi nombre, se cuida de los vigilantes, de los agentes especiales: ¿se acuerda que le dije que quería estudiar?, pues estoy estudiando aquí, pero hay muchos espías. ¿Ha visto a la psicóloga Andy por los pasillos?, ella fue la que me contó todo. Las voces, he oído las voces, como de una muñequita. No sé qué pasa, tengo que voltear para acá y para allá, no sé lo que pasa, dice, y mira con enojo a Meche que nos interrumpe.

Meche me sigue desde hace unos meses, dice que soy su abuelita y me pide dinero, varias veces me pide dinero, le digo que tengo en la casa guardado lo que ella me da desde el 2005, sabemos las dos que es para comprar Villahermosa. Son alrededor de cincuenta pesos de monedas desvalidas como ella. Rocío y Meche me acompañan a la puerta.

17 de julio de 2009

Hoy voy prácticamente a saludar. La sensación que me acompaña al salir de la sala es de impotencia. ¿Qué hacer ante la

melancolía, ante la queja, ante la desesperación, ante la tristeza infinita?

Rocío yacía en una cama, su cuerpo flácido, desvencijado, abandonado a todo movimiento se presentó ante mis ojos como un despojo. Me mira, ¿qué horas son?, pregunta. Atino a decir, las diez.

La sala se agita. Es hora de que las que están autorizadas salgan a la terapia, se dirigen a la puerta. Hilda se toma su tiempo ¡de algo tiene que valerle el vivir allí hace tantos años! Hilda está contenta, me saludó cuando llegué y no me pidió nada.

16 de octubre de 2009

Yesenia llora desconsoladamente. Me dijo: me siento muy triste porque mi mamá prefiere a mi segundo hermano. Él trató de violarme cuando yo tenía once años, sigue toqueteando a sus hijas y a sus sobrinas y no obstante mamá se desvive por él. Cuando le digo: yo no soy tu hija, no valgo para ti, ¿dime de qué privilegio goza él?, ella me contesta que tiene miedo de que caiga en la droga, mi hermano tiene ya cuarenta y nueve años. ¡Hágame usted el favor!

A los ocho años yo le decía a mi mamá: mamá quédate aquí conmigo, y ella me contestaba enojada, ¿entonces qué vas a comer?, mierda quizá, quieres que te traiga aquí en el cuadril cuando yo tengo que irme a trabajar. Y yo todo el tiempo he estado en la calle, comiendo un taco aquí y otro allá, mi mamá nunca estuvo con nosotros. A uno de mis hermanos lo regaló.

Yo viví con mi segunda pareja, que ella nunca quiso, en Veracruz, donde fui muy feliz pero me regresé a Paraíso, siguiéndola, porque como sea es mi mamá.

Tengo diez años de viuda, dos hijos y un nieto de mi hija la más grande. Primero cuando era chamaca anduve con un muchacho de allá de Paraíso, pero mi mamá y su mamá se oponían porque él era de clase económica alta y nosotros humildes. Alguien me dijo que él ya se había casado y el papá de mi hija me andaba cortejando así que pa' enero yo

me había casado sin amor, nomás por tener una salida. Él fue muy malo, tomaba, fumaba marihuana, llegaba a pegarme, de ahí quedó la niña que ahora ya tiene veintiún años. Y ya de ahí pasaron como tres años, cuando conocí al papá de mi niño, él me pedía que me casara, pero le dije que no porque casada o no te dejan, con hijos o sin hijos te dejan y desgraciadamente él fue el que falleció. Mi hija no vive conmigo pero sí su hijo de doce años. Mi mamá no lo quiere y a mí me duele mucho lo que le dice, le dice que es un maldito negro, gordo como un cerdo. ¿Por qué será que me odia tanto mi madre?, yo no pienso en dinero, quedé pensionada de por vida y tengo dos casas, pero el amor de mi madre no lo tengo. ¿Cuál es la preferencia hacia él?, nunca que yo recuerde me abrazó o me besó ni a mí ni a mis otros hermanos.

El papá de Yesenia falleció cuando ella tenía doce años, pero siente que nunca los quiso, se iba a la cantina a tomar y los dejaba solos. Cuando yo tenía cinco meses dice mi mamá que tuve la mentada disentería y ella fue a buscar a mi padre a la cantina porque él era jugador. Mi mamá fue a decirle que yo casi me moría, que si qué pensaba él y él le contestó a mi mamá que si él era médico, que si estaba en voluntad de Dios que me salvara y si no que me enterrara y siguió jugando.

Mamá empeñó su máquina de coser y me llevó a Comalcalco. El doctor le dijo que me hubiera llevado antes, y en ese momento no le confirmaron nada de que fuera a salvarme. Si orina será un milagro señora y entonces podrá vivir. Oriné sangre y aquí estoy.

Le digo a Yesenia que en esa historia se ve que realmente su mamá la quiere, ¡la salvó!, es afortunada de tener una mamá que vende su máquina de coser para curarla ¿qué más prueba quiere? Me admiró lo que hizo su madre en esa ocasión, y se lo señalo en forma contundente.

Al escucharme la expresión de Yesenia cambia sensiblemente, su queja, pierde consistencia y sólo acierta a decir: ¿entonces por qué hace eso con mi hermano?

—No sé, pero de que su mamá la quiere, no hay duda. Usted tiene una familia hermosa, su esposo debe haber sido una gran persona.

—El mejor—, me dice Yesenia.

—Fue terrible que se muriera pero una suerte haberlo encontrado y haber tenido un hijo con él ¿verdad?

—¡Mi hijo es mi vida! ¿Cuándo puedo volver a hablar con usted?

Yesenia casi sonrío. ¡Se puede vivir!

17 de noviembre de 2009

Hoy una paciente con la que yo tenía una relación muy estrecha me golpeó, me rompió la mano, ese hecho inscribió en mí una nueva relación con la locura.

Cuando me enteré que Cecilia, que ha sido mi paciente durante muchos años, estaba de nuevo en el hospital, decidí ir a verla. El doctor me había dicho que estaba alterada, que no quería hablar conmigo e incluso que le había pedido que le recomendara un psicólogo que no fuera yo. A Carmen Tinajero no quiero verla porque ella me quiere exorcizar y yo no quiero eso.

Exorcizar es sacar al demonio y ella ha advertido que yo estoy en contra del demonio que la persigue, aún así me aproximé a la sala y vi a Cecilia con el rostro desencajado. No sé si me miró, creo que no. Deambulaba cuando otra paciente se acercó; lloraba, quería hablarme, le dije que sí pero después de que hablara con Cecilia, a eso había ido a la sala. Mis palabras me sonaban extrañas. En realidad dudaba sobre la posibilidad de hablar con ella. Me parecía ajena, desconocida.

De pronto oí una pelea en la reja. Cecilia trataba de pegarle a una joven, vio que la estaba viendo y se dirigió a mí, furiosa, yo sabía que me iba a pegar y no hice nada, ¿por qué? fue cosa de segundos, me tumbó con todo y silla y ya tirada me tomó de los pelos y golpeó mi cabeza en el suelo. Era tal mi desolación, mi desilusión, mi impotencia, que no podía pensar nada, hacer nada, sólo me enconché boca abajo sin oponer resistencia alguna. Quería que me la quitaran de encima y lo hicieron, había varias enfermeras, un doctor y pacientes alrededor de mí. Sentía el fracaso en mi cuerpo y en mi

alma. Recogí mi reloj, mis lentes. Me dolía la cabeza y la mano, la pluma estaba rota. Yo también.

¿Fue una cuestión de imagen?, ¿qué vio?, el deseo de desaparecerme se inscribió en ella como algo inminente, cegada por mi imagen como intolerable presencia.

El dolor se apoderó de mí. Cecilia gritaba, la sujetaban a la cama, no sé lo que decía. Parecía un animal acorralado y furioso. Laura, una paciente que conocí hace catorce años y ha devenido crónica, dijo: debería haber un calabozo para poner pacientes como ésta, y pensé en la Edad Media que sigue siendo ésta, mi Edad Media. ¿Cómo pude ser tan ingenua como la patrona de las Papin (famoso caso de las hermanas que asesinan a sus patronas en Le Mans el 2 de febrero de 1933), si eso estaba advertido?, ¿de quién fue el pasaje, el acto que me sacó de la escena?

27 de marzo de 2010

Entré de nuevo a la sala con miedo. Con extrañeza. Temía que las pacientes me desconocieran. Una mujer me jaloneó y empezó a secretar con sus compañeras. Yo sentí en mí algo del orden del horror. “No puede ser que mi relación con la locura termine así”, me dije, porque estuve a punto de salir corriendo.

Ese día tuve miedo también de Flor de Lys, cuando es tan claro que el enojo de Flor se debe a que es excluida entre los excluidos; recordé las palabras del doctor García Avitia con respecto a ella. Él dice que Flor acecha, le pega a las débiles, que espera encontrarlas descuidadas para soltarles un golpe. Sé que eso no es cierto, pero hoy tenía miedo. Flor me miraba y no. Sus ojos muy fijos, casi saltones, se fijaban en mí pero obedecían a un pensamiento interno. Siempre he tenido con Flor una relación cercana, aliándome con ella en contra de los electroshocks. Me ha platicado de su relación con Dios, de su romance con Chabelo, de su deseo de ser doctora, de su tristeza cuando va a su casa de permiso terapéutico y no la dejan participar en la convivencia familiar. Pero ahora sólo pensaba en Flor como la golpeadora que estaba

viéndome con esa mirada ajena, y a la vez tan propia, de su vida robada. Entonces le hablé y la toqué. Está fría, le dije, hablé hasta que esbozó una sonrisa que fue para mí y realmente me reconoció como a alguien que la escucha. Pudimos sonreír. Susana se parece mucho a una hermana que tengo, me dijo por enésima vez, hasta en su carácter es como mi hermana Licha, yo debo ser feliz por eso, ¿verdad? Ella es la que me da los electroshocks que deben de corresponderme ¿verdad?, porque me los da ella que se parece a mi hermana y con eso debe bastarme. Me sentí triste ante su desolación. Meche me pedía insistentemente una pinturita e intentaba peinarme. Una mujer loca gritaba horriblemente; pensé en los piojos, en mi debilidad. En mí algo se derrumbaba y al mismo tiempo se sostenía. Yo estaba clavada en el piso y tomé las palabras de las locas así como venían, en un desorden inentendible. En eso me habló Carmita Vidal, la que para Cecilia es Dios. Me decía que era esposa del gobernador, me hablaba de un río, de una mujer que la odiaba que no era su madre pero que pretendía serlo. Las palabras me arrastraban como un murmullo. Creí ahogarme.

Hace mucho que no venía, me reclamó Carmita; Meche no, sólo iba tras de mí. Rocío yacía en una cama perdida en la confusión de palabras que amarran su vida como una camisa de fuerza. Hablaba de los hombres que la habían engañado y del que la había querido. Hablaba de sus hijos y se hundía cada vez más en la queja y en la furia de su vida destruida, golpeada, alterada por los electroshocks y los fármacos que se asomaban por sus ojos, por su piel, por su gesto que denotaba una entrañable tristeza.

De pronto tuve una ilusión: vi la llave colgada de la puerta y le dije a la joven enfermera que estaba en la sala: ya me voy, ahí veo la llave. No, psicóloga, me dijo, si estuviera allí ya se hubieran salido todas. Estarían vivas, pensé, estarían en el mundo. Y salí con el discurso inentendible que Rocío predicaba sin cesar. Resumía su dramática historia en palabras cifradas que contenían toda la sabiduría de la locura encarnada en su estar en el mundo, y había que transmitir las a la posteridad como un misterio, como algo sagrado.

EN LA REJA DE HOMBRES

¿Por qué nunca entro a la Sala de Hombres?, siempre me quedo en la reja. Es el límite impuesto por mi sentir. Me quedo en la raya y pienso en la expresión “quedarse en la raya”, que es morirse haciendo lo que uno acostumbra, lo que uno quiere, lo que a uno le gusta. Quedarse en la raya es la muerte en movimiento, y tal vez el quedarme en la raya de la reja de hombres fue mi manera de moverme en la locura-muerte de los hombres de la que por supuesto estoy muy cerca ...

Recuerdo especialmente mis conversaciones con Chabelo, mi encuentro con Rubí y con Rafael Palomo; las palabras que crucé con Alberto y con Carlos Mario, con Wister, con Sobrino, con Guichard, con Jorge de la Fuente, con Eliud —que desde ahí me bendice— y con Luis.

De estos breves encuentros surgían palabras que convocaban fantasmas. Pronunciarlas era una urgencia, era un lazo que se tendía entre nosotros en ese breve lapso. “Dígale a mi mamá que venga, doctora, me quieren matar; las voces me dijeron que ya me iba a morir; dígame a mi mamá que me perdone”; “¿sabe qué? No conocí a mi padre...” y así, como cuentas de collar, las frases se sucedían como telegramas escritos al vapor que contenían trozos de su vida que se iban engarzando en mi alma.

¿Cómo se llama usted?, yo soy Guichard y tengo un tesoro, ¿no trae usted cigarros?, dicen los doctores que es malo fumar pero ahorita necesito uno con urgencia ¿sabe?, con los cigarros yo me calmo y siento que estoy en el campo con mi novia y eso es muy bonito ¿no cree?, ¿usted es la mamá de Luis?, me dice alguien, y Luis me sonrío en el silencio que nos hace cómplices. Préstame tu cuaderno para hacerte un dibujo, me dice Luis, y se lo paso por la reja. ¿Qué dice ahí?, me pregunta cada vez que hace un trazo. Quiere saber si entiendo lo que me escribe, si puedo repetirlo, si descifro su decir.

¿Mi mamá?, ¿dónde está mi mamá?, pregunta angustiado Carlos Wister. Nos tomamos de la mano, sonrío. Roberto quiere que repita con él su nombre. Carlos se conduele de estar por enésima vez ahí, tuve que venir, psicóloga, me hacía falta la medicina, me sentí mal. Carlos Mario me da la mano, su boca sin dientes esboza una sonrisa. Eliud me da la bendición. Hay muchos hombres que circulan por ahí. No los conozco, me voltean a ver con extrañeza, ¿a quién viene a buscar?, es la psicóloga, les dicen otros, trabaja aquí, a veces nos trae café.

7 de enero de 1998

MAXIMINO

Hoy fui al hospital y me quedó el olor de Maximino durante gran parte de la tarde. Me sentía impregnada de un hedor, un tufo que me hizo casi desfallecer. Era el olor de la locura, de la exclusión, que hoy realmente me incluyó.

El olor de Maximino, su aliento, contagiaba de una podredumbre que buscaba encontrar sentido. Estaba en el pabellón de agudos, privado de todo, aun de su prótesis. A través de la reja me la pide y habla con dificultad a causa de los medicamentos. Siente que es un castigo estar ahí, quiere volver a crónicos, donde tiene amigos. Maximino me dice que quiere buscar una semilla para tapar el sol y proyectar una sombra, una semilla que dice haber encontrado en el patio donde también recoge papeles que a veces se come.

Me dice que quiere hablarle a alguien del periódico para que le ayude. Siento que Maximino está verdaderamente solo, en manos del residente en turno, de la violencia de un tratamiento que surge del pánico social, de un tratamiento sordo, veterinario, de un silencio ante la queja; de una ceguera médica bondadosa. Y yo no puedo dejar de mirarlo, avergonzada de haberlo abandonado por mis vacaciones. ¡Está hecho una piltrafa! Sin embargo nos reímos y cantamos celebrando el reencuentro. Él entona la canción: “ya llegó el que estaba ausente/se me concedió volver” y surge en mí un llanto muy tenue, impercep-

tible, que me hace saber que las preguntas de Maximino son mías: ¿por qué me cambian de pabellón?, ¿por qué me dan las pastillas verdes?, ¿por qué no me dan mi prótesis?

Maximino está seguro que fue hasta después del accidente que recuperó la cabeza y me contó la historia de cómo la perdió.

14 de enero de 1998

DE CÓMO PERDÍ EL BRAZO PARA RECUPERAR LA CABEZA

Yo tenía casi diecisiete años y todavía no iba a trabajar, me la pasaba en casa de mi prima, una vez me mandaron por agua, allá en el pueblo no hay agua entubada como aquí, hay pozos. Ya traía yo un burro negro cargado de agua cuando lo abandoné, me fui a ver a la licenciada para saber de unas tierras, y le dije a un hermano chico que se fuera a la casa con el burro, luego me dieron una golpiza pero tenían razón porque quise mandar y no trabajaba, por eso Dios me castigó con el brazo y tenía razón...

En el monte yo hice el amor con Lupita mi prima porque ella quiso pero era a escondidas porque eso no se debe hacer, por eso me salí de ahí y me fui a vivir a México, allí vivía con mi hermana y ella tenía un chavo que me decía que era yo maceta porque no veía que las chavas me tiraban el calzón, entonces fui a ver a la oculista que me cobró más de un ciego. Fue hasta después del accidente que se me quitó lo maceta. A mi hermana yo la quería, siempre andaba con ella. Una tarde en la fábrica de telas donde trabajaba con mis brazos la abracé, hubo una fiesta y me acosté con ella. Me pegaron mucho y tenían razón, eso no se debe hacer. Lo que me pasó me lo merezco. Fue hasta después que me caí del poste y me electrocuté y me cortaron el brazo, que pedí ayuda, antes nomás chambeaba y chambeaba como queriendo olvidar todo eso que había hecho mal.

Maximino había perdido la cabeza al desobedecer a su padre y al acceder al sexo prohibido con su prima y con su hermana. Échame la mano, le decía a los doctores, pero su corte

era irreversible y mi ingenuidad me llevó a mandarle a hacer una prótesis, que por supuesto desechó cuando decidió seguir viviendo con su falta y escapó del hospital sin ese artefacto que pretendía negarla, cargando con su cuerpo mutilado y su cabeza intacta.

10 de marzo de 1998

NATO

Nato me llamó desde la reja, hacía tiempo que no lo hacía. La última vez se enojó conmigo porque quería seguir hablando y yo iba a escuchar a otro paciente, pero hoy nuevamente se vuelve a acercar a mí.

Nato es un paciente crónico, debe tener muchos años en el hospital. No sé por qué está allí. Inicia la plática preguntándome:

—¿Se enamoró de Maximino, verdad?

—Bueno, me interesaba, sí, me dio gusto que se fuera, él quería salir, hacer su vida allá... me dio gusto.

El agrega que sí, que Maximino le platicaba de sus planes y ya no soportaba estar en el hospital.

Nato trae una herida en la cara y le pregunto qué le pasó. Me dice que Wister le pegó por orden de Luis, que Luis es un niño malo (Luis es el único niño que hay en el hospital). Piensa que ese golpe lo pudo dejar ciego, porque es cerca del ojo. Y que si él quedara mal de la vista nunca más iba a salir de ahí.

Después repentinamente me dice: mi papá es malo, muy malo. Yo tuve relaciones sexuales con mi mamá porque él quiso. Yo le pedía la chichi a mi mamá, quería leche.

Oiga, a mí ya no se me para, será por las medicinas, por las inyecciones, o ¿por qué será?

Es difícil entender sus palabras. Nato porta un deterioro que va más allá o más acá de lo neurológico, como si perteneciera a un inframundo que lo aísla. Y desde ahí pinta para mí un mundo poblado de pobreza, ignorancia e incesto.

Su relato hace convivir al campo, al hogar, a su oficio de bolero y de vendedor de chicles con la Sala de Crónicos del hospital en la que desde hace tantos años está confinado.

Me habla de un señor que le daba panuchos y perros calientes como aquí, en este hospital le dan galletas y agua, agregando: por eso estoy aquí.

Mi tía, que quiero como a mi mamá, quería que estuviera con ella, pero no, a mí me gustan las mujeres alegres. Recuerdo que en esta entrevista nos reímos pero no me acuerdo de qué, ¡su sola presencia es tan trágica!.. me habla de una mujer morocha, de ojos verdes, que le gustaba pero era hermana de Pancho y Pancho lo había amenazado con pretender a su hermana y así quedarse con el dinero de su madre...

Luego Nato me habla de otro hombre más grande que él, que quería a una mujer que él conoció primero. Ella se confundió con él y continúa mencionando a un morocho de ojos verdes y agrega, ¿por qué me dicen eso si no soy choto¹?

Este cambio de sexo en la expresión: morocha de ojos verdes a morocho de ojos verdes parece traducirse para Nato en una acusación de homosexualidad. Y continúa con una frase que lo confirma: sólo lo haría por mucho dinero. (Pienso en Freud y en su hipótesis de la locura como una respuesta a la homosexualidad inaceptable que aparece como voz acusatoria y persecutoria en la paranoia). Y Nato continúa: yo vendía chicles y boleaba, soy estudiado; las mujeres lo quieren a uno porque es hombre. Horacio (otro paciente de la sala) tiene el pito más grande que yo, porque es más grande, porque es más estudiado, él viene de otra parte, yo a Horacio le doy cigarro cuando puedo porque él es pobre como yo.

Wister me quiere matar, es que está mal de sus facultades mentales, le dan electro-shocks y le sacan sangre. A mí también me sacan sangre pero yo soy hombre, soy bolero, yo pinto y una vez pinté un cuadro.

4 de diciembre de 2007

Conocí a Rubí a través de la reja. Tenía un ojo casi blanco. Era alto, esbelto y lucía el pelo teñido de rayos dorados. Desde

¹ Homosexual.

la puerta del Pabellón de Agudos, me dijo: la he visto por los pasillos. Hace catorce años que entra y sale del hospital pero no sabe qué hago yo aquí. Le digo que vengo a escuchar a los pacientes que quieren hablar conmigo. Vengo porque creo que hablar cura, que cura más que las medicinas, entonces me cuenta: ahora sí incendié los pollos, me dice, compré un litro de gasolina y la rocié en el puesto, le prendí fuego, y como no encendía lo suficiente desprendí una mata seca y se la eché también, entonces sí acabé con el negocio de esa gente que me odiaba tanto. Ese lugar era pura cochinateda, tenían las vísceras en el suelo ¡y había de moscas!, era una porquería como ellos, la próxima es él, Lasi, bueno, así le digo, se llama Lázaro, es el hijo de la tipa esa, la que era dueña del puesto. Dicen que me hacía maldad, la traía conmigo.

Si me lo vuelve a hacer lo voy a quemar vivo, lo voy a rociar de gasolina. Él y yo tuvimos un pleito por un muchacho, como somos homosexuales y yo bailo reggaetón, me tiene envidia.

Rubí parece cambiar de tema pero introduce un nuevo personaje a la misma trama: hay por ahí una señora que se parece a mi abuelita Amanda, y Lasi la quiso tranzar ¿cómo lo voy a permitir?

A mis abuelos los quise mucho, a la bruja también, la mamá de mi papá que ensalmaba y me enseñó a leer las cartas. Mi abuelita sí creía en mí.

Mi madre dice que me quiere pero se quedó con mi placa, mire, y me enseña sus encías sin dientes. Siento que lo que me enseña es la falta de una madre que crea en él.

Rubí se quita los pantalones y circula por la sala enfundado en unos calzones negros muy ajustados, después de esta vuelta al ruedo, vuelve a la reja en busca al parecer de mi mirada y me dice que está preocupado por sus pulseras y yo imagino que se trata de las cadenas que lo atan. El descubrió que le gustan los hombres hace mucho tiempo y relaciona su deseo con el hecho de que lo hayan violado de chico. Mi padre se avergüenza de mí y mi madre me dice que nunca podré vivir sin ella. Somos diez hermanos; en mi casa están también dos hermanas y cinco sobrinos.

Yo voy a matar a ese Lázaro si no le paga a Amanda y si me hace otra, ¡qué importa que me encierren toda la vida en el hospital psiquiátrico!, lo voy a hacer.

A mí lo que me gusta es bailar, dice sonriendo, cuando me arreglo y me visto de mujer, maquillado, con mis adornos, mi pelo... siempre llamo la atención. Soy vegetariano y me cuido, hay que respetar la vida, no me gusta que los animales sufran como puercos que encierran y luego matan, ¡eso no lo puedo soportar!

Desde donde estamos parados, se escuchan los gritos de la Sala de Crónicos, los gritos de los encerrados como él, que parecen sintonizar sus voces con Rubí en su dimensión de espectáculo de horror, en lo que paradójicamente se ha convertido.

Es en ese momento que él detiene la entrevista y me dice que hoy es un día afortunado porque yo lo pude escuchar, y me habla del trapo rojo que trae amarrado al cuello, es mi amuleto, me dice, arrepintiéndose inmediatamente de haberme hecho esa confesión.

Rápidamente me enseña otros adornos de los pies y del pelo como queriendo que la idea del amuleto se pierda en la palabra adorno. No le pregunto más pero siento que el amuleto tiene que ver con el mundo de la abuela, y es lo que lo sostiene para reivindicar un lugar aun a costa de muchas cosas.

Siempre tengo que ser mirado, me dice, no puedo pasar desapercibido. Una sonrisa de complicidad cierra nuestro encuentro.

WISTER Y YO

Cuando Carlos me mira incluso a lo lejos, sonrío, y se apresura a saludarme. Yo me acerco a la reja y me da la mano. Es suave y tersa, y ante el contacto del saludo su rostro se vuelve apacible. Un día su saliva se incrustó cerca de mi boca, era una situación extrema, pero no podía soltarle la mano, que yo misma le había ofrecido. Su miseria me concernía, Carlos Wister está totalmente desamparado, está aterrado y grita, ¡mi mamá, mi mamá!, con vagidos inentendibles. Su cara, de

apenas veintitrés o veinticuatro años, está llena de cicatrices, me mira. Trata de que lo acompañe, que sostenga su vida, que le dé consistencia al mensaje desesperado que sale de su cuerpo herido, perdido, lacerado y maloliente. En él sólo su mano es tersa, como salida de la putrefacción en que está inmerso. Carlos me transmite el horror de existir; sus ojos desorbitados miran hacia arriba y un poco de lado, como si fuera claro para él no encontrar nada, ir siempre hacia el vacío.

JORGE DE LA FUENTE

Con Jorge siempre hablo en la reja, en el límite de algo. Jorge es el joven que da vueltas en la Sala de Rehabilitación. No sé si tenga destruida la cabeza o el alma. Sobrevive recogiendo en la basura del mundo pedazos de vida en forma de colillas, de trozos de comida, de restos de café; el polvo que han dejado los zapatos de la estrella caída se le pega a la cara y me mira con sus ojos de loco. Nada.

El apretón de manos de Jorge me sabe a miel.

El apretón de manos de Jorge me sale a hiel.

¡Carajo!, no puedo conformarme con la muerte que me entrega Jorge en cada apretón de manos.

El apretón de manos de Jorge no tiene dientes.

Los treinta años de Jorge tocan mi piel como un cadáver.

Estoy loco, me ha dicho, déjeme así, estoy bien.

ARTURO GUICHARD

Don Arturo siempre me pide dinero para un refresco, para un cigarro, para un café, y pocas veces me atrevo a negárselo. Él insiste mucho, parece que es un requisito en nuestra relación que yo tengo que cumplir como si fuera el pago de la sesión; la condición para que él me cuente eso que sabe que me interesa, la historia, la anécdota, a fin de cuentas la verdad.

Arturo Guichard es un misterio por el que nadie se ha interesado, aunque todo mundo en el hospital sabe que él habla de que tiene tesoros, joyas, rubíes y mucho dinero, escondido, enterrado, o distribuido de maneras variables.

Cuando me pide el dinero del refresco me ofrece parte de él, yo debo saber que lo que estoy haciendo es prácticamente una inversión. Así lo siento pero le digo que el tesoro son sus palabras.

Ayer, cuando ya me iba, se acercó a la reja y me contó del origen de su locura.

Yo trabajaba en Pemex, limpiaba tubos, era muy pesado pero suspendíamos para tomar pozol, luego para comer, la comida era buena. Como a las seis de la tarde llegaba a mi casa y me ponía a ver la televisión, ahí estaba mi hermana.

Un día jugué cartas y gané un millón de pesos, decidí retirarme y cuando llegué a mi casa le dije a mi hermana que me comprara unos pantalones, dos camisas de rayas, de esas caras de doscientos, un sombrero y dos pares de botas, y le di también dinero a mi mamá, después mis hermanos empezaron a notar que yo tenía dinero, vieron dónde lo tenía guardado y me lo quitaron, unos matones llegaron y me dieron "cuello", me mataron; en ese tiempo yo tomaba cerveza y fumaba marihuana, entonces me internaron en el hospital psiquiátrico y se quedaron con todo.

Ya aquí en el hospital me empezaron a dar medicinas que me hacían estar dormido pero un día jugué cartas con el director, con el administrador y otros doctores y les gané mucho dinero, entonces me dejaron regresar a mi casa y ahí mi hermana me dijo que me casara con ella, pero yo le dije que no, porque ella ya tenía tres hijos con su marido y en la Biblia dice que eso no se puede, pero ella insistió tanto que tuvimos relaciones y le di mil pesos. Después los doctores me volvieron a internar porque no supieron perder y me están destruyendo el cerebro con las medicinas que me dan diario los cabrones, estoy muerto, y en las noches me dan electroshock y me molestan, no puedo dormir, por eso me desespero. Ya no me dejaron nunca volver a mi casa y se quedaron con todo lo que era mío. Pero yo guardé algunas piedras preciosas porque me puse de acuerdo con los del platillo volador.

Yo soy John Kennedy y tengo un hijo Johny Kennedy, por eso no puedo perder el tesoro y tengo dos mujeres.

En el hospital, Arturo Guichard es un muerto viviente. Le queda su filiación con los Kennedy y la esperanza de recuperar lo que los doctores le han robado. Pero en el fondo sabe que todo está perdido. Que él está muerto. Que le dieron “cuello”.

SOLIDARIDAD

Un día fui a la Sala de Hombres a buscar al doctor Sacramento. Cuando tocaba la puerta los pacientes se acercaron a mí, y los saludé como de costumbre, pero no logré recordar sus nombres, y me dije: la locura tiene muchos nombres que caen en mí como la arena, no puedo detenerlos; sólo sé que existen mientras hablan y los entretengo por un instante para olvidarlos después, porque preciso de seguir siendo sin ellos. Nunca entro a la Sala de Hombres, no me atrevo, pero he tenido conversaciones interesantes con ellos en la reja donde me detengo a escuchar. Ese día una mujer paciente, vino al pabellón a saludar y se detuvo como yo en la puerta. Traía unas pastillas de colores y me explicó que la doctorcita se las dio para su dolor y las vino a compartir con algunos porque sabe que, como ella, los hombres también son dolientes.

7 de abril de 2009

NACHO Y LOS LENTES

A Nacho, un joven de veintitantos años, le encantan los lentes. Un día, estando en la reja de la Sala de Crónicos donde habita, me los arrancó, se rompieron pero no fue demasiado grave, necesitaba ya unos nuevos, sin embargo me cuidaba de que eso volviera a ocurrir. Traté de hablar con Nacho de eso pero no pude, sólo me veía como animal asustado.

No sé si Nacho quiere los lentes para ver o quiere que los lentes lo vean. ¿Usaría lentes su mamá? Este objeto que Ignacio claramente desea encierra para él el misterio del mundo.

Tiempo después me entero por los jóvenes psiquiatras que Ignacio, que emite gritos aterradores y está diagnosticada-

do como retrasado mental, se crió con las Madres de Calcuta y ellas, cuando se portaba bien, le daban a jugar unos lentes de plástico, ¡su retraso entonces es histórico! él quiere vivir con la única huella materna que inscribieron en él. Al parecer su obsesión por los lentes está más acá de la mirada y ha adquirido el valor de objeto transicional.

Hoy martes siete de abril de 2009, al llegar a la sala Nacho se paró delante de mí y me sonrió mirando con avidez mis lentes, haciendo un leve movimiento de sus manos hacia ellos. Decidí prestárselos para que se los probara, lo hizo tranquilamente y a través de los cristales me veía contento, veía hacia la sala también, luego se los pedí diciéndole que eran muy necesarios para mí, y le pregunté si las Madres de Calcuta le daban unos lentes, sonrió y pronunció “las madres”. Me dio los lentes y las manos y así comprendimos que los lentes eran muy importantes para los dos.

De pronto escuché a Chabelo que gritaba perdóname, mamá, y volteé. Tenía ojos de loco y el pelo se le acomodaba en mechones, su rostro era siniestro y se prendió a la reja con su uniforme de cuadritos pidiéndome café, un cigarro, una palabra. No pude dejar de acercarme contagiada de horror. Ese hombre había hablado conmigo en el patio: de su vida en el campo, de su mujer, de sus hijos; ese hombre me había hablado del espanto de su hermano muerto y de las relaciones cruzadas que habían tenido con sus mujeres. Me había hablado de su soledad, de su estancia en el reclusorio, de su madre, de su trabajo como matarife de puercos; de cuando fue al hospital a caballo para llevarse a una paciente, de las veces que se había escapado, y de la añoranza de comidas y juergas. Ese hombre que alguna vez tuvo una vida, le pedía perdón a su madre, ¡no quise lastimarla! gemía como un animal acorralado, un paria, cuando me paré frente a él lo único que atinó a decirme fue que le gustaba la mota y me cantó un himno de la iglesia invocando a un Dios que seguramente estaba muy lejos.

NESTOR LEZAMA Y GIDE

Nestor me mira con sus ojos de historiador filósofo y me dice: ¿tiene libros de André Gide? Y le llevé *Los monederos falsos*. Cuando se lo dejé en la reja de Agudos sonrió y empezó a leerlo inmediatamente, minutos después me llamó la atención sobre un párrafo que decía algo así como “cayó una gota de sudor en el papel que se confundió con una lágrima”; y exclama, ¡de cualquier manera es mejor sudar que llorar! Nestor estaba emocionado. Las palabras de Gide incidían en su corazón.

Después medita y sentencia, dicen que por un libro de Gide dejé la prepa. En el 74 fui a París (cuando Nestor habla de haber estado en París recuerda que se perdió tres años, en ese tiempo nadie supo dónde estuvo), y allí en París, en el café estaba Gide, dice Nestor, también Octavio Paz, y sonrío como recreando la escena.

Guide vivió en los cincuenta en el tiempo de Sartre y de Camus, me dice Nestor, tratando de situarme, y continúa, de Camus recuerdo un libro sobre la libertad, se trataba de un maestro al que va a buscar un alumno que no encontraba su camino, había escapado de los que lo tenían esclavizado, el maestro le dice que es libre, que puede caminar hacia las afueras pero él decide volver a caminar por el camino que recorrió cuando huía convencido de que la libertad es un absurdo. ¿No es esta su historia?, me pregunto.

Nestor fue maestro de historia y filosofía y ahora delira para poder viajar en el tiempo, comunicarse por telepatía con los grandes pensadores, tener mujeres y circular por todo eso que la realidad le niega.

Me habla también del estructuralismo, de Althusser, de Lévi-Strauss y de su deseo de tener hijos e ir a vivir a otro país donde haya libertad porque vive perseguido, cercado por sus fantasmas, loco. Nestor encerrado se ha convertido en el vigilante de sí mismo.

—¿Usted me va a ayudar a salir de aquí? —me pregunta.

—¿Y cómo, Nestor ¿quién soy yo para usted?

—Usted es el sentido de nuestra plática, es mi inconsciente.

El cielo es para los justos, para las personas que saben comportarse, susurra convencido de estar en el infierno. Y reflexiona: ¿quién tiene derecho a salir de aquí? sólo los médicos, ¿verdad? Y reímos inmersos en la tragicomedia que escenificamos este día en la reja del hospital.

INCOMPREENSIBLE

Me apena el joven de 24 años que cavila desesperado. Es un hijo encerrado que deambula en la Sala de Agudos como un fantasma sin fuerza. Mi padre y yo somos Dios, me había dicho antes, pero yo, que he hablado con su padre, sé que piensa que nada más él es Dios. Y tal vez por esto ha entregado a su hijo a la ciencia.

El joven a veces se fija en mí, a veces no, pero un día corre a la reja desesperado cuando me ve y denuncia a gritos lo que está viviendo: ¡me quieren matar, psicóloga!, ¡he descubierto que me quieren matar, ¡mire!, y me enseña sus brazos picados por la aguja de la anestesia intravenosa. Otro paciente me mira porque ambos comprendemos que se trata de electroshocks. Guardamos silencio ante la angustia del joven que enrojece furioso cuando ve pasar al doctor que ordenó ese tratamiento, ¡mire, ese fue!, lo acusa conmigo, ¡ese es el que me quiere matar! grita desesperado, tiene que avisarle a mi padre para que me saque de aquí hoy, me dijeron que ya estoy dado de alta, ¡él tiene que saberlo ya! Y atino a contestar: si lo veo le digo, pero sé que el padre lo sabe, sé que el padre firmó la hoja de autorización para los choques eléctricos que la psiquiatría llama terapia de estimulación cortical. Sé que el padre ha decidido no entrar a la sala ni sacarlo al patio. Sé que el padre sólo se duele de su desgracia de tener un hijo “así”.

¿QUIÉN VIVE?

Eliud caminaba con el cuerpo deshecho. Su vestido era un trapo hecho jirones y tuve la impresión de que se le caían pedazos

de carne, que él era sólo fragmentos. El alma se le se asomaba por sus ojos de loco a destiempo, y con ellos me reconoció al instante y me pidió que lo sacara. ¿Qué podía hacer yo, horrorizada de encontrar un muerto tan vivo?

Eliud es un hombre moreno con los ojos desorbitados, de unos cuarenta y cinco años. Viene de Oaxaca y me aborda en la reja con la frase: ya estoy bien con Dios, ya hablé con mi madre, ella ya me había dicho que le pidiera ayuda a Jesús y yo no había hecho caso, pero ya... ya no escupo y eso es una señal, ella me trajo porque creyó que me había vuelto la epilepsia, pero no.

Uno ve los ojos de las mujeres que se dicen cosas, mi mamá y la señora de la farmacia me dieron algo en el café porque sabían que me gustaba mucho, después yo me sentía muy raro, como drogado, con ganas de bailar bailes profanos y yo soy cristiano. También sé que si toma uno pastillas vuelve a entrar en uno el inmundo, pero yo resistí y no bailé.

Cuando le dije a mi madre que ya había hablado con Jesús, que ya me había acercado a Él, todo se solucionó. Antes me castigaba con las alucinaciones... veía por ejemplo esta reja y decía: si el demonio viene se moverá para acá, si Dios quiere se cerrará y así... pero ahora comprendo que esas no son alucinaciones, son señales que uno descifra. ¡Ay, qué bueno que pude explicarle lo que sentía!, a ningún psicólogo se lo había dicho, me gustó mucho hablar con usted, se lo pude decir porque ya estoy bien.

Yo ya estoy bien de mi juicio, de mi epilepsia, pero ya no soporto a los cristianos que me tratan mal, ¿por qué me tienen que gritar en el pueblo loco, loco, loco?

A veces pienso que es para probarme, para ver si soy fiel a Dios, pero a veces me siento inseguro, como si fuera el mismo diablo, el Anticristo, porque mi hermano es Cristo. El pastor me dijo que antes de morir el Anticristo era un ser manso pero por dentro era como un lobo rapaz buscando a quien devorar. ¿Pensará eso de mí?

Sabe qué, psicóloga, yo creo que el medicamento que me dieron me afectó el corazón, mi mamá va a tener la culpa si

no viene porque aquí me lo siguen dando, pero ¿por qué si yo estoy normal?

COROLARIO, HIPÓTESIS Y REALIDAD

Encontré a Martín Gassos en la reja un martes de 2007. Verlo con su uniforme de loco me causó una gran impresión. Sabía que estaba internado pero no me había atrevido a ir a buscarlo. El martes, cuando distraídamente pasé por la sala y él me llamó desde la reja, sentí una especie de vergüenza. Martín y yo siempre nos saludábamos con mucho respeto, él hacía mandados y ayudaba en las actividades de la tienda y el café, participaba en las labores de rehabilitación, formaba parte del hospital de otra manera.

Martín se sorprendió de que yo no supiera su apellido y me dijo que se había puesto mal y lo habían tenido que internar, pero que a él no le daban electroshocks porque tomaba el Clopizol inyectable con corrector Akinetón intramuscular... lo escribe en mi libreta porque se lo pido, pero continúa con un texto que él titula "Corolario, hipótesis y realidad": *si Martín Gassos ingresa en la noche al hospital de sanos de la mente y lo encuentran peor que cuando entró ¿qué sucedió con el ciudadano Martín Gassos o ingeniero químico o técnico industrial en combustión interna y maneja o sabe utilizar el torno y taladro y cepillo y su familia tiene un montón de dinero y viene su familia y los más cercanos a él lo van dejando peor. ¿Dígame qué sucede? hay muchas cosas por aclarar y desenredar esa madeja... Cuiden a la psicóloga Tinajero y protéjanle para que la cuiden y que salga con esta libreta en nombre de Dios, amén.*

Martín quiere escribir y le ofrezco traerle un cuaderno y una pluma el viernes. Me insiste en que se la entregue personalmente en su mano, que no confíe en nadie.

Le pregunto quién soy para él. Me atrevo a hacerlo porque noté que cuando llegué y él me vio le dio mucho gusto, entonces sonrío y me dice: usted es la psicóloga que viene aquí a deshacer entuertos, la que encuentra el hilo en los entredos, la que deshace los nudos. Usted es la psicóloga que viene y se interesa en los que están aquí, y continúa hablando

conmigo, ahora de su linaje, de su ascendencia europea, francesa, española y catalana, de la que está orgulloso.

LUIS

Acabo de ver a un niño que dejó de ser niño. Se llama Luis. Sonreía. Adiós, nos dijimos, somos viejos conocidos.

Cuando dije Luis me acordé del pollo que tenía Jorge mi hijo porque así le puso y ahora se me viene a la mente mi abuelo Luis y el tío Luis ¡El rey del pollo! El restaurante al que me llevaban mis papás cuando también yo era niña.

Pasa de nuevo Luis comiendo unos chicharrones, parecería que está alegre en esta casa suya de donde hace años entra y sale.

Mirna, la doctora que mató a sus hijos, le enseñó a leer. Lo revivió porque era un niño salvaje que no hablaba con nadie; lo hizo vivir en el mundo, luego su mejoría se la adjudicaron al psicólogo conductista que nunca pudo cruzar dos palabras con él.

Luis tiene un padre con el que se golpea. Esto seguramente se debe a que no se reconocen y se temen. La locura de Luis atestigua la ausencia de la madre pero aun así el cuerpo de Luis ha crecido, y cuando sonrío parece que está vivo, parece que habla, parece que canta. Mirna le enseñó que se puede vivir. Mirna ha matado a sus hijos pero ha hecho vivir a Luis, ha estado ahí donde el horror lo sujetaba. Lo hizo salir de las tinieblas de la Sala de Crónicos. Mirna lo ha amado.

QUIERO PINTARME CON PINTURA QUE NO ERES

En septiembre del 2009 encuentro a Luis en la reja y me pide una vez más el cuaderno. Hace un dibujo y me pregunta: ¿qué es eso?, no espera mi respuesta y se contesta: es un perro (a mí me parece un bebé), escribe luego B, S, U, un signo musical, un ocho, una línea curva y un nueve; lea, me dice. ¿Cómo leer?, no digo nada y pinta otra figura diciéndome que es un caballito (que yo veo como un pato gordo).

Luego me dice quiénes viven en su casa: Chorri, Pichango que tiene a Fernando y a Gilberto, César que tiene dos niños y una niña y el niño que no camina, Alonsa que es a la que le da el nombre mi papá y Martha Cecilia que me regaña porque quiero pintarme con su pintura.

Mamá ya no vive en mi casa, vive en Tamulté con otro marido. Mamá es puro regaño; me raja la cabeza, mamá no se está quieta, me está diciendo que estoy loco. Antes cuando estaba chico todos me pegaban en Crónicos y en Agudos y papá me regañaba: ¿por qué te dejas?, me decía, pero yo me acordaba de que a Chabelo lo llevaron a la cárcel porque se encabronó, de chico me pegaban y yo lloraba desangrado y yo escupía la herida sangrando, ahora que ya estoy grande, no.

Cuando voy a mi casa me detengo, como huevos hervidos y en tacos; fritos y estrellados. Allá en mi casa dice Alonsa que no beba leche, que es de los niños; allá en mi casa mi grabadora ya no toca y no puedo dormir cuando viene mi papá.

Allá en mi casa como frita la carne, chuletas, pollo, tamal, chicharrón y puchero; aquí en cambio hay caldo y no lo bebo.

Allá en mi casa bebo y como pozol, avena y coco, también voy al arroyo, me caigo y me lastimo el pie pero no le hace.

Allá en mi casa si mi papá me encuentra afuera me regaña y Alonsa me dice: cabrón.

¡Cómo me gusta mi casa!

BREVES

INCESTO

El viernes 19 de noviembre del 2004 fui a la sesión clínica y me pareció que se hablaba de un pedazo de carne, o tal vez de una muñeca de trapo a la que se la había puesto nombre: María. María pertenece a una familia de hemofílicos, enfermedad de reyes, pero se ha quedado muda y sobrevive en este estado silencioso donde sólo escucha la voz de su padre. María es la voz muda de su padre que es también el padre de sus hijos. El grito traspasa los cuerpos. El padre ha hermanado a la madre con la hija que enloquece a la sombra de esa voz.

LA POESÍA

El viernes en el hospital psiquiátrico platicué con Flor de Lys sobre la poesía.

—¿Qué es eso?, —me preguntó.

—Lo que usted habla —le respondí.

Hacía unos momentos, ella me había hablado de su temor a perder la vista y me había vuelto a decir que su hermana muerta, la única que la quiso, la que la hacía existir y cuya desaparición precedió a su locura, era muy parecida a una enfermera llamada Susana: a mi hermana Elizabeth, la extraño, me dan ganas de llorar cuando veo reír a Susana que se parece tanto a ella; lloro mirándola, no puedo apartarme del emocionante dolor que me causa verla. Quiero que mis ojos, que por cierto estoy perdiendo, permanezcan con Susana-Elizabeth, mi hermana, ahora de blanco.

—¿Por qué es usted tan inteligente? —me dijo Flor, y nos fuimos a caminar. Pienso que quiero salvar a Flor, ¿de qué?, tal vez está muerta con su hermana y es un fantasma que nos golpea para decirnos que somos culpables, que somos responsables de su no-existencia.

JUVENTUD CONGELADA

Si existe una dulzura en la locura, ésta se llama Iliana.

¡Es tan joven! Sus ojos tienen luz, la melancolía atraviesa su cuerpo como un viento que lo envuelve y lo acaricia.

Cuando sonrío enfrenta al mundo, puesto que vive allí donde se asustarían los fantasmas.

Iliana toma mi mano para saberse viva. Es pequeña, está descalza. Le han cortado el pelo. Por su tez morena de finas facciones asoma la niña gemela que llora en la esquina del mundo. Privada de Alfonso, vive con su voz y por ahí le penetra la ternura. Desprendida de su hermana se aferra a su verdugo que se llama madre, que se llama Haldol, que se llama electroshock, que se llama casa, en la sala circular donde su vida da vueltas.

SOLUCIÓN

Nidia es una mujer clara (aquí en Tabasco les dicen “chelos” a los güeros), con rasgos mayas muy marcados. Va y viene al hospital desde los nueve años, tiene ahora treinta y dos. Hace seis se embarazó y sus padres le quitaron al hijo. Nidia dice que su familia le dio la espalda pero a su hijo no, y así, la vida pasa a sus espaldas.

Afectada por los neurolépticos, me platica que se quiere casar con un hombre que la llevará a Chiapas y ya sabe que no puede tener hijos; ella se lo ha dicho, porque le hicieron la salpingo después de que nació David, su hijo, como el que luchó con el gigante, agrega orgullosa. Al hombre que se la quiere llevar no le importa y sólo puso como condición que se internara unos días en el hospital psiquiátrico porque quiere que esté bien para cuidar a su madre. Él se irá a Estados Unidos como sus hermanos. Nidia hizo lo que él quería, aunque piensa que no está enferma, sólo triste, por lo que tuvo que engañar al psiquiatra para que la ingresara y a manera de conclusión, me dice: puedo lavar los baños y los pisos, hacer de comer y trabajar duro, total ¡no tengo nada qué perder!

PATY Y LAS ENFERMERAS

Paty me dijo que una enfermera le había quitado sus zapatos, ¿por qué?, le dije yo, porque está loca, contestó. Con Paty, que sí está muy loca, nunca he podido hablar, pero nos conocemos bien, nos reconocemos y nos sonreímos. A ella le gusta el café soluble y siempre que puedo le llevo una bolsita. También me gusta regalarle aretes porque se los pone y parece sentirse feliz con eso, así que nuestra relación es de imagen, nos faltan palabras y ahora no sabía qué decirle. Le sugerí que le pidiera sus chanclas a la enfermera porque llovía y hacía frío, le dije también que yo no podía hacer nada más que desear que estuviera bien.

Una media hora después oí gritos que salían de los baños. En la sala siempre se oyen gritos, a veces alaridos o pleitos de pacientes, pero esta vez era diferente. Paty se quejaba y vi salir de ahí a tres enfermeras, una de ellas vociferaba quejándose con las otras dos compañeras: ¡esa cabrona de Patricia se metió y agarró las chanclas a fuerza! Luego se las dio a otra paciente.

Supuse que sí, que en realidad las chanclas eran de la otra paciente, pero sentí mucha pena por Patricia, por no saber de su locura, por sus pies descalzos, por su invalidez. Por su soledad allá atrás de los baños cuando reñía con la enfermera que por supuesto tenía la razón. Paty salió después con la cola entre las patas, y sus pequeños ojos, ahora perdidos en la sala, trataban de localizar otras chanclas.

14 de septiembre de 2009

TRANSMISIÓN

Un día me dijo un hombre que asiste al hospital de día.

Un paciente que se llama como mi padre quería ver el papel que yo escribí, pero como era personal yo le dije que no se lo enseñaría y que si no se iba rompería el papel y me lo comería; como no se fue, lo hice, me lo comí.

Después el hombre me cuenta lo que decía el papel.

Le agradezco que haya confiado en mí y le digo que comprendo que el escrito era para él y para las personas con las que quisiera compartirlo, nada más, que no era para publicar, pero él me corrige agregando para mi sorpresa, y si lo publico es con ciertas reglas. ¡Esa es la clave de la transmisión!, pensé yo, porque hay una gran diferencia entre comerse sus palabras y hacerlas pasar al público, lo que sólo se puede lograr siguiendo ciertas reglas.

¿QUIÉN VIVE?

Don José del Carmen temblaba el viernes pasado y caminaba con dificultad, robotizado, preso de los neurolépticos. Don Leandro, que asegura que todos estamos muertos, me dice: ¡mire!, señalando a don José que estaba perdido, a punto de caer. La impotencia se apoderó de mí y para colmo olvidé su nombre. Nada lo detiene, se tambalea entre los otros; advierto que se llama Carmen como yo y sonrío cuando me lo repite. Es la tercera vez que le pregunto su nombre, pero al hacerlo recordé que es contador, que tuvo un empleo, que formaba parte de una familia. Que alguna vez estuvo vivo.

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR

Un paciente del hospital psiquiátrico me hablaba de sus tribulaciones que empezaron por la maldición proferida por una mujer, cuando él no quiso casarse con ella. La mujer le dio a comer algo, que le trajo la mala suerte y a partir de ese engaño se siente poseído por un demonio. Esto fue hace muchos años, en los que ha ingresado varias veces al hospital, donde su madre lo trae ayudada por la policía porque se enfurece, se desnuda y no entiende razón alguna. Después de un tiempo de estar internado se calma y puede regresar a su parcela donde trabaja solo, no le alcanza para pagar a un peón porque todo lo que gana lo emplea en comprar la medicina.

Me dice: sé que tengo esquizofrenia, está bien, lo dicen los doctores, ellos saben y yo les creo, sé que tengo que tomar la medicina que me recetan aunque es cara, y lo hago, pero

ahora, dígame usted, ¿cómo le hago para quitarme el demonio que traigo adentro?, tengo que quitarme ese maleficio que me hizo la vende pejelagarto. Los brujos ya me han sacado mucho dinero y yo creo que no han podido porque ese es un asunto de amor.

CONFUSIÓN

Apenas entro al pasillo alguien me grita: doctora, doctora. Le digo que ahí voy pero me regreso a hablar un momento con el doctor que ahora se encarga de la Sala de Mujeres y le pregunto si tiene interés en que yo hable con alguna paciente en especial o si le gustaría comentar algo conmigo sobre alguien. Inmediatamente me dice que sí, que Alicia es una mujer que entró hace muy poco por intento de suicidio, que tomó una gran cantidad de pastillas, pero que ella no refiere ese acontecimiento.

Alicia pide su alta voluntaria, y los familiares que la internaron no se quieren responsabilizar de esta decisión.

Me acerco a la reja para explicarle a la señora que me llama que tardaré un ratito en entrar a la sala, pero ella me entretiene, insistiendo en que me conoce y me dice: usted me sacó una vez de aquí ¿ya no se acuerda de mí?

Le digo que no y me apena, pues pienso que tal vez un día la saqué de la sala para hablar como lo he hecho con tantas pacientes y la he olvidado.

—Sí, usted me llevó allí, por la fuente Maya.

—Ah no, ahora estoy segura que me confunde porque no pude haberla acompañado hasta allá.

—Ah, ¿sabe con quién la estaba confundiendo?, con la esposa del difunto Colosio...

Y entonces nos reímos mucho.

INVADIDA

Es una chica muy joven. Su piel es tersa y sus ojos vivos, me miran con una especie de candidez que la hace extraña al hospital. Ciertamente no debe de estar aquí —pienso—, pero poco a

poco aparece la historia que le da su pase de ingreso a este no-lugar que intenta curarla de algo que no se puede precisar.

Me habla de su madre como alguien que se mete en su vida, en su cama, en todas las cosas que ella piensa o pudiera tener. ¿Haré lo que quiere mi mamá?, se pregunta.

MATERNIDAD IMPOSIBLE

Pensando en las pacientes que viven su desgracia como venida de su madre, advierto que la mujer loca se alía completamente con la madre. Sabiendo que ese es el lugar del que está excluida, se alía con el enemigo.

ACUSADA

Doña Irma es una mujer apacible que tiene alrededor de setenta años y un día me grita angustiada desde la reja del Pabellón de Mujeres: ¡doctora, doctora!, me trajeron aquí acusada de esquizofrenia paranoide, ¿lo va usted a creer? ¡pero si a todas luces lo que tengo es insomnio!

SER NORMAL

Te voy a confesar algo, Carmen. Yo no quiero ser normal, a mí me gusta ser así, ser como soy, sufro mucho, renuncié a casarme, a tener hijos, no veo la realidad, veo puros seres encimados y aún así no quiero ser normal. Es que yo veo a los normales hablar de puras tonterías, mi vecina habla de puros chismes, lee revistas bobas, y está preocupada de cómo se ve, o de comprar esta cosa o la otra. Yo no quiero levantarme a trabajar y estar todo el tiempo en una oficina o en una tienda, bañarme, comer y volver a hacer lo mismo y lo mismo sin pensar; nunca te lo había dicho Carmen pero no quiero ser normal.

VISITA CONYUGAL

¿Por qué no tenemos visita conyugal aquí en el hospital?, si ya de por sí estamos muertos. Los que estamos aquí, apartados,

encerrados, pero ¿sabe?, los que somos así raros queremos estar vivos, queremos sentirnos, ¿por qué no hacen unos cuartitos aquí, así para poder tocarnos?, a mí me gustaría tener una casa, una familia, ser como los otros, ¿verdad que tomando tantas pastillas no se puede tener hijos?, yo quiero dejar de tomar pastillas ¿verdad que no son para toda la vida?

DON ANTONIO

Conocí a don Antonio el viernes. Me conmueve su rostro, la expresión de su cara, la dureza de su piel; me conmueve su uniforme pijama con esa especie de chamarra amarilla de tono chillón intolerable que detenta un brillo contrastante con la tristeza que lo envuelve; me conmueve su condición de inmigrante lejos de su país y preso de su locura; me conmueve su pobreza, pero me conmovió más esa mañana su frase: hoy estoy cumpliendo años.

LO HUMANO

Hoy en el hospital me dijo una enfermera: los pacientes, aunque sean enfermos mentales, son seres humanos. Introducía esta consideración en su argumento para poner climas en las salas del hospital, y agregó, además con el calor se ponen peor.

No me siento humana, me dijo una paciente, no puedo llorar, hace un año que no puedo llorar, no puedo tampoco disfrutar de nada, no me siento un ser humano.

Alicia, excluida de las leyes humanas, inimputable, se ha vuelto una extraña para los otros. Nada la conmueve, sólo observa, tal vez para encontrar una coyuntura por donde entrar a ese mundo que se rige por leyes que por prescripción le son ajenas.

“Mi reino no es de este mundo”, dijo Jesús, también llamado Emmanuel, como su hijo, al que ella ha enviado anticipadamente a los cielos. Alicia no tiene reino. Está excluida por decisión de los jueces, no es humana. Es un fantasma, es Eva abandonada a la buena de Dios.

LIBERTAD

Recientemente un paciente me dice que escapó del hospital porque quería ser libre. Así se dio cuenta de lo diferente que es vivir adentro, donde es constantemente vigilado, y afuera, donde nadie le hace caso.

Tanto dentro como fuera, sufre los efectos de la posesión diabólica que le impide tener una mujer, y de la voz de Cristo que le anuncia el fin del mundo. Cristo tiene un vínculo con la autoridad y se encarga de castigarlo para frenar al demonio. Por lo tanto no puede escapar al reconocimiento de la policía que lo lleva nuevamente al hospital. Ya ahí descubre, que siguiendo las reglas internas, puede disfrutar de ciertos privilegios y aún predicar, con toda libertad.

HOY HABLÉ CON CANDELARIO

Cando, le dicen. Siempre había huido de él. Su piel está curtida por el sol y por los años, es enjuto, alto, feo. Su dicción es casi inentendible. Se sentó en la banca donde hacía mis notas y me dijo que los electroshocks le habían causado mucho bien, gracias a ellos tenía recuerdos y me llamó mucho la atención su percepción, ya que acababa de hablar con una paciente, Juana Claudia, que me recordaba con dificultad a causa de los electroshocks. Los psiquiatras pretender borrar las ideas con ellos y Candelario recordaba...

Candelario recordaba que su padre había sido ganadero, era rico y no vivía con su madre. Recordaba que cuando era bebé había visto el culo de la madre. Que se había asustado mucho el día que encontró a su mamá tirada en el suelo con vómito en la nariz y una botella tirada junto a ella porque se había emborrachado con un hombre. Recordaba que corrió y corrió atravesando el monte hasta encontrar a su padre en un restaurante donde había muchas mujeres, recordaba que él amartilló su pistola y salió con su hijo a buscar al hombre después de acostar a su madre en la cama. Recordó que nunca lo encontraron y que años después él no podía comer ni hablar ni dormir, recordó que su padre lo tuvo un tiempo en

el rancho, recordó que trabajó en Pemex porque recuerda su número de ficha. Recordó la escena de él mismo, mirando un baile desde afuera porque no lo dejaban entrar pues era sucio. Recordó que nunca tuvo relaciones sexuales y que se masturbaba, recordó también que lo llevaron a México y allí le dieron dos electroshocks, los primeros; que luego lo trajeron al psiquiátrico y que aquí le dieron otros veinte o más y gracias a eso (dice Candelario) puede recordar su infancia que ahora me relata, gracias a eso me dice que ahora puede hacer cuentas y sería capaz de vender dulces si yo pongo el capital para una caja de mercancía, pues así podría comprarse los cigarros que tanto le gustan, pero que eso sí, no se acuerda de cuándo aprendió a fumar.

¡CUIDADO CON ESCRIBIR!

Cuando saqué la pluma para anotar, ¡cuidado con escribir!, me dijo una paciente. Que para qué lo hacía, que era muy peligroso hablar así porque sí, al ver mis escritos la gente podría saber que vive sola en su departamento e ir a robarle todas sus cosas.

Le dije que yo escribía para recordar pero que no lo haría si le incomodaba. Ella llegó al hospital porque unos policías la llevaron después de que olvidó todo y no supo dónde estaba. Recuerda que cuando venía en el camión hacia Campeche a visitar un amigo.

Cuando yo me enfermo no sé lo que me pasa, esas ausencias pueden durar días. La primera vez estaba en mi departamento en Veracruz y ya no he vuelto. Sus papás fueron por ella cuando se encontraba en el hospital psiquiátrico de Oaxaca. Cada vez que esto sucede pierde todas las cosas, el dinero, la mercancía, el equipaje, los zapatos, todo. ¿Será que alguien me haya hecho algún mal?, ¿será que alguien ya supo mi dirección?

EVELIO

Era lunes y caminaba hacia la banca que ocupó habitualmente, cuando un paciente al que he saludado muchas veces,

pero con quien nunca había cruzado palabra, se dirigió a mí diciéndome:

—Oiga, ¿ya?

—¿Ya qué?, —contesto.

—Ya la mató.

—¿A quién?

—A mi mamá, ya no tengo, la hizo cachitos.

—¿Quién?

—Ella, ella mató.

—¿A quién?

—A mi mamá, yo ya para qué quiero vivir.

—No entiendo, ¿quién mató a su mamá?

—Ella, ella, ella.

—¿Y ella está muerta?, ella mató y ella está muerta, ¿es la misma?

—Sí, la hizo pedacitos. Ya no va a volver a vivir, ¿verdad?

Pensé en un aborto de la madre, en un asesinato, en machetazos, en pedacitos, pensé en la locura de esta persona de la cual no sabía el nombre y entonces se lo pregunté y me contestó para mi sorpresa: Evelio Cacho. ¡No podría haber sido otro!

FIDELIDAD

A Bianca, su hermana la tenía encadenada, quería que detuviera su búsqueda de hombres, que empezó después que el padre murió. Bianca trabajó en una cantina, pero esto no la llenaba. Cuenta que antes de morir su padre le pidió perdón, no sabe de qué, porque nunca le hizo nada él. Cuando su madre abandonó a las hijas, el papá las cuidó y lo único malo fue que tuvo otra mujer, que se quería quedar con él.

Bianca es madre de una niña de dos años, la tuvo con un viejo, que dicen que era su abuelo y le pegaba, después se consiguió un casado, porque su padre, le decía que los hombres casados sabían más buenos. Lo que la pone triste y la hace entrar al hospital, es que ni su hermana ni los doctores entienden que sólo se desnuda y busca hombres para encontrar a su padre, para seguir siendo del que nunca la dejó.

SOLIDARIDAD

Hace unos días un jovencito daba vueltas en el salón de rehabilitación del hospital. Este adolescente, casi niño, tenía la mirada desorbitada y con desconfianza me empezó a hablar de los demonios y de su deseo de ser ligero en la escuela, de volar como un globo entre los pupitres para poder seguir allí, aunque sea de esa manera loca: permanecer en el lugar del que fue lanzado a la reclusión, a la soledad. ¡Tiene tan sólo dieciocho años! Adivino el miedo en su carita de niño. ¿Por qué no está con los demás?, me dice que lo embrujó una tía, que ha visto a los malos, a los disfrazados, a los que se han salido del cuento de Dragon Bol Z y lo habitan. Me dice que antes era feliz pero que ahora sabe que el mal es verde y lo persigue.

Los neurolépticos también ocupan su cuerpo. La ciencia ha respondido a su desasosiego con tranquilizantes mayores. Nuestro joven vuela ahora gracias a la ciencia. Está en las nubes, habla de sus padres y de sus hermanos a la distancia. Es otro.

El sufrimiento de ese chico se hace mío, me arranca un pedazo de alma, revive mis fantasmas y a mí también me da miedo. No es con la fuerza que tengo que responderle sino con mi impotencia, con mi perplejidad solidaria.

LA COMIDA

El miércoles saludé a Chepina, la vi en el comedor, tenía cara de satisfacción. Su cuerpo voluminoso da cuenta de que ése es el lugar de su placer; cuando me reconoció se chupó los dedos, me dio la mano y me besó. ¡Me incluyó en su menú!

LO COMÚN

Hay un loco que siempre me pregunta por mi carro y yo le platico ampliamente de él. Tenemos ese interés, no sabemos ni siquiera nuestros nombres, pero cuando nos encontramos retomamos ese hilo de la conversación que nos identifica y nos da un lugar común.

LOCURA FAMILIAR

Mi papá está loco porque tuvo un hijo con la hermana de mi mamá, que mi mamá maltrataba porque le recordaba eso. ¡Pobre de mi hermano, pagó el pecado de mi papá y su hermana; y nunca vivió con sus papás!, mi papá está loco, porque mató a su suegro en una borrachera, le dieron muchos golpes en la cabeza, allí donde lo tenían encerrado y luego, cuando lo sacaron se salía a caminar sin rumbo, se echaba a andar. ¿Por qué sería que a Hugo el esposo de mi hermana le pasaba lo mismo?, mi mamá también está loca. Ya la han tenido aquí en el hospital; mi hermana y yo siempre le teníamos miedo porque decía que nos iba a matar.

Mi papá está loco porque ha querido seducirme, y por eso yo ya no quiero vivir allí. Tengo un cuarto sola pero también me da miedo dormir sola. Mis hermanos dijeron que estaba loca y vinieron a tirarme aquí al hospital, pero yo quiero vivir con mi hermana Norma, que no está loca y además me quiere.

DEL POZO AL GOZO

Sí, sí, me acuerdo de usted, usted casi no me pudo ayudar, me dijo una mujer de unos treinta y cinco años que se dirigió a mí en el patio y efectivamente nos conocíamos: hace unos seis meses en el Pabellón de Mujeres habíamos hablado desde la perplejidad en que ella se consideraba víctima de una acusación. Le decían que había tirado un niño a un pozo. ¿Por qué habría de hacerlo?, se preguntaba la paciente, y a su vez ella acusaba a la vecina de quererla embrujar con algo que dejó en la puerta de la casa, porque esa vecina sonsacó a su marido y se quería deshacer de ella.

Poco tiempo después de esa plática, salió del hospital y ahora al parecer reingresaba, y aún con el escepticismo que manifiesta de entrada, me dice algunas cosas: lo que pasa es que vine aquí por los nervios, pero yo no estoy loca, ahora sí me separé de mi marido, mejor que se vaya ¿verdad?, es que él es violento, me trata mal y tiene otra, ahora sí está comproba-

do. ¿Sabe?, mi marido cree en eso de la brujería, yo no. Siempre me llevaba a que me curara, el brujo que me desnudaba, me bañaba con un agua y decía que con eso iba yo a sanar, yo no le creí. Y en cambio fui con una señora para saber lo que iba a pasar y me dijo que no me podía decir, porque si no yo la iba a agarrar contra el que me había hecho el mal. Entonces le pedí que me echara las cartas y me dijera si él me engañaba y me dijo que sí, así que todo se aclaró.

Le recuerdo que en nuestro encuentro anterior me habló del niño en el pozo, y me dice: ¡Ah sí!, yo no sé por qué hice eso, ya hablé con mi hermano (el papá del niño) y aclaramos todo, sí, yo no tenía nada contra él. ¿Será que mi niña decía que su primo la molestaba?, porque ese día yo fui a la escuela a decir que tenía permiso de sacarlo y luego lo eché al pozo.

Mi esposo tenía una mujer a la que embarazó y le dió una inyección para que se sacara al niño; a mí también quiso darme una, yo le hice caso, tomé lo que me dijo y mi niña la más chiquita (la que tenía miedo de que su papá se fuera) tiene un dedo mal, es como una chibolita, salió así porque él quería que me sacara al niño... y eso no se hace.

—Es como tirar un niño a un pozo —le dije yo, —¿verdad?, y dice: sí, es como tirar un niño a un pozo.

Ella regresó unos años después al hospital, en junio de 2006. Me reconoce y me advierte que no quiere hablar, la han separado de sus hijos, porque está enferma, no quiere recordar, no quiere saber más. Parece un robot, es como si no existiera.

¡ROBERTO, ROBERTO!

Roberto tiene entre los dedos de la mano tres colillas y una sonrisa en su cara, ¿de veinte años? Pienso en la palabra de Rafael Palomo, el paciente, que en la reja de la sala de Agudos grita: “¡escoria!”.

Roberto repite su nombre hasta que uno lo nombra. Roberto quiere ser nombrado y cuando uno repite su nombre se va, pero inmediatamente regresa para oír de nuevo su nombre, le dura poco esta creencia de ser. Hay en él un nombre

que no lo inscribe en ningún linaje, un nombre que no cesa, de no escribirse.

NO ME HAN VENIDO A VISITAR

Mariana me cuenta que el marido la encadenaba de un pie para que no saliera de la casa, no obstante ella está enamorada de él. Tenía razón en encadenarme, porque yo me echaba a andar, pero no tenía razón de traerme aquí, porque me dijo mentiras, me dijo que venía al doctor, que me iban a hacer unos estudios, y llegaron los de la ambulancia y me inyectaron, así que no sé por qué estoy aquí. Yo creo que se quiso deshacer de mí, porque ya tiene a esa Jacqueline que es amiga de su hermana, ella se fue a vivir ahí con nosotros, mi cuñada, mi cuñado y su niña. Yo notaba que ellos se veían y se entendían. José quiso sacarme de la casa y lo que más me duele, es que Jacqueline está con mis hijos y con mis cosas, en mi casa, en mi cama, esa a la que él me encadenaba. ¿Sabe qué?, yo tengo mucho miedo de que me vaya a quedar aquí para siempre, porque ¡nadie ha venido a visitarme!

Ya estoy dada de alta, pero dicen que él tiene que venir ¿y si no viene nunca?, yo quiero ver a mis niños, extraño a mis hijos, a él y hasta a las cadenas, aunque ya no me quiera, aunque diga que estoy loca porque no lo estoy. José es albañil y lo conocí en mi casa ¡ésta no es mi casa!

DESACUERDO FAMILIAR

Mi tía se llamaba Guadalupe y es finada, ella se suicidó porque le diagnosticaron cáncer en el cerebro, tenía un tumor, y cuando supo que se iba a quedar ciega y paralítica pues mejor se quitó la vida; eso me sacó de onda y fue el golpe final. Antes de fallecer ella me dijo jugando en el parque que yo era su hijo, se lo dije a mi mamá y ella me puso a decidir: ¿entonces quién es tu mamá, ella o yo?, ¿cómo voy a decidirlo yo? es que no tiene hijos, le dije a mi mamá, y como sea me crió...

—No tuvo hijos porque no quiso —contestó furiosa mi mamá.

Luego mi abuelo me quito los veinte mil pesos que mi tía me dejó, a pesar de que fui su único heredero. Mi abuelo es malo y mi mamá más, yo los odio, y por eso le dije a mi padre que me volviera a internar y que me sacara cuando tuviera un cuarto y una casa para mí solo, porque ¿sabe qué? quiero ser independiente.

DOÑA PAULA

Yo sé que no me han llevado al hospital para sacarme al hijo, así que aquí lo tengo. Hace mucho me embaracé de un abusivo, pero el niño nació, lo pusieron en una canasta, llegó mi padre y se lo llevó. Luego tuve a otro, y mi madre se enojó, me dijo ¡tú no aprendes!, es siempre lo mismo, el hombre se fue y mi hijo se murió de tétanos.

El que tenía mi padre también se murió. Mi madre me amenazó: si te vuelves a embarazar te lo vamos a sacar, por eso éste lo traigo en la panza, ¡es mi hijo, es mío!

El martes doña Paula, al pasar con la fila de pacientes que van al comedor, me dijo emocionada: ¡estoy embarazada!, y yo le contesté: ¡felicidades! No, pero si ya no quiero tener más hijos, bueno, doña Paula, pero ya está embarazada, así que téngalo, ahora sí lo tiene que cuidar. ¿Sí, verdad?, le voy a decir a la enfermera que me lleve al Rovirosa¹.

Doña Paula tiene más de sesenta años, es muy morena, y su cara poblada de arrugas, expresa una apacible dulzura. Doña Paula llora por sus hijos perdidos. Doña Paula es una loca, una madre sin hijos.

¿DÓNDE ESTÁN?

Rosa es una mujer terriblemente gorda, que apenas puede caminar. Empezamos a platicar en el jardín y me dice que dos semanas antes de la inundación de 2007 se fue al D. F. porque su mamá la corrió y cuando regresó no encontró nada, todo se perdió, pero creo que mi crisis empezó desde el

¹ Que es un hospital general.

día que nació, me dice Rosa, mi mamá sufrió un gran golpe en la cabeza, en la pancita, pues. Yo quería hablar con usted, porque a veces me siento muy desesperada, me quiero ir de aquí, pero es por mi bien que estoy aquí, porque a mí me dan ataques. Cuando tenía ocho años, era de la escolta en la escuela y me decían te sacaste la lotería, ¿pero cuál? es que yo nomás hago lo que me dicen mis seres queridos. Cuando era chiquita, era tremenda, bien traviesa. Soy hija única, mis papás no sé dónde estén, mis papás se dejaron antes de que yo naciera. Mi mamá se fue a trabajar a Mexicali y yo me quedé con mi abuelita nomás. Después mi mamá y mi padrastro quisieron venir a vivir acá a Tabasco y yo ya tenía doce años cuando mi mamá fue por mí sin preguntarme; yo sufría mucho con ellos porque extrañaba a mi abuelita. Mi abuelita murió el 13 de febrero de 1997, va a cumplir en febrero once años de muerte y son los que tiene mi niña porque tengo una niña. Mi padrastro me violaba casi a diario, y me pegaba mucho y mi madre no hacía nada. La tuve a los doce, ahora tengo veintitrés, se llama Xochipitzihuitl, que quiere decir Diosa del agua.

¡Cómo son las cosas!, ahora fue el agua la que se llevó todo y yo no sé dónde está nadie.

FUERA DE LUGAR

Tenía los ojos claros y una mirada intensa, a Carlos le asusta su locura, a mí su juventud. Lo confundí, lo olvidé, lo puse en la lista de los hombres con los que había hablado. Fue durante los días en que estuvo metido en el uniforme de cuadritos cuando advertí que lo había perdido y me avergoncé de no haberlo acompañado en su soledad, que se convirtió en las voces.

Las empezó a escuchar mucho después de habernos encontrado y fueron ellas quienes se encargaron de escribir claramente el texto de exclusión que era su única propiedad.

SOLUCIÓN

Oiga señora, ¡yo quiero hablar con usted!, mi esposo me vino a dejar aquí, porque tiene una querida ¡y es mi vecina!

Imagínese, era mi amiga y un día me dijo: si me caso quiero uno como tu marido, porque ella vio que él me ayudaba a lavar los trastes y todo.

Lo bueno es que tenemos un niño de doce años, y ya me dijo que iba a comprar una pistola para matarlo.

PASTORA

Yo soy pastora, él me conoció pastoreando aunque también soy enfermera titulada. Mi esposo a veces tiene contrato y a veces no. Apenas estrené mi casa y ahora ya me la quiere quitar. Me fue a dejar con mi ropa a casa de mi mamá, no hay derecho, señora. Ahora sí me voy a escapar de él, ahora sí se le voy a cumplir. Si yo lo que hacía era tenerle su ropa limpia, la comida a tiempo, todo arregladito, pero mire cómo me paga.

Es cierto que tengo un carácter fuerte pero decir que estoy loca y traerme aquí engañada... no.

Dios mandó el libre albedrío, él siempre ha sido muy celoso y yo también, la verdad desconfío. Él me acusaba de cómo me miraban los fieles cuando predicaba, me acusaba de provocar, me acusaba de no poder tener un hijo, pero luego lo pudimos tener y él me quiere y yo lo quiero, pero claro que me intenté matar porque así yo ya no quiero vivir.

ESTOY AQUÍ A CAUSA DE EFRAÍN

¿Usted se llama Estrella? No, soy Lupita, vivo en un rancho con mi abuela que tiene ciento cuatro años y con mi mamá, estoy aquí a causa de Efraín. Mis hermanos no me quieren, somos siete de diferente papá. Yo a él no lo conozco, bueno, una vez lo vi, soy su hija consentida, yo lo siento, él me cuida, igual que mi hermano que ya murió, el que sí me quería, los otros no, ya le dije. A mi papá y a mi hermano los oigo, me dicen lo que haga y lo que no; yo no estoy sola porque ellos me acompañan.

Pues como le iba contando Efraín me agarró por detrás, fue un niño el que le avisó que yo estaba en la hamaca y me

hizo dos hijos, uno me lo quitó, el primero se salió cuando estaba en mi vientre, el otro sí nació, pero como le dije, no vive conmigo.

Yo de niña iba a la escuela (Lupita tiene cuarenta y dos años) y tenía muchos amigos, ellas me invitaban allá adonde va Efraín, a esa casa que le dicen burdel, pero yo no quise ir, yo no soy como ellas. Las muchachas que están ahí son mis amigas y de ahí lo voy a sacar, ellas me quieren más que él. Yo ya no quiero a Efraín que es mi marido, aunque se casó con otra. Mi hermana me trajo aquí al psiquiátrico, me dijo: a ver cómo te sientan unos días en el hospital, pero yo creo que ya me van queriendo dejar fuera porque dicen que yo soy la culpable de los males del mundo ¿usted cree?

Mi cuñada mató a mi hermano pero anda diciendo que yo hago mal. Mi cuñada ya me dijo la verdad, trabaja en el burdel adonde va Efraín, a veces me siento muy sola pero lo que yo sé es que mis sobrinas me quieren, ellas sí me quieren.

SEGUIR PERDIENDO

Un día casi al salir, encontré a Enrique Pérez, un paciente que purgó su condena del Centro de Readaptación Social del Estado de Tabasco en el psiquiátrico. Es un muchacho apuesto de unos veintiocho años. En el hospital conoció a Paola y se casó con ella, ahora la vino a internar porque perdió un niño y se puso mala. Es el segundo que pierden. No sé por qué le digo que es una gran cosa que se tengan uno al otro, y lo invito a que la traiga a hablar conmigo con la esperanza de que ya no pierdan más, de que ya no sigan perdiendo.

LA PEQUEÑA SOCIEDAD

Una paciente me dice: ¿usted cree que pueda casarme y tener hijos? Ella volvió al hospital cuando su hermana huyó con su novio y su mamá entró a la recámara encerrándose con su pareja. Cuando advirtió que estaba sola en la hamaca, no pudo soportarlo, se puso a dar de gritos y la madre la llevó al hospi-

tal diciendo que ya no la aguantaba. En Rehabilitación, se siente muy mal y empieza también a gritar reviviendo la escena que la llevó al hospital, pero aquí su voz es escuchada. Un paciente, al que le dicen “El payasito”, con el que ha estado hablando, le dice que la va a hacer reír y hace un número para ella, cuenta chistes y organiza el juego de las sillas silbando y cantando, ahora todo depende de él, y hace que gane, ella se da cuenta y sonrío, después él le pide que vayan a la biblioteca. De pronto en esa pequeña sociedad la joven encuentra la respuesta a su pregunta.

¿VERDAD QUE NO TENDRÉ QUE VIVIR AQUÍ
PARA SIEMPRE?

Mire, tengo dos hijos, pero Juliana no me quiere, y yo tampoco la quiero a ella, Dimitri sí me quiere, un día me dio un beso, me dijo que está con su papá porque tiene que estudiar, pero cuando crezca se va a ir conmigo. ¿Verdad que no tengo que vivir para siempre en el hospital psiquiátrico?, ¿pero será que no quiera?, a mí me gusta estar aquí, ¿verdad que casi no tiemblo? Mire, y me enseña su mano temblorosa con un dedo amputado. Ella me dice que con los electroshocks le duele la cabeza, no sabe para qué sirven, pero no le gustan y le dan miedo. El temblor parece diluirse en los movimientos circulares que Socorro hace alrededor de mí.

Los médicos le provocaron el temblor y ahora no pueden quitárselo, ni por más Akineton que le den. Su cuerpo no le pertenece, la han querido curar y la han hecho ajena, la han exiliado del mundo.

Se casó con quien no quería, le quitaron a sus hijos, los padres la han abandonado, la han traicionado, no tiene casa, no tiene cuerpo, tiene sólo un temblor generalizado. Sus ojos están tomados por la droga, deambula, intenta recargarse en mí. ¿Verdad que cuando mi madre muera y que no haya nadie que me cuide no me van a traer aquí para siempre? ¡Mire!, ya casi no tiemblo.

CANSADA

Una paciente, en el pasillo, me dijo: aquí estuvo mi mamá porque estaba enferma de sus facultades mentales. Yo vine porque tenía ganas de matarme.

—¿Por qué quería matarse?

—Ah, eso me ha pasado muchas veces, dicen que me salía, que me iba con los vecinos y ellos me traían al hospital, y luego cuando me curaban regresaba a los quehaceres de la casa ... ¡pero yo quería estudiar!

Antonia se ve cansada de intentar vivir a través de intentar matarse; cansada de no haber podido habitar su juventud escolar; cansada de no haber podido elegir sus tiempos.

—¿Por qué quería estudiar? le pregunto.

—Ah no, ahora lo que quiero es casarme y tener hijos, eso es lo primero y lo demás después.

Antonia tiene tres hijas, de dieciocho, dieciséis y catorce años.

Ellas son las que la llevan al hospital cada vez que intenta matarse.

MADRE ATORMENTADA

Me encuentro con María Reyes un día de julio, pero María Reyes no quiere hablar conmigo. Le pesan los hijos, los carga en la cara prematuramente arrugada, en su cuerpo flácido, en las coyunturas de sus huesos, en su piel. ¿Para qué hablar conmigo?, usted me cae en gracia, me dice, siempre ha sido amable conmigo. Pero tengo sed y tengo hambre (están repartiendo sándwiches y la acompaño por uno). De pronto siento que esa mujer ya no existe, está devastada, sólo puede decir como “La llorona”, *¿dónde están mis hijos?* Antes iba al hospital cada vez que iba a tener uno, pero ahora el dolor del último, Bartolo, la agobia.

Seguramente Bartolo tiene hambre y no está su mamá, me dice, cuando me vine lloró. Mi madre me quitó a Rocío mientras yo estaba aquí, la regaló y luego adoptó a una niña. ¿Por qué hace eso mi madre?

El rictus de María Reyes delata la ausencia de sus siete hijos. Soy una madre que tiene hambre, que tiene sed, me dice, y usted, doctora, me cae en gracia.

EL BAILE

En el gran salón de Rehabilitación había fiesta. Saúl me vio antes que yo a él, son tan grandes sus ojos y es tan largo su cuerpo que se sale del cuadro de la mirada, es un exceso. Habíamos quedado de hablar pero en ese momento la música lo envolvía todo. De pronto lo vi saltar al lugar vacío que creaba Iliana al bailar sola, los dos son expertos y se acompañan perfectamente en la danza.

El salón se movía a ritmo de salsa y lo hacían tan bien que me recordó al Nacional de Cuba, fue entonces cuando dejé de sentirme encerrada, y me contagié de la libertad de gozar con la gente que al bailar inscribe su cuerpo en el ritmo de la vida.

MANUELA LA LOCA

Manuela me reconoció enseguida y yo no pude dejar de ver sus ojos afectados por las drogas. ¡Manuela está pasadísimma! Son los efectos de la medicina ¿la medicina?, yo diría que son los efectos del pánico hospitalario. ¿Qué peligro encierra Manuela que hay que sacarle de la jugada de esa manera tan *cool*?

—¡No he hecho nada, no he hecho nada! Yo no estoy loca, ¿por qué no me dejan ir a mi casa, señora?

—No sé, no sé.

—¿Verdad que no estoy loca?

—No, o más bien sí, usted está loca. Tan loca como yo y como las otras, cada quien tiene su propia locura.

—Yo estoy embarazada, señora, siento que el niño se mueve en mi cuerpo, se llama Emmanuel. ¿Por qué será que siempre me enfermo en Semana Santa? A mí, mi familia me dice Juana la loca, ¿verdad que no soy Juana la loca?

Y entonces me quedo pensando en Juana la loca y en sus múltiples embarazos, en su pasión por el marido, en su belleza, en su locura tan corpórea como la de Manuela.

UN BONITO DÍA

El día está precioso y no quiero meterme a las salas ni a la inmensa prisión llamada Rehabilitación. Rocío me llamó y fui por ella, quería estar en el patio. ¿Por qué no?

Estuvimos en la cafetería y las señoras me saludaron y felicitaron amablemente, empieza el año.

En el hospital todos me conocen, soy de la casa. Doctora o psicóloga me dicen, ninguna de las dos cosas soy.

Rocío está feliz porque vino su hermano con su cuñada y su niño, se sentaron todos a platicar en las mesitas de visita.

JOSEFA, UN VANO INTENTO DE FILIACIÓN

Josefa está aprisionada en su cuerpo, en su nombre, en la Sala de Mujeres del hospital. A Josefa le molesta que le digan Chepina. Me platicó que una vez en la escuela de niña le pusieron Victoria y desde entonces quiere que la llamen Josefa Victoria.

Me repite muchas veces que su hija se casó y se llama Irma Reyes Pérez, adquirió este nombre al casarse porque antes se llamaba Irma Gómez Pérez. Josefa no sabe dónde vive su hija y la hija no sabe que ella está en el hospital; me dice que quisiera enviarle una carta a su hija para decirle cómo se llama ella y sus hermanos y sus patronas, para decirle que existe y que tiene una hija que se llama Irma que es ella, la que ya está casada.

DIOS SÍ EXISTE

A los nueve años yo dormía con el abuelito Basilio y con mi mamá. Un día, no sé cómo, me desperté. Fuera del pabellón de la cama se apareció una luz, una cola plateada, luminosa, grande, y detrás un ángel bonito de un color melón brillante

con su manto y su vestido largo que traspasaba la pared y se mecía al fondo de la casa. Vi cómo se iba acercando y haciendo más grande; le hablé a mi mamá y se desapareció, no sé qué iba a pasar conmigo, no sé qué me querría haber dicho porque era la luz y el ángel, ¡era Dios!

Y soñé también que se me apareció la virgen de Guadalupe. Mi abuelita Margarita era rezadora y mi tía Chucha cantadora, ellas vieron como yo me orientaba; me sentía achechada por ellas y yo me esmeraba por hacerles caso, las abrazaba y sé que todavía me siguen queriendo y admirando. Yo he leído la Biblia mucho, he tenido muchas experiencias, soy eficaz aunque tengo un poco mal mis sentidos, pero sí, Dios sí existe doctora, si no ¿cómo se explica lo de la luz?

MIRADA FUGAZ

Un jovencito sin brazos aparece ante mis ojos. Está de espalda, camina rengueando. Adivino una vida detrás de esa pobreza. Se dirige al comedor. Se aleja de la escena y se acerca a mi corazón. No tiene rostro. Sería demasiado.

BUEN PROVECHO

¡Señorita!, me grita don Antonio desde el patio y volteo. Pasa en la fila que va hacia el comedor. Me da gusto verla, volver a lo nuestro, me dice. Está contento, el martes lo vi hablar con varias trabajadoras sociales, quiere regresar a su tierra, a ese Honduras que lo sacó con el sueño americano al que nunca llegó. La locura que lo poseyó en Tabasco le hizo voltear de nuevo hacia sus hijos y a su identidad. Soy naturista, me dijo, tengo planes en Tegucigalpa, tengo planes.

LA UNIDAD

Llegué muy tarde al hospital y encontré a Nicanor en pre-alta. ¿Por qué aquí otra vez?, le pregunté. El otro día que lo vi salir pensé que se había ido para siempre. Como única respuesta me habló de su teoría sobre la unidad. A veces pienso que

todos somos parte de un solo cerebro². Aquí en el hospital, me di cuenta que soy hijo de Dios, me dijo, todos somos hijos de Dios y hay que hacer algo para salvar al mundo, ese algo tiene que ver con la unidad. Le voy a poner un ejemplo, si todos los de este hospital quieren que venga a cantar Yuri, Yuri va a venir, harán lo posible para que eso pase, pero si la mitad quiere y la otra no, lo más probable es que no venga, ¿entendió?

EL LINAJE

Yo no soy el rey, mi papá es rey, yo soy príncipe. La mujer es la perdición y la salvación, Eva, nuestra señora, la virgen.

PLUTÓN

En Plutón hace frío, mucho frío, como aquí en la sala, me dijo Laura. En Plutón como aquí se detiene el tiempo. Me gusta que en Plutón haya vegetación, que las medusas trabajen, que no haya caca. Por eso aquí no muero, estoy congelada en el tiempo; la comida congelada no muere, dura seis meses, eso me pasa cuando vengo acá.

TRANQUILIDAD

Una paciente me dijo que sintió que estaba embarazada porque una palabra se le había metido a la vagina. Luego se tranquilizó, se dio cuenta de que la palabra pudo salir, no quedó atrapada en su cuerpo.

ESTÉTICA DEL HORROR

Encuentro en la Sala de Mujeres a alguien que semeja una pintura de Francis Bacon, una música estridente casi insoportable, un golpe. Su cara de máscara africana luce cuatro dientes careados. Su máscara está viva, es de carne. ¿Es una mujer?, me dice que no quiere morir de SIDA y por eso nunca

² Advierto que la teoría de Nicanor se parece a la de la física cuántica.

ha tenido relaciones sexuales, sabe sin embargo que tuvo una hija de la que está separada, porque se la mataron. Sabe que su madre la vende por comida, entran a su casa y la violan, nunca sabe lo que vendrá.

Su cuerpo se ha deformado por el veneno que mezclan con la comida y las sustancias que le inyectan. Hoy no obstante sonrío, ha descubierto que no está muerta.

ENIGMA

—Usted lo sabe, ¿verdad?, ya se lo dijeron.

—¿Qué?

—¿Cómo será que se dan cuenta los hombres de algo de las mujeres?, mis hermanos prometieron decírmelo pero nunca me lo dijeron; hay mujeres que lo saben. Yo quisiera que me enteraran de cómo es el hombre y de cómo es la mujer y cómo los hombres tienen inteligencia para manipular a las mujeres a como ellos quieren ¿usted lo sabe, verdad?

—No, Laura —le dije, —yo tampoco lo sé.

Laura vive alrededor de su pregunta. No quiere hablar más.

AUSENCIA DE DIOS

La primera vez que estuve internada aquí no me gustaban los hombres, como ahora que me atraen mucho. Antes veía mucho a Dios en todo y ahora no lo veo casi ya. Cuando me dice esto Flor tiene un misal pegado a los ojos, sin embargo, continúa: cuando tengo ganas, ansias, inquietud, leo a Mateo y eso me ayuda.

Desde niña he querido mucho a Dios, pero desde que me internaron esta vez aquí como que lo dejé, me desparté de Él y Él también de mí, yo creo que como mi familia Él también me abandonó.

FELIPA

Me habla de sus niñas y un tiernito de tres meses. Él se los llevó y me dejó encerrada en la casa, cerró la puerta con llave

por fuera y se fue. Pero ¿dónde están los niños?, él dijo que me los iba a quitar, también al chiquito y lo hizo, él es un hombre malo. Me trajeron aquí por la inundación, pero lo que creo es que él tiene a otra, ¿por qué le hicieron caso a él y a mí no?

DESOLACIÓN I

Un hombre al que le falta un dedo, del que nunca recuerdo su nombre, me dice en la reja que su esposa lo quiso matar, que le tiró la camioneta encima. Mi mujer vive con otro hombre, se quedó con mi rancho, el ganado y la siembra. A mis hijos no me los deja ver, por eso vine. Cuando se sintió herido el hombre pidió que lo llevaran al hospital psiquiátrico. ¿A dónde más podría ir?, se pregunta.

LOCA ELECCIÓN

Las manos de la mujer ramera son como ligaduras de muerte al igual que las que se echan con varones y hacen reducir al hombre a un bocado de pan. Ante mi sorpresa, el paciente que pronuncia estas palabras aclara que se trata de un fragmento de la Epístola de los Romanos (palabras de concordancia y sabiduría).

MALENTENDIDO

Estaba yo haciendo limpieza de mi casa y mi marido pensó que estaba haciendo brujería. ¿Usted cree? Yo nomás estaba tirando lo que no servía. Pero ¿sabe?, en parte tenía razón, porque practico la magia pero blanca.

—¿Así que usted hace magia blanca?

—Y también negra.

—¿Dónde la aprendió?

—¡Ah, por mi madre, mi abuela y mis tíos!, es herencia.

Los vecinos dijeron que la casa se veía más bonita por la limpieza que estaba haciendo pero mi esposo llamó a la ambulancia y cuando me llevaron entre varios, mi esposo ni

metió las manos, dejó que lo hicieran. Eso no es justo, debería de haber usado la magia en ese momento, ¿verdad?

SIN LUGAR

¿Por qué mi papá no me quiere? ¿Por qué me dice bastarda?, de niña me regalaron con mis abuelos que me pegaban con machete a planazos y me hacían lavar la ropa con arena, no me daban jabón. Después regresé con mis papás y tenía que servir a mis hermanos hombres que me pegaban y se burlaban de mí. Tuve hijos, me casé pero mi suegra no me quería. No sé cómo aguanté vivir con ella seis meses. Ahora él se fue con otra y dice que estoy loca pero yo doctora tengo uso de razón.

DESOLACIÓN II

Helia llegaba al templo presbiteriano “La luz del mundo”, pero ahora permanece en la oscuridad, hace años que guarda silencio. Sólo recuerda que su madre le decía que no se iba a casar y que no servía para nada. Yace en una cama del hospital porque le quiso pegar a su mamá y a su abuelo. ¿Hay alguien más en este mundo?, parece decir con su rostro de perplejidad.

LA COMPRA

Pasa Hilda con unos zapatos de tacón que le quedan grandes y una especie de calzones que salen de su bata. Trae dos cobijas y un sweater viejo. Viene a comprar a la tienda, no me ve y noto cómo luce su atuendo ofreciéndose a la mirada de otros, sonríe.

¡Que Dios te bendiga!, le dice al vendedor, que le da el chicle. Y se va feliz, dispuesta a masticarlo envuelta en el glamour de su atuendo.

EJERCICIO

Un hombre camina dando vueltas a su pequeña celda en Guantánamo para no volverse loco.

Un hombre da vueltas alrededor del cuarto de Rehabilitación del hospital psiquiátrico para no volverse cuerdo.

EL DETERIORO

Marcia está pelona, parece un monstruo. Sus lindas pinturas han quedado atrás. Sale del comedor diciendo: ¿mi mamá?, y se encuentra con un hombre viejo que la espera en una de las bancas. Envuelta en su uniforme de cuadritos, bebe algo con la mirada desorbitada. El viejo se levanta, y ella también, pero regresa por su taza que parece de café. Vuelve a la mesa como si no hubiera otro lugar adónde ir. Llega la señora Dora, se sienta con ella y permanecen ajenas una a la otra.

LOS NOVIOS

Los novios lucen radiantes. Mañana salgo, me dijo él, y luego vendré por ella, la voy a llevar a mi rancho en Veracruz. Ella está loca a causa de sus amores fallidos pero deseo que éste prenda como la mecha que ilumine su vida.

Luego los veo salir del comedor riendo para separarse a unos pasos; cada quien regresa a su sala con el otro dentro. Ojalá que las palabras de él sean sostenidas por los que se dicen normales y no suceda como con la mamá de Chabelo, que ante su noviazgo con Flor, exclamó furiosa: ¿y qué voy a hacer con dos locos?

LA GALLINA

¿Le platicué cuando mi mamá dijo: vamos a matar a la gallina? Era la más bonita pero el día que se puso muy triste mi mamá dijo, vamos a comérmola antes de que se muera sola. Cuando la estábamos destazando nos dimos cuenta que tenía una aguja enterrada en la chacha. ¡Por eso estaba triste! Fíjese, la aguja que alguien le enterró cambió su vida, es como cuando mi novio me dejó, ¿no cree?

DESOLACIÓN III

María me recordó que yo me había ofrecido a traerle algo, diez pesos o unas Sabritas, pero no le traje nada, lo olvidé. Sentí mi debilidad y la de ella cerca. No se enojó. Me dio la mano con afecto y me dijo que rezara por su esposo que estaba en la cárcel, porque le habían llegado rumores de que lo tratan muy mal. María es tan pobre que sus hijos se han convertido en niños de la calle, se han desprendido de ella como hojas secas, como su cabeza sin rumbo.

REFUGIO

Aquí me voy a quedar porque me siento protegida, me dijo una mujer. Y vi su rostro de entrañable tristeza. De pérdida infinita. De loca.

¿POR QUÉ NOS VOLVEMOS LOCOS?

El pensamiento occidental ha construido su comprensión de la locura a partir de las historias entre dioses y hombres que conforman la mitología griega. La locura parte de un pensamiento trágico que soporta la idea de un destino funesto que a todos concierne.

El camino que ha tomado la gente que se ha “vuelto loca”, nos pone en relación con sus elementos y nos guía como un hilo conductor por el laberinto que esconde su enigma.

Por ejemplo, la locura de Heracles nos muestra las simientes del trastorno familiar entre los griegos. En esta tragedia el padre transgresor carga al hijo con su culpa y no se responsabiliza de nada. Traiciona su función de padre y lo obliga a pagar un pecado que no es de él, pero no duda que por su filiación le corresponde. Hera inculca a Heracles la locura como venganza a la infidelidad del padre, haciendo que éste desconozca a sus hijos y los mate¹.

Todas las genealogías nos muestran que el origen de las cosas tiene que ver con un orden, y advertimos que la locura aparece como respuesta a un desorden pero ¿de qué?, y ¿cómo?

Según los griegos, desde el principio del mundo los dioses y los hombres se mantienen en constante relación a través de sus intermediarios, y las historias de locura transgreden el orden que los rige, violentan la ley.

Foucault nos enseña que la historia de la locura² no es un devenir de la enfermedad y su tratamiento, sino un tejido de

¹ Para ampliar la historia de Heracles se puede consultar el *Diccionario de mitología griega y romana* de Pierre Grimal, Ed. Paidós, Buenos Aires, Argentina, 1991.

² Foucault Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, FCE, México, D. F. 1967.

cuestiones relacionadas con la libertad, el control, las pasiones, el conocimiento y el poder. Y es así como cotidianamente usamos la palabra, basta con reflexionar un poco sobre las numerosas veces que la empleamos para darle la razón a Foucault (“lo que haces es una locura”, “¡estás loco!”, “se me ocurrió algo muy loco y muy divertido”, etc.); calificamos como loco algo que saliéndose del “orden social” coquetea con la angustia y con el placer en un más allá excesivo que nos conecta con nuestra dimensión desconocida.

La traducción de “locura” por “enfermedad mental”, es tal vez un intento de deshacernos de ella, pretendiendo que la ciencia se haga cargo de “curarla”. Este deslizamiento implica un cambio total de perspectiva, pues le quita al individuo su calidad de sujeto y lo convierte en objeto de la acción que recae en él, transformándolo en víctima de un agente externo del que tendría que ser salvado. Tal dimensión no es ajena a la locura entre los griegos, pero la gran diferencia es que éstos, aun cuando piensen que hay un agente exterior que inculca la locura, no quitan al hombre su estatus de sujeto en tanto tiene que responder por sus actos locos³.

¿Y LAS VIDAS DE LOS PACIENTES QUÉ?

Los testimonios de los habitantes del hospital nos revelan que la locura es familiar, un asunto de filiación y de transmisión donde la continuidad de las generaciones se ve interrumpida, por la imposibilidad de ejercer la función materna y paterna. Observo en los pacientes llamados psicóticos (desde la psiquiatría), la imposibilidad de sostenerse como padres, y noto también la gran angustia de la familia y de la medicina en relación a esto. Se habla de herencia, de impedir que eso siga, pero se hace poco caso de la lógica que implica la estructura misma de la tragedia en cada caso particular.

³ Esta complicación la podemos apreciar claramente en la modernidad, con la introducción de los juicios de interdicción y sus consecuencias, donde el des-responsabilizar al sujeto de su acto le impide pagar lo que le corresponde.

La palabra locura es difícil de precisar. El diccionario de filosofía,⁴ lejos de definirla, nos explica sus orígenes diciéndonos que era considerada un don divino por Platón en el *Fedro*, y no una enfermedad. El concepto de locura como enfermedad aparece con Hipócrates y su tesis de los humores en el siglo V antes de Cristo, cuando une a la salud con el equilibrio y a la locura con su desequilibrio.

*A quien un dios quiere destruir, antes lo enloquece*⁵. Con esta frase inicia Ruth Padel su libro sobre los elementos trágicos de la locura griega. Sólo esta frase nos llena de locura, nos conmueve hasta el tuétano, nos plantea dudas: ¿por qué Dios, en quien siempre hemos pensado como protector omnipotente, querría destruirnos?, ¿por qué de esta forma tan cruel?, ¿por qué nuestro padre quiere aniquilarnos? Al formularlo así, nos damos cuenta de que es fácil pasar esta pregunta mitológica al ámbito familiar, donde nos sentimos protegidos y finalmente suceden cosas que nos llenan de horror. Leemos en los periódicos, por ejemplo, que una madre mató a sus hijos y nos escandalizamos, nos confundimos al constatar cómo la traición viene de alguien a quien amamos, de alguien en quien confiamos, de alguien tan cercano.

Nuestro primer impulso es negar la existencia de un Dios enemigo, pero avanzamos con los griegos hacia el infierno jalados por el deseo de saber, siguiendo el canto de las sirenas que nos hace sentir el fuego de nuestras culpas y la fascinación de lo sagrado de nuestra propia destrucción y lo encontramos.

La locura se inscribe en el ser humano como tragedia habitada por un Dios incomprensible⁶. La transgresión, el pecado, la culpa, la traición, el castigo, el sacrificio, el rito y el

⁴ Abbagnano Nicola, *Diccionario de filosofía*, FCE, México, 1986.

⁵ La cita latina pudo ser rastreada en Gran Bretaña y es una traducción de versos griegos publicada en 1660 por James Duport, de un fragmento griego que atribuye a Eurípides (Padel Ruth, *A quienes los dioses destruyen*. Editorial Sexto piso, México, 2005).

⁶ Me refiero aquí a alguien considerado todopoderoso, como podría ser el padre para el niño.

destino son dimensiones contenidas en el delirio del loco. Como se puede advertir, éstas no son palabras ligadas a la medicina sino a las pasiones divinas y humanas que habitan el discurso de los pacientes del hospital psiquiátrico, y con ellas dan cuenta de su mal estar y de su sabiduría.

Entre los griegos se consideraba a la locura como una enfermedad temporaria, surgida de un modelo de extravío impuesto por los dioses. La locura no era una enfermedad incurable, permanecía mientras se aprendía la lección, como en el caso de Heracles, que a través de los doce trabajos recupera su libertad. Es importante considerar esto ante las frases pesimistas de los psiquiatras, y abrir una gran pregunta sobre la dirección de la cura.

*Entre los griegos, poner fin a la posibilidad duradera de los ataques de locura significaba cambiar nuestra relación con la divinidad.*⁷ La locura es pues una cuestión relativa donde el lazo social falta. Así podemos advertir que el compromiso de la “enfermedad mental”, consiste en pagar de una forma u otra con la propia vida, el pasado de los ancestros. La vida del loco está comprometida con ese pasado y extrae de ahí su razón de ser.

Estas reflexiones son sólo una forma de pensar la locura desde la tragedia que implica el estar loco, en un intento de comprender lo incomprensible. Las similitudes entre locura y tragedia son muchas, pues en las dos la deuda, el odio, el destino y sobre todo el poder desatado en contra de aquel a quien los dioses eligen para excluir del orden que rige la comunidad, hacen acto de presencia. Además podemos transpolar estas ideas a la familia donde el padre es para el niño el dios, la fuente de vida y poder y preguntarnos a través de las historias el por qué un hijo es excluido por aquel que debería incluirlo. Es muy llamativo el caso de una paciente del hospital a quien

⁷ Padel Ruth, *op. cit.*, p. 73.

su padre no reconoce como hija porque la madre se embaraza cuando el padre sospecha que lo engaña, las sospechas se disuelven, la hija incluso se parece mucho a él pero él se niega a darle el apellido, se niega a reconocerla. El delirio de la paciente se estructura en esta tragedia de exclusión, en este no ser parte de la comunidad, siendo extraña a su propia familia. La paciente reniega de su imagen, no se reconoce, teme a la ira de Dios, quisiera ser alguien a quien los otros tomen en cuenta y ataca a sus compañeras haciéndose reconocer como la que pega, la agresiva, la enferma.

En la locura el padre ejerce una clara traición a su función, pues como en Hamlet éste tiende a su hijo una trampa mortal curiosamente para salvar su honor. La locura es una cuestión de filiación y de ley fallida que se escenifica en las historias de los pacientes del hospital donde el incesto (desorden sexual), y el asesinato (consumación del deseo de muerte), parten de Otro que habla por él en la poderosa voz del delirio y lo arrastra trágicamente⁸ haciéndolo existir como muerto, como loco, como testigo e instrumento sufriente que circula entre los vivos excluido del placer, asumiendo, en su destino de no ser, el estigma familiar.

El loco no se reconoce y esa es su tragedia. No se reconoce porque no lo reconoce aquel que tendría que señalarle un camino para existir. Lo urgente para él es hacerse reconocer y sólo lo logra a través del sacrificio. En este sentido el reconocerlo como hablante, el dar un lugar a su palabra es crucial en la dirección de la cura.

El loco capturado por el espejo como Narciso, no encuentra dónde sostener su deseo. Falta el tercero que lo reconocería y queda atrapado en la imagen del doble. El ideal del Yo que lo inscribiría como sujeto deseante no tiene punto de apoyo. La falta no se imprime. Sólo el delirio le dice quién es. El loco circula sostenido del delirio, por esto es incomprensible la in-

⁸ “La voz me ordena que me tire a los carros, que me queme con agua caliente” me dice desesperada una paciente del hospital psiquiátrico, no puede negarse y ni siquiera se pregunta por qué.

tervención “terapéutica” que busca quitárselo a toda costa, sin hacer caso de la función que ocupa en su estructura subjetiva.

Las historias de los pacientes ilustran estas consideraciones teóricas. Ellos abren en nosotros muchas preguntas. La vida de los pacientes del hospital psiquiátrico es un mosaico de enigmas, de tragedias acerbadas para ser contadas. Excluidos del mundo, los habitantes del hospital orquestan desde ahí una especie de baile que retumba en las almas del resto de la humanidad. Hablan lenguas desconocidas que no pueden escucharse desde la lógica de la medicina. Ellos saben que su reino no es de este mundo.

¿Qué puedo decir para finalizar el libro?

Este es un libro que no finaliza, es un libro inacabado que intenta sacar del hospital psiquiátrico las voces de la locura. Faltan muchas historias, muchas vivencias, muchas palabras que esperan ser escuchadas pero tengo que interrumpirlas así, arbitrariamente, porque advierto que en mi decir falta el lector, al que convoco con la publicación de mi diario. Necesito que los excluidos cuenten para otros, quiero que conozcan su manera de vivir, su manera de pensar y de organizar ese mundo circular donde se mueven tantas vidas en el encierro de su propia soledad. Pero, ¿qué he sido yo para ellos? He intentado ser un secretario, un apuntador, un otro que sostenga su verdad para que éste pueda pasar a otra cosa, a veces ha sucedido, a veces no.

Hablar cura, esa es la frase que me lleva al hospital, pues creo que las palabras que se tejen entre el paciente y yo tienen un efecto estructurante.

Saúl, un paciente del hospital de día que habla conmigo desde hace unos cuatro años, cuando supo que una paciente de la sala me golpeó, se conmueve. Deberían castigarla por eso, me dice indignado, ¿y usted se defendió?, ¿no hizo nada? Y me confiesa que le asustó la posibilidad de que yo hubiese muerto, de que no hablase más con él, porque usted es mi alma protectora, ¿sabe?

—Bueno, sí —le digo—, yo hago lo que puedo, pero a veces no puedo.

—Qué bueno que está usted aquí enfrente de mí —agrega—, porque ahorita mismo detuvo algo.

—¿Cómo es eso?

—Cuando usted y yo estamos hablando cuestiones personales, el otro que me observa, que trata de meterse en mis cosas, se tiene que ir. Usted actúa como mi intercesora ante la sociedad, ante la gente. Si los pájaros hablan de mí no puedo evitarlo, pero si está usted yo puedo soportarlo, ¿comprende?

De esta manera me hace saber el efecto que causa en él el hablar conmigo, me hace saber quién soy yo para él y de qué manera estoy incrustada en su vida.

La locura nos concierne a todos pero, ¿cómo lo sabremos sin escucharla? No pude evitar, debido a mi formación de psicoanalista, hacer algunas consideraciones teóricas y reflexionar sobre la pregunta: ¿por qué nos volvemos locos? Pero no existe en mí ninguna pretensión de contestarla. Avanzo un poco en la inquietud, iluminada por las palabras y el afecto de los pacientes y reconozco ante ellos mi impotencia.

Los años en que he sostenido las conversaciones con los pacientes del hospital, son un testimonio de verdad que no debe quedarse encerrado en mí. Los capítulos que conforman mi diario son trozos de vida que piden salir de la oscuridad y contarse entre los otros. Esto no podría ser posible sin mezclar mi locura con la de ellos, como lo dije al inicio del texto. Mis palabras carecen de objetividad, están contaminadas, llevan siempre un pedazo de mí.

Mis palabras sólo son un abrazo fraterno que los invita a romper los muros de silencio que se erigen alrededor de la tragedia de estar loco.

RECONOCIMIENTOS

Conocí al entonces director del hospital psiquiátrico de Villahermosa, doctor Benjamín Cruz Arceo, en los años ochenta, cuando por intermedio de la psicóloga Antonia Lastra fui invitada a impartir allí cursos relacionados con el psicoanálisis. En ese tiempo se abrieron para mí las puertas del hospital que ahora se llama de “Alta especialidad en salud mental”.

Años después el doctor Alejandro Madrigal Zentella, la doctora Ma. de la Paz Tino Torres y el doctor Jesús Antonio Orueta Álvarez, que han ocupado este cargo sucesivamente, también han acogido mi trabajo y mis ideas con mucho respeto, aun cuando en el hospital conviven distintas orientaciones teóricas y por lo tanto distintas formas de abordar los problemas.

El doctor Abrahán Balán Torre me dio un lugar en el Departamento de Enseñanza y desde ahí me he acercado a médicos, enfermeros, psicólogos, trabajadores sociales; a la odontóloga y a la nutrióloga, secretarias, administradores, vigilantes, jardineros, intendentes, cocineros. Ellos me han acompañado en la apasionante tarea de escuchar las historias de los que quieren contarse entre los otros. El psicólogo Lenin Blé facilitó mucho mi trabajo en Rehabilitación. Creo firmemente que todos los trabajadores del hospital, estuvieron conmigo en la complicidad silenciosa que implica la construcción del tejido de voces que conforma este libro. Sin este hilo de hermandad me hubiera sido imposible establecer lazos con los pacientes y escuchar las palabras que pueblan sus páginas, estoy por ello sumamente agradecida.

A manera de anécdota quiero agregar que Miguel Ángel Ruiz Magdónel (escritor y poeta) encontró mis palabras que se escondían en algunos artículos nimios y empezamos a conversar. Al cabo de un tiempo me dijo: “¡ah, lo que usted escribe es un diario!” Su frase condensó toda mi escritura que se acumulaba en cuadernos desde 1992. Mi estancia en el

hospital cabía en esta afirmación y encontré en ella mis historias que vivían sólo orientadas por las fechas. Después de algunos años me presentó a Francisco Magaña, el poeta que con sombrero Panamá y guayabera blanca escribe sobre los muertos vivos y sobre los vivos muertos. Cuando nos encontramos supe, como con Miguel Ángel, que había descubierto una veta de mi vida porque descubrí algo muy mío en él. Y así las Ediciones Monte Carmelo acogieron mis textos y les dieron forma; el espacio de mi locura-escritura, se hizo real y quedó impresa, sellada por la fe de mis amigos tabasqueños, de mis amigos poetas. Gracias a ellos puedo ahora decir, yo soy la que escribe, puedo decir que yo soy yo.

Carmen Tinajero
Villahermosa, Tabasco, marzo de 2011

Diario de la locura, de Camen Tinajero, se terminó de imprimir el 15 de junio de 2011 en Editorial Color, S. A. de C. V., Naranjo 96-Bis. Col. Santa María la Ribera, México, D. F. En su composición se utilizó tipo Arno Pro de 13:12, 12:13, 11:13 y 9:12 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Francisco Magaña y la autora.

